

© Ludwig Renn, Anna Seghers, Gustav Regler, Bodo Uhse y Egon Erwin Kisch.

Ésta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburgo y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

El Exilio Rojo.

5 autores de lengua
alemana en México

INTRODUCCIÓN

En México se ha hablado mucho del exilio español producto de la guerra del 36-39 y del impacto que produjo en la cultura nacional, en cambio casi no hay historias y palabras sobre otro exilio, el de los escritores de lengua alemana que vivieron en México huyendo del nazismo. Y resulta sorprendente porque entre nosotros vivieron cinco personajes, entre otros muchos, maravillosos. Cinco grandes narradores: **Ludwig Renn**, **Anna Seghers**, **Gustav Regler**, **Bodo Uhse** y el checo (que escribía en alemán) **Egon Erwin Kisch**.

Recuperarlos es una obligación y un placer, porque su narrativa es parte de la mejor novela social del siglo XX.

Ludwig Renn, nacido Von Golssenau, hijo de la nobleza sajona, hizo la primera guerra mundial como comandante de un batallón; al final del conflicto fue capitán de la policía bajo un gobierno socialista en Dresden. En 1920, al producirse un golpe militar, se negó a disparar contra los obreros revolucionarios y abandonó el servicio para sumarse al Partido Comunista Alemán y a su aparato militar. Sus libros: *Guerra*, *Posguerra* y *Sobre las ruinas del imperio del kaiser* fueron enormemente populares en Europa. Juzgado tras el incendio del Reichstag pudo escapar de Alemania.

Bodo Uhse es el más singular de estos personajes, hijo de la nobleza prusiana comienza a militar muy joven en las filas de la extrema derecha alemana y termina afiliándose al nazismo. Tras una profunda crisis política lo abandona y se incorpora al Partido Comunista Alemán. Exilado en Praga realiza trabajos periodísticos, en 1935 publica una novela de clave autobiográfica, *Mercenario y soldado*, y en 1936 el nazismo lo priva de su nacionalidad alemana.

Anna Seghers, de origen judío, había publicado en Alemania, en 1928, *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara*, el mismo año que se afilió al Partido Comunista. La obra tuvo un éxito internacional. Con el ascenso del nazismo, Anna fue detenida por la Gestapo y abandonó Alemania en 1933 para exilarse en Suiza y Francia.

Egon Ewin Kisch, nacido en Praga, era hijo de un vendedor de telas judío, y muy pronto se hizo periodista. Entró al Partido Comunista Austriaco en 1919 y luego desarrolló su carrera como periodista en Berlín. El suyo no era un periodismo cualquiera, es quizá junto a John Reed, Upton Sinclair y Larisa Reiner, los padres y madres del nuevo periodismo. Siguiendo las reglas del reportaje y la crónica, utilizando los recursos de la literatura, Kisch contó cientos de historias, entre ellas la que se recoge en esta antología, el caso Redl, el equivalente al *affaire Dreyfus*, que sacudió al imperio austrohúngaro. Detenido tras el incendio del Reichstag, encarcelado en Spandau, posteriormente deportado de Alemania.

5 autores de lengua alemana en México

Gustav Regler, filósofo y periodista, conocido por el gran público a causa de sus relatos, reportajes y narraciones, afiliado también al Partido Comunista Alemán, señalado por el nazismo como el “Enemigo público #19”, se exilia en 1933, estableciéndose en París.

Los libros de todos ellos fueron prohibidos, expurgados de librerías y bibliotecas públicas y quemados en actos masivos del nazismo en Alemania.

La guerra de España los reunió a todos de nuevo. Allí se produjo un crisol que convocó a escala planetaria a lo mejor del antifascismo. Gustav Regler se alistará en las brigadas internacionales y será comisario político de la XII Brigada Internacional, herido en Guadalajara (España) y gravemente en Huesca; se encuentra en París al final de la guerra. Ludwig Renn, aprovechando su experiencia militar, se alistó en las internacionales y fue miembro del estado mayor de la XI Brigada Internacional. Bodo Uhse se alistó también en las brigadas y escribirá años más tarde (en 1944) una novela que describe a un piloto de la legión Cóndor que cambia de bando. Kisch participará también como combatiente y periodista en esa guerra y Anna Seghers viajará a España frecuentemente para actuar en actos de propaganda y solidaridad.

Tras la invasión nazi a Francia, o poco antes, recorriendo caminos extremadamente difíciles, los cinco personajes llegarán a México. Kisch en el 39. Anna Seghers después de que los Estados Unidos se negaron acogerla; Gustav Regler llegará en el 41 y se establecerá en Tepoztlán y escribirá dos libros extremadamente críticos contra el stalinismo: *La gran cruzada* y su autobiografía,

El buho de Minerva) que le crearán no pocos problemas en la comunidad del exilio; producirá un libro de crónicas mexicanas, *Vulkanisches Land*. Bodo Uhse podrá terminar en México *El teniente Bertram*, que será publicada en el 43 en inglés, y escribirá un diario *Mexicanische Erzählungen*, que nunca será publicado en español; será además coeditor en el DF de la revista *Freies Deutschland* junto a Seghers Renn y Kisch y crearán el club Heine. Anna Seghers terminará en México su gran novela *Tránsito* (1943), la que sería un éxito internacional, *La séptima cruz* (adaptada al cine por Fred Zinnemann), y el libro de relatos donde hay varias historias mexicanas: *La excursión de las muchachas muertas*. Renn curiosamente además de sus actividades político literarias en México, promovería el esperanto. Kisch escribiría *Descubrimientos en México* (1945).

Quedan algunas fotos: Regler en medio de un campo de magueyes, un retrato de Anna en México, donde aparece fumando, el rostro eslavo, el pelo recogido, la sonrisa insinuada. Una foto de Kisch: fornido, pelo rebelde, gran bigote, siempre con un cigarrillo en los labios; el rostro lleno de tensión de Bodo Uhse y la elegancia del estirado, calvo Ludwig Renn.

Todos regresarán a Alemania al final de la guerra, Anna Seghers en el 47, llevándose su vieja Remington comprada en el DF. Pero ésta es otra historia.

Lo que resulta sorprendente es que es casi imposible encontrar sus libros en México (quizá en librerías de viejo algunos de los libros de Anna Seghers, una edición cubana de *Sobre las ruinas del imperio del kaiser* de

5 autores de lengua alemana en México
Renn) y mucho peor aún, sus obras sobre México no han sido traducidas (a excepción la de Kisch, que está descatalogada desde hace muchos años).

Para esta edición hemos usado cuatro de las traducciones de Carlos Fortea, que nos fueron cedidas solidariamente, y el texto de Kisch aparecido hace años en *Reportaje* editado por la Universidad de Sinaloa.

Paco Ignacio Taibo II.

Tránsito

Anna Seghers

Georg Binnet vino a verme de pronto, avanzada la tarde. Era la única persona en Marsella que sabía dónde vivía, pero nunca había venido a mi cuarto. Nuestra amistad no había llegado a tanto. El niño había enfermado de repente, una especie de asma que sufría a veces, pero nunca tan grave como esa vez. Necesitaba urgentemente un médico. El viejo médico de la vecindad era un sucio borracho, había sido expulsado de la Marina hacía diez años y había ido a parar al barrio corso. Claudine afirmaba que había buenos médicos entre los refugiados alemanes. Quizá yo pudiera encontrar uno en mi entorno.

Quise al chico desde el primer día. Por él había pasado horas y horas en los más estúpidos comités, para comprar con el dinero que conseguía, que me daban para preparativos de viaje, las cosas que necesitaba. Mientras hablaba con los Binnet, miraba de reojo hacia la ventana, donde él se sentaba a estudiar. Elegía involuntariamente las palabras que él pudiera entender. A veces me lo llevaba a dar una vuelta en bote o a las montañas. Al principio estaba bastante callado. Yo creía que la forma abrupta de echar hacia atrás la cabeza, el brillo de sus ojos,

no significaban mucho más que el juego de un potro, pero incluso como mero juego me parecía bien. En este mundo venido a menos, a veces me calmaba una mirada tranquila, todavía inocente, y el suave y orgulloso movimiento con el que Claudine me ofrecía el arroz, la sonrisa sorprendida del chiquillo cuando yo entraba. Luego me di cuenta de que no se le escapaba nada, de que tenía las cosas más claras acerca de nosotros que nosotros acerca de él. En ese momento la enfermedad, que seguramente exageré se me antojó un atentado contra su vida, un intento de no sé qué poder, quizá de la tosca, necia y malvada realidad, de librarse de él, de cerrar para siempre esos ojos luminosos e incómodos.

Estaba aún más preocupado que Georg por encontrar un médico. Pregunté en mi hotel. Me enviaron a la Rue du Relais, un diminuto callejón junto a la Cours Belsunce. Allí vivía, en el Aumage, en el número 83, un médico que había sido famoso, el antiguo director del Hospital de Dortmund. La expresión «antiguo» me había preparado para un anciano. Olvidaba que para ese tipo de personas el tiempo se había detenido al salir de la patria.

Cuando estuve delante de la puerta 83, la voz joven y temerosa de una mujer que tranquilizaba a su compañero respondió a mi llamada. Probablemente, por lo inhabitual de la hora, ambos temían una redada. Al principio me abrieron sin salir. Sólo vi un festón de seda azul sobre una fina muñeca. Sentí un leve escalofrío de celos, como los que a veces me acometen sin razón, quizá porque ese médico para mí desconocido era tan útil y capaz como para que le necesitaran, quizá porque ni

siquiera era viejo y la mujer, a la que ni siquiera veía, tal vez era dulce y bella. Dije:

Necesito un médico —y la voz de la mujer repitió, con un toque de alegría, según me pareció—: Necesitan un médico.

Enseguida salió el marido, que tenía un auténtico rostro de médico. Su cabello era ya bastante gris, pero su rostro era joven. En cualquier caso, era una juventud particular. Ya mil, dos mil años antes un médico no habría podido tener otro aspecto: la forma de asentir con la cabeza; la mirada atenta, precisa, y a la vez indifferente, que se ha dirigido incontables veces a personas concretas; que se ha enfrentado a aquello del individuo que incluso el escéptico puede tocar, a las dolencias físicas. Aquella noche apenas nos prestamos atención. Me preguntó brevemente por el enfermo. Para él mi información era imprecisa. Yo estaba confuso debido a mi inclinación hacia el joven.

Cruzamos en silencio el tosco terreno a medio urbanizar del Cours Belsunce. En la parte norte seguía habiendo vagones de refugiados. Había ropa tendida. Detrás de una de las ventanillas de un vagón aún había luz. Oímos risas en el interior. Mi acompañante dijo:

—Hace mucho que la gente ha olvidado que los vagones tienen ruedas. Ahora consideran esa esquina, del Cours Belsunce su patria.

—Hasta que un policía los eche.

—Al otro lado del Cours Belsunce. Hasta que otro policía los expulse al otro. Por lo menos no tienen que atravesar un océano como nosotros.

—¿También usted quiere cruzar un océano, doctor?

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué tiene que hacerlo?

—Porque quiero curar enfermos. Van a darme una sección en un hospital de Oaxaca. Si el hospital estuviera en Belsunce, no tendría que cruzar el océano.

—¿¡Dónde está, eso?

—En México —dijo él muy sorprendido, y yo dije, aún más sorprendido:

—¿También usted quiere ir allí?

—Una vez, en los viejos tiempos, curé al hijo de un alto funcionario de ese país.

—¿Es difícil llegar hasta allí?

—Endemoniadamente difícil. No hay ningún barco directo. La dificultad reside en el tránsito. Se necesita probablemente un barco americano. Hay que cruzar España hacia Portugal. Desde luego, ahora dicen a veces que hay otra ruta: un barco francés a Martinica, y de allí a Cuba.

Yo pensé: este hombre es médico en cuerpo y alma. Puede ayudar a la gente. Es un viaje distinto al de mi amigo calavera de Praga, que quiere volver a agitar en el aire una batuta.

En la obra que había entre la maternidad y el café árabe estaban tumbados los dos vagabundos que también estaban siempre allí durante el día. Tenían los brazos levantados durante el día para pedir, doblados bajo sus cabezas. Dormían por así decirlo en su patria, fuera lo que fuese lo que les había pasado. No se avergonzaban, como no se avergüenzan los árboles que se llenan de moho y se pudren. Tenían las barbas llenas de piojos,

la piel cubierta de escamas. Como a los árboles, no se les ocurría la idea de abandonar su patria.

Atravesamos la Rue de la République, que, a esa hora estaba completamente vacía. El médico miraba atentamente a su alrededor en la negra maraña de callejones del Puerto Viejo, para encontrar sin mí el camino de vuelta a casa. La noche era tranquila y fría.

Accioné el llamador de la Rue du Chevalier Roux. El médico lanzó una aguda mirada a Claudine, la mujer cuyo hijo debía curar. Luego atravesó con rapidez la diminuta cocina en dirección a su objetivo, la cama del niño. Nos indicó que le dejásemos solo. Georg ya estaba en el molino. Claudine apoyó la cabeza en la mesa de la cocina. Una fina tira de un color rosa delicado, la palma de su mano, recorría la línea de su mandíbula. Yo siempre la había visto como una flor o una concha. Sólo entonces, gracias a la común preocupación, se transformó en una mujer normal, que durante el día iba al trabajo, cuidaba de su marido y de su hijo, estaba ocupada. Para Georg aquello no tenía nada de mágico, era mucho menos y mucho más que eso. Me interrogó acerca del médico, y yo, por celo, exageré el elogio. En ese momento él entró en la cocina. Consoló a Claudine en un francés carente de circunloquios, diciéndole que la enfermedad parecía más grave de lo que era; lo único que había que hacer era no inquietar al niño, fuera con lo que fuese. La última observación me pareció que me concernía, aunque ni siquiera me estaba mirando y tampoco yo podía atribuirme la menor culpa. Garabateó una receta. A pesar de su oposición, le acompañé hasta la Rue de la Répu-

blique. Tampoco entonces me prestó atención, ni hizo preguntas sobre la familia Binnet, como si no apreciara esa clase de preguntas y quisiera aprenderlo todo por percepción propia. Me sentía como un escolar a quien le gusta un nuevo alumno, aunque le irrita que no le preste atención. Esa misma noche compré la medicina que el niño necesitaba con el dinero que el comité me había dado para preparar mi viaje.

Cuando regresé con los Binnet, el niño estaba adormecido y tranquilizado. El médico le había prometido para el día siguiente un esquema desmontable del cuerpo humano. El chico seguía hablando del médico entre sueños. Yo pensé: ese hombre no ha estado aquí más que diez minutos y ya hay un nuevo mundo, promesas, sueños frescos.

Estoy llegando a lo más importante. Fue el 28 de noviembre. He retenido la fecha. Mi segundo permiso de estancia iba a expirar en breve. Cavilaba pensando qué hacer. ¿Volver a empezar, con el certificado de salida del campo que me había regalado Heinz? ¿Ir a ver a los mexicanos? Me senté en el Mont Vertoux. Me sentaba en ese café cuatro o cinco veces por semana.

Venía de ver a los Binnet. El chico ya estaba casi curado. No voy a decir que habíamos hecho amistad con el médico, él no era hombre para eso, pero sí llegamos a conocernos bien. Nos hacía gracia, era distinto a nosotros. Siempre empezaba hablando de la situación de su viaje. También él sufría continuas incidencias. Veía día y noche, decía, la pared blanca de un nuevo hospital, los enfermos sin médico. Su obsesión me gustaba. Su so-

breestimación me divertía. El médico estaba ya tan familiarizado con el lugar de su futura actividad que suponía que también nosotros teníamos que estarlo. Ya tenía el visado en el pasaporte. Cuando empezaba la conversación sobre los visados, el chico se volvía de cara a la pared. Por aquel entonces yo aún era tan tonto como para suponer que le aburrían desmedidamente.

En cuanto el médico apoyaba la cabeza en el pecho del niño para auscultarle, se tranquilizaba y se olvidaba de sus visados. Su rostro, el rostro tenso de un hombre acosado, hechizado por alguna clase de locura, adquiriría una expresión de sabiduría y bondad, como si de repente todo su ser se rigiera por instrucciones de otro orden que las procedentes de funcionarios de secretaría y cónsules.

Yo pensaba en las circunstancias de esa partida y en mi propia estancia. El café Mont Vertoux está en la Cannebière, esquina con Callejón de los Belgas. Lo que vino después no vino precedido de sombra alguna, sino de una luz clara que me alumbraba y lo alumbraba todo aquella tarde, la más ociosa y banal de mi existencia de por sí ociosa y banal.

Entre la barra y yo había dos mesas. A una de ellas se sentaba una mujer bajita de pelo crespo, que siempre se sentaba allí a esa hora y siempre ponía la silla en posición oblicua respecto a la mesa y le contaba lo mismo a todo el mundo con renovado terror en los ojos: que había perdido a su hijo en la evacuación de París. Lo había sentado en el coche de unos soldados, porque estaba cansado. Entonces habían llegado los aviones alemanes,

y habían bombardeado la calle. ¡El polvo! ¡Los gritos! Y entonces el niño ya no estaba. Lo habían encontrado semanas después en no sé qué granja, ya nunca volvería a ser como los otros niños. A su mesa se sentaba un checo alto y retorcido, que quería irse a Portugal, pero sólo para ir de allí a Inglaterra, donde quería alistarse, según le susurraba a todo el mundo. Incluso escuché un rato, medio paralizado por el aburrimiento. A la otra mesa se sentaba un grupo de nativos. Sin duda no eran marseleses, pero sí gente instalada en la ciudad desde hacía tiempo, que vivían muy bien del miedo y las ganas de marcharse de los que iban llegando.

Hablaban entre risas de un barquito que dos jóvenes matrimonios —los hombres habían escapado juntos del campo— habían alquilado por una cantidad de dinero desmesurada. Pero los vendedores les habían engañado, el barquito tenía una vía de agua. Llegaron hasta la costa española. Entonces tuvieron que regresar. Habían llegado a la desembocadura del Ródano cuando fueron tiroteados por la guardia costera y detenidos al tocar tierra. Yo ya había oído contar esa historia cien veces. Lo único que me resultaba nuevo era el final: los hombres habían sido condenados el día anterior a dos años de cárcel.

La parte del café en la que estábamos sentados daba a la Cannebière. Desde mi sitio podía ver todo el Puerto Viejo. Una pequeña cañonera estaba anclada delante del Callejón de los Belgas. Sus grises chimeneas se levantaban al otro lado de la calle, entre los finos mástiles de los barcos de pescadores, sobre las cabezas de la

gente que llenaba de humo y conversación el Mont Vertoux. El sol del mediodía se alzaba sobre el fuerte. ¿Había vuelto a empezar el Mistral? Las mujeres que pasaban se habían subido la capucha. Los rostros de los hombres que entraban por la puerta giratoria estaban tensos por el viento y la inquietud. Nadie se ocupaba del sol sobre el mar, de las almenas de la iglesia de San Víctor, de las redes puestas a secar a todo lo largo del muelle del puerto. Todos hablaban sin cesar de sus tránsitos, de sus pasaportes caducados, de zona de las tres millas y cotizaciones del dólar, de la visa de sortie y otra vez de tránsito.

Yo quería levantarme e irme. Sentía náuseas. Entonces, mi humor cambió. ¿Por qué? Nunca he sabido qué propició el cambio. De repente, encontré que toda esa cháchara no era nauseabunda, sino grandiosa. Era antiquísima charla portuaria, tan vieja como el propio Puerto Viejo, y más vieja aún. Maravillosa, inmemorial cháchara portuaria, que no ha enmudecido desde que existe el mar Mediterráneo; charla fenicia y cretense, charla griega y romana; nunca los charlatanes que temían por su sitio en los barcos y por su dinero habían estado en fuga ante todos los espantos reales e imaginarios de la Tierra. Madres que habían perdido a sus hijos, hijos que habían perdido a sus madres. Restos de ejércitos agotados, esclavos fugitivos, ríos de personas expulsadas de todos los países, que finalmente llegaban hasta el mar; donde se lanzaban sobre los barcos para descubrir nuevos países, de los que volvían a ser expulsadas; todos huyendo de la muerte, hacia la muerte. En ese lugar tenían que haber anclado siempre barcos, exactamente en ese lugar,

porque allí se acababa Europa, y empezaba el mar. Allí había habido siempre un albergue, porque en ese lugar, una carretera desembocaba en el mar. Me sentía viejísimo, antediluviano, porque ya había vivido todo esto una vez, y al mismo tiempo me sentía jovencísimo, ansioso de todo lo que aún vendría, me sentía inmortal. Pero ese sentimiento volvió a cambiar de pronto, era demasiado fuerte para mi debilidad. La desesperación me invadió, la desesperación y la nostalgia. Lamenté mis veintisiete años perdidos, derrochados en países extraños.

En la mesa de al lado, alguien hablaba en ese momento de un vapor llamado Alesia que, de camino a Brasil, había sido detenido en Dakar por los ingleses porque llevaba a bordo oficiales franceses. Todos los pasajeros habían ido a parar a un campo de concentración en África. ¡Qué alegre estaba el narrador! Probablemente porque esa gente no le importaba, como no le importaba su propia vida. También había tenido que oír esa historia incontables veces. Yo anhelaba una canción sencilla, pájaros y flores, anhelaba la voz de la madre que me había reñido cuando era un niño. ¡Oh, mortal parloteo! El sol se ponía ahora detrás del fuerte de San Nicolás.

Eran las seis de la tarde. Yo miraba indiferente hacia la puerta, por encima de la gente. Volvió a abrirse. Una mujer entró. ¿Qué puedo decir? Sólo puedo decir que entró. El hombre que se quitó la vida en la Rue de Vaugirard hubiera podido expresarlo de otro modo. Yo sólo puedo decir: entró. Tampoco me pida ninguna descripción. Por lo demás, esa tarde no hubiera sabido decir si era rubia o morena, una mujer o una muchacha. Entró.

Se detuvo y miró a su alrededor. En su rostro había una expresión de tensa expectación, casi de temor. Como si esperase y temiera encontrar a alguien en ese lugar. Fuesen cuales fuesen los pensamientos que pudieran moverla, no tenían nada que ver con visados. Primero cruzó en diagonal la parte de la sala que yo mismo podía ver, que daba al Callejón de los Belgas.

Alcancé a ver la punta de su capucha contra la gran ventana, en aquel momento gris. Me asaltó el temor de que no regresara, de que en la otra parte de la sala hubiera una puerta que condujera al exterior, de que pudiera haberse limitado a cruzar. Pero volvió enseguida. La expresión de expectación en su joven rostro se estaba convirtiendo ya en decepción.

Hasta entonces, cuando una mujer llegaba al lugar en que yo estaba, una mujer que podía gustarme pero que no venía hacia mí, siempre había logrado convencerme de que se la cedía a aquel que le gustaba a ella, de que no se me escapaba nada irremplazable. Era terrible que hubiera entrado pero no me buscara a mí; sólo había una cosa que habría podido ser igual de terrible: que no hubiera entrado. En aquel momento volvía a mirar hacia la parte de la sala en la que yo me sentaba. Miró todos los rostros, todos los lugares, como buscan los niños, con torpeza y exhaustividad al mismo tiempo. ¿Quién era la persona a la que buscaba desesperadamente? ¿Quién estaba en condiciones de ser esperado con tanta fuerza, de decepcionar tan amargamente?

Hubiera podido moler a puñetazos a aquel hombre ausente. Por último, descubrió nuestras tres mesas

un tanto apartadas. Miró atentamente a los que estaban sentados a esas tres mesas. Por necio que fuera, por un instante tuve la sensación de que era yo aquél a quien buscaba. Ella me miró, pero con una mirada vacía. Fui el último a quien miró. Luego salió de veras. Volví a ver su capucha puntiaguda al otro lado de la ventana.

Subí a casa de los Binnet. El médico estaba sentado en el lecho del niño. Ya había dado su inevitable informe diario sobre el estado de sus visados de tránsito. Tenía la cabeza, de pelo corto y gris, apoyada en el cuerpo liso y oscuro del chico, y mientras escuchaba, su rostro deformado por las preocupaciones del tránsito se transfiguraba, su expresión de prisa y de miedo a llegar tarde y a quedarse atrás se transformaba en lo contrario: paciencia infinita. Su deseo de partir a toda costa, lo antes posible, quedara atrás quien quedara, se transformaba en bondad. Me pareció que no se ocupaba de otra cosa ni deseaba otra cosa que oír los ruidos que le instruían acerca de cómo curar a ese niño. El niño también estaba callado, porque recibía devuelta por el médico la tranquilidad que le había dado a él. Finalmente el médico alzó el rostro, dio al niño una leve palmadita en la cara, le bajó la camisa y se dirigió a la familia. Porque trataba a Georg Binnet, puesto que estaba allí y no había otro, como padre del niño. A mí me parecía que no sólo había cambiado la relación de Georg con el niño, sino también con su amante, al hacerlos asumir a ambos funciones paternas, ya que hacían falta padres para un niño enfermo; había cambiado casi imperceptiblemente todas las circunstancias de esa

habitación para acelerar la curación del niño. Pero cuando ya no imperase enfermedad alguna todos volverían a serle indiferentes.

El médico estaba explicando a los padres con qué había que alimentar al niño. Yo estaba sentado en la caja de carbón de Claudine. Lo escuchaba todo. Lo observaba todo. De pronto mi vista se había vuelto aguda y mi oído fino. Lo que acababa de vivir había sido tan fugaz que no había quedado en mí más que un fuego tenue y uniforme y al mismo tiempo, como si de repente me hubiera secado, una sensación de sed. De pronto, sentí unos locos celos del médico. Estaba celoso de él porque curaba al chico, que probablemente, una vez sano, sería uña y carne con él, y porque ejercía un cierto poder sobre las personas, no mediante las intrigas y la astucia, sino mediante el conocimiento y la paciencia. Estaba celoso de sus conocimientos, de su voz, que el muchacho escuchaba con atención en aquel momento. Estaba celoso porque era distinto a mí; porque no sufría, porque su boca no estaba seca; porque había algo en él que yo nunca podría llamar mío, aunque él jamás pudiera conseguir por sí solo razonables visados, tránsitos y permisos de residencia.

Le interrumpí con tosquedad. Afirmé que el arte curativo no servía de nada, que no existía. En realidad, un médico jamás había curado a nadie, sino que se habían producido distintas casualidades. Él me miró con atención, como si quisiera hacer el diagnóstico de mi pasión. Luego me dijo tranquilamente que tenía razón. Lo único que él podía hacer era apartar al enfermo de todo lo que

perturbaba su curación, como mucho añadir con la mayor cautela lo que le faltaba a su cuerpo y a su alma. Pero incluso si lograba todo eso, quedaba algo, quizá lo más importante, que apenas si se podía explicar, algo que no dependía ni de su paciente ni de él, sino de la eterna plenitud de cualquier vida que es objeto de amor. Escuchamos... entonces el médico se estremeció, miró el reloj, nos dijo que tenía una cita con el secretario del cónsul de Siam y que el cónsul de Siam era amigo del jefe de una compañía de transportes que daba visados para Portugal sin tránsito americano. Salió corriendo. Georg se echó a reír, el niño se volvió hacia la pared.

Al día siguiente no hubo ni viento ni sol. El aire estaba tan gris como la cañonera que seguía anclada en el Puerto Viejo. La gente no se cansaba de mirarla, como si pudiera contarles lo que el almirante Darlan pretendía hacer con ella; los ingleses se acercaban a la frontera de Trípoli. Las cuestiones del día eran si Francia entregaría voluntariamente su puerto de Bizerta a los alemanes o si se negaría, y si los alemanes ocuparían entonces también el sur de Francia. Si ocurría eso último, los ingleses podrían bombardear nuestra ciudad. De momento, todas las preocupaciones referentes a tránsitos pasaron a segundo plano. Me fui al Mont Vertoux. Mi sitio del día anterior estaba libre. Fumé y esperé. Era absurdo esperar en el mismo lugar, pero ¿dónde si no iba a esperar?

Hacía mucho que había pasado la hora a la que la mujer había ido el día anterior. Me resultaba imposible levantarme. Me pesaban los miembros como el plomo.

5 autores de lengua alemana en México

Paralizados por la absurda espera. Quizá tan sólo me quedaba allí porque estaba mortalmente cansado. El café estaba lleno hasta los topes. Era jueves, había permiso para servir alcohol. Yo mismo había bebido bastante.

Entonces Nadine se acercó a mi mesa, mi vieja y querida Nadine. ¿Quiere que le describa a Nadine? La veo ante mis ojos siempre que quiero. Me era y me es indiferente. Me preguntó lo que había estado haciendo todo ese tiempo.

—Visitar consulados.

—¿Tú? ¿Desde cuándo quieres tú irte?

—¿Qué voy a hacer si no, Nadine? Todos se marchan. ¿Quieres que reviente en uno de vuestros sucios campos?

—Mis hermanos también están en campos —me tranquilizó Nadine—, uno en la zona ocupada, otro en Alemania. Todas las familias tienen un par de hombres detrás de los alambres de espinos. Vosotros los extranjeros sois todos muy especiales. Nunca esperáis a que las cosas se solucionen por sí solas.

Me acarició ligeramente el pelo. Yo no sabía cómo despedirla sin herirla demasiado. Dije:

—Qué hermosa eres, Nadine, seguro que entretanto te ha ido bien. Ella me respondió, con una astuta sonrisa:

—He tenido suerte.

Se inclinó hasta que nuestros rostros se tocaron:

—Está en la Marina. Su mujer es mucho mayor que él. Además, ahora se ha quedado en Marrakesch. Es bien parecido. Por desgracia es mucho más bajito que yo.

Hizo un movimiento que había aprendido en Les Dames de París. Se echó el abrigo un poco hacia atrás,

para que se viera la seda clara con la que estaba forrado y su vestido nuevo color arena. Yo estaba asombrado ante aquella clara muestra de suerte terrenal. Dije:

—¡No pongas nervioso a ese hombre! Te estará esperando.

Ella pensaba que eso no era malo, pero de todos modos conseguí finalmente quitármela de encima citándome con ella para ocho días después. Tenía la impresión de que esa cita no se produciría nunca. De la misma forma habría podido citarme para ocho años después.

Vi a Nadine pasar otra vez delante de la ventana, Cannebière arriba. Poco después bajaron las persianas: normas de oscurecimiento contra los bombarderos. Me agobiaba no poder ver ya el mar y las sombras pasando por la calle. Me sentía engañado, encerrado con todos los demonios que poblaban esa tarde el Mont Vertoux. Por mi cansada cabeza, abrumada por la espera, pasó un solo pensamiento claro: que si una escuadrilla de pilotos bombardeaba en ese momento la ciudad, no quería morir allí junto con ellos. Pero al fin y al cabo también eso daba igual. ¿En qué me distinguía yo de ellos? ¿En que no quería irme? Incluso eso era sólo cierto a medias. De pronto, mi corazón empezó a latir. Había entendido, antes que mis ojos, quién estaba entrando. Entró, como el día anterior, apresuradamente, huyendo o buscando. Su joven rostro estaba tan tenso que me dolía.

Pensaba, como si fuera mi hija: Todo esto no vale para ella, ni el lugar ni la hora. Recorrió todo el Mont Vertoux, de mesa en mesa. Volvió a pasar cerca de mí, pálida de desesperación. Pero enseguida volvió a empe-

zar a buscar, sola y confusa, entre esa horda de diablos escapados de un saco. Se acercó a mi mesa. En ese momento posaba la mirada en mí. Pensé: Me busca a mí, ¿a quién si no? Pero ya había apartado los ojos. Ya salía.

Me dirigí a la Rue de la Providence. Mi cuarto me pareció pelado y vacío, como si entretanto me hubieran robado. También tenía la mente vacía. Porque había sido incapaz de retener ninguna imagen precisa. Incluso ese rastro se había perdido.

Mientras estaba sentado ante la desolada mesa, llamaron a la puerta. Entró un desconocido, un hombre rechoncho, con gafas. Me preguntó si sabía por casualidad dónde había ido su mujer; su cuarto estaba vacío. De sus preguntas deduje que era el hombre al que se habían llevado esposado mientras yo miraba desde mi escondite en el tejado. Empecé a explicarle, delicadamente, que por desgracia en aquel momento era su mujer la que estaba detenida. Fue presa de una furia incontrolada. La verdad es que tuve miedo de que se asfixiara, con su rechoncho cuello. A él lo habían encadenado, para devolverlo a su departamento de origen, pero el funcionario estaba de buen humor y había dicho: «¡Dejadlo ir!». Había esperado llegar a tiempo de coger el barco, y ahora se habían llevado a su mujer al campo de Bompard, en el que había que pagar rescate por ella. Corrió enseguida a la ciudad, a buscar amigos. ¡Cuánto le envidiaba! La mujer pequeña y regordeta era indudablemente suya. Estaba en algún sitio, aunque fuera el campo. No podía esfumarse. El podía correr en pos de ella. Podía romperse su gorda cabeza para recuperarla.

Pero yo, yo no tenía nada a lo que agarrarme. Me tumbé en la cama porque tenía frío. Deseaba volver a ver su rostro, un reflejo de su figura. Busqué y busqué entre el humo tenue y amargo de mis cigarrillos, que llenaba poco a poco el cuarto. La casa estaba muerta. Los legionarios se habían ido, en busca de alguna diversión. Era una de aquellas noches en las que todo se aparta de uno, todo se conjura contra ti.

Me despertó un alboroto de perros. Se hizo aún peor cuando golpeé la pared. Salté de la cama para intentar imponer calma. Encontré la habitación de al lado ocupada por dos grandes perros y una mujer fea vestida con ropas chillonas, de ojos descarados y hombros torcidos. La tomé por un miembro de uno de los pequeños y miserables locales que ofrecían toda clase de absurdos espectáculos en los callejones de detrás del puerto. Le expliqué en francés que sus animales me estaban molestando. Respondió en un insolente alemán que por desgracia tendría que acostumbrarme, que los animales eran sus compañeros de viaje; lo único que quería era marcharse con ellos, cuando le concedieran el tránsito a Lisboa. Le pregunté si tenía tanto cariño a esos dos chuchos como para arrastrarlos por todo el mundo. Ella se echó a reír y exclamó:

—Por mí podría matarlos ahora mismo. Pero estoy atada a ellos por una serie de extraños azares. Tenía un billete para la Export-Line. Habían aprobado mi visado americano. Pero al ir al consulado a pedir la prórroga me dijeron que me hacía falta un nuevo e impecable aval,

una fianza moral, el testimonio de ciudadanos americanos de que soy totalmente irreproachable. ¿De dónde iba a sacar yo, una mujer que siempre ha vivido sola, a dos ciudadanos americanos que pusieran la mano en el fuego porque yo nunca había robado dinero, condenaba el pacto germano-soviético, no me sentía, me siento, ni me sentiré inclinada hacia los comunistas, no recibo hombres desconocidos en mi cuarto y llevaba, llevo y llevaré una vida conforme a la moral?

Sintiéndome bastante desesperada, topé con un anciano matrimonio de Boston que había pasado una vez un verano en el mismo lugar de la costa que yo. El hombre trabaja en motores eléctricos, eso es algo que el cónsul respeta. Querían irse enseguida en el clíper, no les gustaba estar aquí, pero querían a sus dos perros, y no podían subirlos al clíper. Nos contamos nuestras mutuas desesperaciones y vimos que podíamos ayudarnos. Les prometí llevar a los perros sanos y salvos al otro lado del océano a bordo de un barco normal, y a cambio, yo obtuve la fianza moral. Ahora entenderá sin duda por qué lavo, cepillo y cuido a estos dos perros, que son mis fiadores. Los llevaría conmigo al otro lado del océano aunque fueran leones.

Un tanto divertido, salí a la fría mañana. Elegí, por el precio, un pequeño y mísero café que hay en la Cannebière, frente al Mont Vertoux. Me quedé mirando a la concurrida calle. El Mistral empujaba contra la multitud ora una abrupta lluvia, ora una luz igual de abrupta. El ventanal del café vibraba. Mis pensamientos estaban en la Oficina de Extranjería, donde al día siguiente iba a

probar suerte, quizá con el certificado de salida del campo que me había regalado Heinz.

De pronto apareció en el umbral la mujer, en la que en ese momento ni siquiera estaba pensando. Había recorrido con una mirada el mísero y pequeño café, donde aparte de mí sólo había tres peones camineros que habían entrado para resguardarse de la lluvia, de manera que ni siquiera entró. Enmarcado en su capucha, su rostro parecía aún más pequeño y pálido.

Salí a la calle. La mujer parecía haber desaparecido ya entre la multitud. Subí y bajé por la Cannebière. Empujé a la gente, la perturbé en su chismorre de viajes, en sus procesiones consulares. Vi la alta y puntiaguda capucha muy lejos de mí, al final de la Cannebière. Corrí en pos de ella, pero desapareció en el Callejón de los Belgas. La seguí y subí las escaleras del Callejón, por las largas y peladas calles, hasta la iglesia de San Víctor. Allí se detuvo a la puerta de la iglesia, junto a las vendedoras de velas. Entonces, vi que no era la mujer que yo buscaba, sino una mujer fea y desconocida, de rasgos arrugados y codiciosos. Oí también que regateaba incluso el precio de las velas que habían de arder por la salvación de su alma.

Me senté, cuando la lluvia empezó a batir, en el banco más próximo a la puerta de la iglesia. No sé cuánto tiempo estuve allí, con la cabeza entre las manos. Había vuelto a llegar al límite, al límite de mis esfuerzos. Aun así seguía jugando el viejo juego, incluso en el límite. Me acordé de que había quedado con Heinz esa mañana. Pero había pasado la hora, y con la hora, me pareció, lo mejor que me estaba destinado. ¡Qué frío hacía allí! No

sólo en la iglesia de San Víctor, también en la puerta entreabierta reinaba la profunda oscuridad de la lluvia. El Mistral inclinaba incluso las llamas de las velas en los altares. Qué vacía estaba la inmensa nave de la iglesia, y sin embargo, no hacía más que entrar gente. ¿Dónde se metían? Oí un débil canto, sin saber de dónde venía, porque la iglesia seguía vacía. Los feligreses eran engullidos por uno de los muros. Les seguí escaleras abajo hacia la tierra, que en este lugar era roca. Cuanto más descendíamos, más claro se hacía el canto. La temblorosa luz de la cripta caía ya sobre los peldaños. Teníamos que estar debajo de la ciudad, me pareció que debajo del mar.

Allí celebraban su misa. Capiteles devastados, antiquísimas columnas, se transformaban en medio del humo en las muecas de los animales sagrados que las coronaban. El viejísimo sacerdote llevaba barba blanca y una estola blanca con preciosos bordados. Se parecía a uno de aquellos antiguos sacerdotes que se encuentran en medio de sus sagrados actos cuando su impía ciudad ha de hundirse en el fondo del mar porque ha despreciado las amenazas de aquél que fundó esas rocas. Representantes de una eterna y pálida juventud que jamás podrá madurar, los niños del coro llevaban cantando sus velas alrededor de las columnas.

El tenue humear ante nuestros rostros se convirtió en un tembloroso oleaje. Ciertamente, el mar susurraba sobre nosotros. De pronto, los cánticos terminaron. Con esa voz a un tiempo débil y dura que es propia de los ancianos, el sacerdote empezó a insultarnos por nuestra cobardía, nuestra mendacidad y nuestra mortal angustia.

Incluso ese día, sólo íbamos allí porque ese lugar nos parecía seguro. Pero ¿por qué ese lugar era seguro? ¿Por qué había superado al tiempo, a las guerras, desde hacía dos mil años? Porque aquel que levantó su casa en muchas rocas alrededor del Mediterráneo no había conocido el miedo.

—He sido azotado por tres veces, lapidado una vez, tres veces he sufrido el naufragio, he pasado día y noche en la profundidad del mar, he estado en peligro a causa de los ríos, en peligro a causa de los asesinos, en peligro entre los judíos, en peligro entre los gentiles, en peligro en las ciudades, en peligro en el desierto, en peligro en el mar, en peligro entre falsos hermanos.

Al anciano se le marcaban las venas en la frente; su voz se extinguió. La iglesia parecía hundirse cada vez más y, temerosa y temblando de vergüenza y miedo, la gente escuchaba, por así decirlo, el encarnizado silencio del anciano.

Entonces el cántico de los niños empezó, con su insoportable pureza angélica, y en cuanto el sonido empezó a elevarse despertó en nosotros una absurda esperanza. Y, sordo y llamando al arrepentimiento, le contestó un sonido terrible salido del profundo pecho del anciano.

Me faltaba aire. No quería quedarme pegado al fondo del mar; quería morir allá arriba entre mis iguales. Subí. El aire era frío y claro. La marea había cesado. El Mistral había dejado de soplar. Las estrellas brillaban sobre las almenas del fuerte de San Nicolás, que está enfrente de la iglesia de San Víctor.

5 autores de lengua alemana en México

El chico pudo salir a la calle por primera vez al día siguiente. Claudine me pidió que le llevara al sol. El encargo me gustó. Subimos lentamente la Cannebière por el lado del sol. La antigua armonía volvía a reinar; sentía, casi sin motivo, un sencillo deseo de que la Cannebière fuera interminable, de que el sol del mediodía se detuviera, de que la cabeza del chico se mantuviera reclinada en mi brazo. Él arrastraba un poco las piernas, y solamente hablaba cuando le preguntaba. Quería ser médico algún día, dijo. Yo sentí enseguida un arrebató de celos, aunque volvía a tener toda su confianza y la mirada tranquila y plena de sus ojos. Entretanto, estaba tan cansado que casi le arrastraba. Le invité a tomar algo en un café del Cours d'Assas. Por desgracia no había chocolate, ni zumo de frutas, tan sólo algún flojo brebaje de color verdoso. Y aun así, en su rostro brillaba un soplo de alegría que parecía ir destinado a las cosas valiosas que raras veces se encuentran en la vida. Le quería mucho. Alcé la vista por encima de su cabeza, mirando por la ventana hacia la plaza todavía soleada, llena de árboles sinuosos. Precisamente en ese momento, una multitud se apiñaba ante una gran casa.

—¿Qué ocurre allí? —pregunté.

—¿Allí? Nada —dijo el camarero. No son más que españoles. Hacen cola ante el consulado mexicano.

Dejé al chico con su brebaje verdoso. Crucé. Alcé la vista al alto portal con el gran escudo. Para mi asombro, brillaba como nuevo, el polvo había desaparecido. Ahora podía incluso distinguir una serpiente en el pico

del águila. Los españoles por su parte me miraban y sonreían. Sólo uno dijo, enfadado:

—¡Guarde la cola, señor mío!

Así que me puse a la cola. Oía hablar delante y detrás de mí, las mismas frases que ya había oído hacía meses, ante el consulado en París. Ahora se decía de nuevo, y con mayor certeza, que iban a salir barcos de Marsella hacia México. Incluso se citaban sus nombres: República, Esperanza, Pasionaria. Seguro que esos barcos zarparían, ya que se insistía incluso en los nombres; nunca se los borraría con una esponja de las pizarras de las compañías navieras; sus puertos de destino nunca arderían; para ellos no habría estrechos imposibles de atravesar. También a mí me gustaría viajar en un barco así, con semejantes compañeros de viaje.

Ya había llegado al portal. El portero saltó a mi encuentro como si me hubiera estado esperando. El hombre flaco y curtido del Boulevard de la Madeleine estaba irreconocible. Parecía orgulloso e iba bien vestido, lo que reforzó nuestra esperanza en la partida. Me llevaron hasta la secretaría. Ya no era una sencilla habitación, sino un local que imponía respeto, con ventanillas y una barrera. Y detrás de la barrera, sentado a una recia mesa, estaba, pequeño y chispeante, mi secretario, con los ojos más despiertos del mundo. Quise volver a salir rápidamente. Entonces él se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Por fin aparece usted! Le hemos buscado por todas partes. No apuntó bien su dirección. La confirmación de mi Gobierno ha llegado.

Me quedé allí plantado, rígido, pensando: así que el pequeño Paul realmente tiene poder. Así que realmente al pequeño Paul se le ha dado un cierto poder sobre la Tierra. En mi confusión, hice lo más estúpido que se me ocurrió, una ligera reverencia. El secretario me contemplaba divertido. Comprendía su mirada burlona: no he movido un dedo en este asunto, quería decir. Ha habido otros poderes en juego. Veremos quién ríe al último. Me dejó pasar detrás de la barrera, y mientras esperaba, pasaron por delante diez, veinte locos por irse.

También vi de nuevo al español de pelo blanco que había recabado mi consejo acerca de si le merecía la pena volver allí. Pero había ido, a pesar de mi consejo y de su propia amargura. Quizás esperaba rejuvenecer al otro lado del charco, una especie de vida eterna que le devolvería a sus hijos. Trajeron mi expediente, lo hojearon, crujía.

De pronto, el pequeño secretario se volvió hacia mí y sus ojos centellearon. Tuve la impresión de que sólo había querido adormecerme.

—¿Qué clase de papeles tiene usted, señor Seidler? —me miró tremendamente contento, casi riéndose. Aquí hay algunos compatriotas suyos que tienen los visados desde hace dos meses, pero siguen esperando una confirmación de los alemanes de que no se les considera ciudadanos alemanes. Sólo entonces la prefectura les concede la visa de sortie, el permiso para salir del país.

Nos miramos a los ojos. Era indudable que sentíamos hostilidad uno hacia otro, pero también era induda-

ble que ambos sentíamos placer ante una hostilidad tan pareja. Respondí:

—¡Por favor, no se inquiete! Tengo un documento de refugiado, medio del Sarre medio alsaciano.

—¿Pero no nació usted en Silesia, señor Seidler?

Ambos nos miramos con ojos divertidos. Dije, arrogante:

—Aquí, en Europa, casi nadie tiene ya la nacionalidad de su país de origen. Yo estaba en el Sarre cuando se produjo el plebiscito.

—Permítame que me siga sintiendo sinceramente inquieto por usted. Entonces es usted casi francés. Tendrá dificultades muy notables para conseguir la visa de sortie.

—Seguro que con su ayuda me abriré pasó. ¿Qué me aconseja que haga?

Él me miró sonriente, como si mi pregunta fuera muy graciosa:

—En primer lugar, vaya con mi confirmación de su visado a la agencia de viajes americana. Allí, pida el certificado de que su pasaje está pagado.

—¿Pagado?

—Sí, señor Seidler, pagado. Los mismos amigos que se preocupan por su vida, que consiguieron su visado de mi Gobierno, pagaron su billete a la Export-Line de Lisboa. El recibo está en su expediente. ¿Le sorprende?

Desde luego que me sorprendía. Así que sólo hacía falta estar muerto para que te pagaran la travesía y llenaran tu expediente con los mejores documentos, que demostraban tanto más su utilidad cuanto más segura era tu putrefacción. Como si para tus iguales la muerte

5 autores de lengua alemana en México
fuera el requisito natural para que los amigos se acordaran de ti y allanasen hasta el último obstáculo.

—Con ese comprobante y el certificado de su visado, vaya inmediatamente al consulado estadounidense. Allí, presente una solicitud de tránsito.

—¿En el consulado americano?

Me miró con severidad.

—No es probable que pueda ir caminando por encima del agua, sean cuales sean las demás capacidades que posea. No hay ningún barco directo a México. Así que necesita un tránsito.

—Se habla continuamente de barcos directos.

—Cierto. Se habla. Pero se trata de barcos fantasmas. La Export-Line, por ejemplo, es más segura. De todas formas, intente que le den un tránsito. Parecerá un poco más mundano que sus compañeros. ¡No dudo de sus dotes! Inténtelo en el consulado estadounidense. Y luego pida un tránsito para España y Portugal.

Había dicho ya las últimas frases en el tono de un hombre que explica una cosa meramente de pasada, con la convicción de que nunca ocurrirá y carece de objeto emplear demasiado esfuerzo.

En cualquier caso, al volver a cruzar la plaza, que en ese momento estaba ya fría y silenciosa, pensé que en la comisaría volverían a prorrogar mi estancia con mi espléndida confirmación de visado nueva. Tenía por delante preparativos de partida, adquisiciones de tránsitos, que llevarían semanas. Creerían que pensaba seriamente en irme, y por consiguiente me dejarán quedarme.

Mi pequeño mordisqueaba su pajita ante el ventanal vacío. Debía de haber estado fuera una hora. Me avergoncé, incluso tuve miedo de sus ojos. Sólo en el camino de regreso dijo:

—Así que también usted se va.

Yo dije:

—¿Por qué dices eso?

—Estuvo en un consulado —respondió. Llegó de pronto y se irá de pronto.

Yo me apreté contra él, le besé, le juré que nunca me separaría de él.

Santa Kunigunde entre la nieve

Bodo Uhse

Conocí a Steffie a través del joven Lernau, que me la trajo un día de finales de verano de 1937. En realidad, la visita de ambos no me vino bien, porque quería trabajar. Pero Lernau, con su naturalidad acostumbrada, enseguida se puso cómodo en mi sillón. Steffie se quedó tímidamente de pie junto a su amigo, algo sonrojada por su tono en exceso confianzudo, que de hecho no era apropiado dada la diferencia de edad entre nosotros.

Su confusión me conmovió. Saqué una botella de coñac, y me ayudó a lavar en la cocina las copas llenas de acuarela seca. Luego bebimos.

—¡Esta vez lo han conseguido! —dijo triunfante Lernau; hablaba de la regata del domingo anterior, en la que el equipo de la Universidad de Würzburg había sido vencido en la modalidad de ocho remeros.

—Tienes que admitir —objeté— que en el fondo los de Würzburg eran mejores, sólo que iban por la pista exterior.

—¿Qué quieres decir con eso? —rugió Lernau, que siempre estaba más que dispuesto a tomar partido.

—Ese tramo es demasiado estrecho. No pueden pasar tres botes a la vez —expliqué.

Steffie estaba sentada en el taburete africano que Ullmann me había dejado al irse a Francia. Tenía las manos plegadas sobre las rodillas. De vez en cuando, alzaba sus grandes ojos castaños hacia mí con una mirada aterciopelada.

—Los sitios se sortearon de antemano. Si los de Würzburg tuvieron mala suerte, es asunto suyo. ¡Sea como fuere los han vencido! —insistió Lernau. Sólo entonces me di cuenta de que era miembro del victorioso Club de Remo de Bamberg, al que pertenecía la mejor sociedad de nuestra ciudad.

Así que le dejé con su alegría y volví a llenarle la copa. Lernau empezó a decir tonterías:

—¡Si tu cabeza te irrita —exclamó—, tírala contra la pared! ¡Si allí no hay sitio, vuélvetela a poner!

Tenía un par de giros como ése que solía repetir una y otra vez. A él mismo le hacían reír mucho, y luego quería contarme la historia de la pobre señora Gabelsberger, a la que habían sorprendido con su amante en el jardín botánico. Toda la ciudad hablaba de eso. Yo le interrumpí y le pregunté por sus trabajos.

Ahora estaba pintando un “Combatiente avanzando”.

—Muy cerrado —exclamó. ¿Comprendes? ¡De colores duros, de contornos afilados como un cuchillo! —Se

puso en pie de un salto y caminó por el estudio. Su rubio cabello le caía sobre la frente, se reía con la boca torcida. Se reía de todo y sin parar.

Steffie estaba como hechizada con él. Lernau siguió hablando de su cuadro:

—Expresión de esta época. Dura, grandiosa, peligrosa. Símbolo de la Alemania guerrera. Tenemos que pintar insignias. ¡Insignias!

Se quedó en pie junto a la mesa y vació la copa, que yo había llenado de nuevo. Sin duda en ese momento él mismo se creía lo que decía. Pero yo estaba seguro de que sólo lo creía en ese momento. Me acordaba de sus anteriores trabajos. Un día había tenido un buen pincel. ¡Cómo se había echado a perder!

Hacía años que había recibido aquella invitación del Oeste de Alemania que tan funesta había sido para él. Promovido por la industria, al principio había ayudado al Nuevo Museo, con abundantes recursos, a reunir un arte que se esforzaba por la expresión objetiva. Pero luego, una vez que los señores del carbón y el acero habían descubierto su “conciencia social”, y habían optado por la dictadura parda, el rearme y una nueva guerra, también habían reclamado un “arte de acero” bajo el cielo gris de sus humeantes chimeneas, una expresión estética de su hambre de poder y mayores beneficios, que en la literatura se llamó la “nostalgia del imperio milenario”. Muchos habían entonces vuelto la espalda a la institución de Essen. Lernau no. Él había asumido, tembloroso, el patetismo de las grandes mentiras, y ahora pintaba combatientes que avanzaban.

Yo sentía que era mi obligación hablar de una vez con él. Pero no lo hice. En aquellos tiempos, se silenciaba todo lo importante.

Sí, ése era el signo de aquellos años, que se silenciaba lo importante. Nadie se atrevía a hablar, a escribir o a alzar la voz en imágenes. ¡Estaba prohibido! Así que uno se guardaba de hacerlo. Al final, ya no se pensaba en pensarlo. No sólo porque estaba prohibido; no sólo porque la costumbre de la prohibición se nos había impuesto. El encuentro con lo importante era doloroso para nosotros, por eso nos guardábamos de él.

Y ¿de qué podía servirle mi consejo al joven Lernau? Sabía de antemano que no le prestaría oídos. Apostaba por el éxito, y lo encontraba precisamente por el camino que ahora recorría como “combatiente avanzando”. Era conocido, siempre tenía críticas buenas, a menudo desbordantes. Los primeros rayos de la fama le tocaban con luz prometedora.

En cambio, de mí nunca se había hablado mucho antes, y por aquel entonces estaba prácticamente olvidado.

Así que fue Lernau el que me acosó:

—¡Estás aquí metido en tu cuartito y te amargas! ¡Fuera, el mundo sigue su curso!

Ese día estuvo especialmente insistente, sin duda porque quería de ese modo impresionar a Steffie. Me irritó tener que representar el papel que me prescribía con su conducta. Porque, ya que no podía expresar lo decisivo, tenía que buscar refugio en toda clase de excusas. —Deja que el mundo siga su curso —dije. Mi negocio es pintar cuadros. Ya he tenido que ocuparme bastante de otras cosas. Primero estudié Derecho, porque mi padre

así lo quiso. Cuando murió y pensé que ya era libre, vino la guerra. ¡Cuatro largos años! Después de la guerra tuve que trabajar en un banco, porque no tenía ningún dinero. Así que cumplí los treinta y dos antes de poder empezar a pintar. Tengo mucho que recuperar. ¡Que el mundo siga su curso, yo pinto!

Lernau se echó a reír y declamó:

—“Yo quisiera tener un jardincito y una pérgola para descansar; es tan bello arrancar un rabanito, que Dios te guarde, ha sido sin pensar.”

Esta vez nuestra conversación no terminó en la habitual disputa. Antes bien, Lernau tenía que hacerme una propuesta: Debía presentar dos cuadros a la exposición de Múnich que estaba prevista para primavera. Tenía no sé qué nombre patriótico, lo he olvidado. Mi sorpresa fue grande, sobre todo cuando Lernau explicó que le habían encargado hacer su propuesta. Seguiría una invitación escrita en toda regla.

Steffie se aburrió durante nuestra conversación. Se levantó y caminó por el estudio. Parecía tener miedo a mis cuadros, al menos evitaba mirarlos. Se quedó en pie junto a la ventana y miró hacia el río. Cuando el molino empezó a trabajar y el suelo de mi estudio atronó, se volvió hacia nosotros con un grito de sorpresa.

Lernau me contempló con atención cuando alcé la vista hacia Steffie, junto a la ventana con su bonito rostro silencioso. Me gustó, y él en su vanidad se sintió orgulloso de ello. Se jactaba de esa joven como de sus músculos, o como de su fea y sin embargo frívola cabeza de caballo.

Cuando los dos se fueron regresé a mis cuadernos de bocetos, todavía sorprendido por la petición de Lernau.

Busqué un paisaje que había bosquejado fugazmente en una ocasión: el puente alto del Ayuntamiento, con la imagen de Santa Kunigunde. Por fin, me resultó demasiado necio revolver por más tiempo. Cogí mi bloc de dibujo y me fui a la isla del Ayuntamiento. Desde mi estudio en el molino de Eckert no había más que unos cientos de pasos.

Una vez en el puente, me puse enseguida a trabajar. Pero no me salía nada. En torno a esa hora había un tráfico muy intenso para nuestra ciudad, y la gente que se paraba junto a mí y me miraba por encima del hombro me molestaba.

Cerré el bloc, y regresé a casa malhumorado. Por el camino, volví a preguntarme dónde podía haber dejado los bocetos, pero no me acordaba. Por fin, deseché mi plan de pintar el puente de Santa Kunigunde. Lo abandoné sin una verdadera razón. A la vez lo sentía, porque ahora no tenía nada que hacer en los días siguientes, y yo amaba el orden en mi vida.

Pasé la tarde junto a mi ventana, sin hacer nada. Hubiera debido llenarla con los preparativos, tensando el lienzo, eligiendo los colores y los pinceles.

El riachuelo susurraba en torno a la vieja rueda del molino, cuyas tablas se pudrían poco a poco. Ya hacía años que estaba movido por modernas turbinas, pero las sacudidas de la rueda aún hacían temblar todo el edificio. De vez en cuando un pez saltaba de la corriente y volvía a sumergirse con ruido de chapoteo.

5 autores de lengua alemana en México

Pensé en Lernau y su amiga. ¡Qué diferentes eran! Él era al mismo tiempo incontrolado y ansioso de poder, y tomaba sin reparos de aquí y de allá lo que necesitaba para brillar. Sentía que tenía que guardarme de él. Ella en cambio era todo entrega y dulzura, y no pertenecía a esta época. La trasladé a aquellos años en los que los versos de Rilke y de Hofmannsthal aún habían tenido un eco vivo. Aún la llevé más atrás; ¿acaso no la habían cantado Dehmel y Liliencron? Esos fueron los poetas de mi juventud.

Me sobresalté. Del río se alzó niebla, y tuve que cerrar la ventana. A mi edad, realmente las mujeres ya no me importaban. Lamentaba vivir solo. Aún hubiera podido sin duda ofrecer un poco de ternura, pero jugar a los amantes ya no pegaba conmigo.

Encendí la luz, cogí un libro y decidí tener cuidado. Estaba demasiado mal, para ser la primera tarde en que la había visto.

También actué conforme a mis intenciones cuando volví a encontrarme con Steffie. Nuestra ciudad es muy pequeña, uno corre inevitablemente a los brazos del otro. Desde entonces me la encontraba con frecuencia, ya fuera en el hogar del cazador, donde me tomaba el café, o en mis pocos desplazamientos a la ciudad. Me contenía y era muy frío con ella. En cambio, ella parecía alegrarse cuando me veía. Lernau aparecía repetidas veces por mi estudio, y a menudo la traía consigo. Ella se volvió locuaz en aquellas visitas, que siempre me eran bienvenidas, incluso halló valor para pequeñas burlas. Pero yo no entré al trapo. Me ocultaba detrás de mi edad

como detrás de un muro protector. Los llamaba “hijos míos” y me envolvía en una pose paternalista.

Representé el papel lo bastante bien como para engañar a Lernau, pero, si lo que quería con ello era protegerme a mí mismo, era ya demasiado tarde e inútil. Aproveché mi papel para acercarme todo lo posible a Steffie; ¿no era evidente y natural que mi mano pudiera retirarle con cuidado el pelo de la frente? Pronto hubo pequeños e inocentes secretos entre nosotros, y una cordial confianza por su parte. En poco tiempo, sabía más de ella y sobre ella de lo que Lernau podía haber sabido nunca, porque su vanidad hacía que no se fijara. De día en día, ella se deslizaba cada vez más hacia mí.

Por aquel entonces, le dije a Lernau que no tenía ningún cuadro para la exposición de primavera. Es decir, mi estudio estaba repleto, pero ninguno de los cuadros me parecía apropiado. En el fondo, sentía que no se me había perdido nada en esa exposición. Lernau propuso, medio en broma, que retratase a Steffie. Acepté enseguida, y fijamos el día de la primera sesión.

Hacía mucho que no pintaba retratos, así que se me ocurrió echar un vistazo a mis antiguos trabajos. Bajé del desván los polvorientos lienzos. Lo que descubrí cuando puse los cuadros en mi estudio me llenó de ardiente insatisfacción. No daba por bueno ni uno solo. Había puesto en juego los colores contrarios de forma demasiado calculadora, y probablemente también demasiado ruidosa. ¡Y todos los fondos estaban mal! Donde hubieran requerido luz, eran oscuros, donde hubieran debido ser planos había metido violentamente una perspectiva.

Detrás del carnoso y sin embargo amargo rostro del comerciante Bing —qué alegría me había dado la luz sobre aquellas mejillas rellenas, de un azul rojizo— se extendía, incomprensiblemente, un paisaje de tormenta. Bing había sido asesinado en el incendio de la sinagoga. ¿Es que no se veía su violento fin? ¿No se lo había escrito ya en la frente al pintar el cuadro?

La consternación se apoderó de mí cuando miré mis cuadros: ¡había reunido una galería de muertos, una muestra de asesinados y suicidas!

En los últimos años había pintado doce retratos. Ahora, nueve de mis modelos estaban muertos. No habían muerto, sino que habían sido eliminados de forma violenta, como el pintor Marcus, que una mañana había sido encontrado en el rastrillo que había ante la rueda del molino, o como Florian Geyer, un camarero al que habían matado a tiros. Naturalmente, había oído hablar de sus muertes, porque todo se sabía, aunque nadie decía una palabra de esas cosas. Pero en lo que no había pensado al recibir las noticias de sus muertes, en lo que no había pensado es en que todos habían pasado por mis manos, en que yo los había pintado.

Ahora, cuando contemplaba sus cuadros uno tras otro, me parecía que sus rostros llevaban una señal. ¡Yo los había marcado! Porque, ¿acaso en esos cuadros que yo había pintado no parecían ya muertos, cuando aún estaban vivos?

Con una chaqueta de lino azul, un rojo rostro de niño bajo el cabello rubio, se sentaba Matthias, el hijo del ebanista que me proporcionaba los marcos de mis cua-

dros. Su boca entreabierta no reía, gritaba... de espanto ante una muerte terrorífica. Hacía dos años que lo había pintado, por aquel entonces tenía quince. Ni siquiera sus padres habían llegado a saber qué había ocurrido con él. El viejo Scheuffele me había enseñado, en su taller, la carta que las autoridades le habían enviado. Las lágrimas habían goteado silenciosamente sobre el papel desde sus estrechos ojos de anciano. Matthias había muerto repentinamente en un campo de trabajo, y había sido enterrado enseguida en las cercanías, en el cementerio del pueblo de Frankenheim.

En general no soy supersticioso, pero ahora también creía distinguir en los rostros de los otros, de los tres que aún quedaban con vida, el signo del mal fin.

Por diferentes que fueran los tres, el capitán Carl Söldner, caballero y vividor, el calvo, inteligente y falto de escrúpulos redactor Neusel y la vieja Hökerin, a la que había pintado en la plaza del mercado junto a su puesto de rábanos... en torno a sus bocas titilaba la muerte, y en sus ojos se reflejaba un espanto del que ellos y yo aún no podíamos saber nada cuando posaron para esos cuadros.

Anduve hasta la noche entre los retratos, comparé sin cesar los cuadros de los muertos con los de los vivos. Confundido y asediado por la mala conciencia, acabé por cortar con un cuchillo de la cocina los tres últimos cuadros y los quemé. De hecho, luego me sentí más aliviado. Me reí de mis miedos, con una risa un tanto forzada. ¿Acaso tenía yo la culpa de que mis modelos hubieran sido ahorcados y asfixiados, abatidos a tiros y a palos?

Los tiempos lo habían hecho. ¡Se moría más rápido y menos pacíficamente! ¡Yo no podía hacer nada!

Ha habido otros pintores que han tenido la misma desgracia con sus modelos. ¿A quién se le ocurriría hacer responsable a Hans Holbein de la muerte de Tomás Moro? No fue él quien separó del tronco la cabeza de Ana Bolena. El destino de la bella e infeliz Jane Seymour no fue decidido por él.

Él los pintó a los tres, y a muchos otros que fueron víctimas de su tiempo, como mis modelos han sido víctimas de nuestro tiempo. Él pintó las víctimas y —el rostro de su tiempo— a su asesino, el rey Enrique.

Estaba muy excitado. En estos tiempos había que arreglárselas solo. Si Ullmann aún hubiera estado aquí, quizá hubiera podido hablar con él. Pero Ullmann vivía en Francia desde hacía más de un año. Ahora me pregunto: ¿no hubiera debido irme con él?

Cuando Steffie llegó al día siguiente, llevaba un vestido rojo mate con un cuello blanco que se alzaba rígido contra el pelo castaño y subrayaba la línea de su cuello. Estaba un poco nerviosa, y más hermosa de lo que la había visto nunca. Se sentó junto a la ventana que daba al río. Pero allí la luz era demasiado dura. Movimos el pesado sillón más hacia el interior del estudio.

Luego, preparé el caballete. Vertí las pinturas en la paleta, lenta y minuciosamente. Titubeé antes de dar el primer trazo. De nuevo, se apoderó de mí un sentimiento de inseguridad, un supersticioso horror. Quise tirar el pincel y la paleta.

Sin embargo, la atracción que emanaba de su silenciosa belleza era más fuerte que mis miedos, y mucho más fuerte aún era la esperanza de un par de horas de tranquila estancia con ella y la tarea de pintar ese rostro dulce y resplandeciente, un rostro tan humano como había pocos en aquellos tiempos. Porque también los rostros habían cambiado, se habían vuelto más fríos, más inexpresivos, más planos. ¿Creéis que no deja huellas en los rostros el que las personas a las que pertenecen lo callen todo? Naturalmente que no, pero sólo uno de nosotros puede verlo.

Así que comencé con mano temblorosa. Apliqué al fondo un azul oscuro, pesado. Del rostro de Steffie emanaba una cordialidad como la de las estampas de santos de la alta Edad Media.

Normalmente charlaba con mis modelos, para distraerlos un poco. Pero esta vez no fui capaz de decir una sola palabra, así que le pedí que cantara una canción. Hacía unos años que habían resucitado las antiguas canciones populares, y sabía un montón de ellas. Primero las canturreó en voz baja, pasando, tanteando, de esta a aquella melodía. Por la ventana entreabierta subía desde el río el olor a madera podrida y una neblina temprana. La maquinaria del molino se puso en marcha, y la casa entera tembló.

Steffie cantaba.

Yo trabajaba. Maldecía y blasfemaba mientras aplicaba los colores al lienzo. Luego, de pronto, me detuve. La frustración se apoderó de mí, y los viejos miedos

5 autores de lengua alemana en México
volvieron a despertar. Dejé sobre la mesa paleta y pincel y colgué un paño sobre el lienzo.

—No, así no puede ser —dije, irritado.

Ella me miró como una niña sorprendida haciendo una travesura.

—Estos nuevos colores no sirven para nada —le expliqué. Tengo que ver si puedo conseguir otros mejores.

Lernau vino a recogerla. Resplandecía de importancia. Había recibido un encargo especial, relacionado con la organización de la exposición de primavera de Múnich. No conseguí entender qué era exactamente. Pero sabía que él tenía contactos con todos los “jefes de secciones artísticas” imaginables y otras gentes influyentes. Anunció que pronto tendría que partir. ¡Cuánto me alegró esa noticia! Pero Steffie temblaba cuando posó su mano sobre mi brazo a modo de despedida.

Después de la segunda sesión, se produjo una ne-
cia disputa entre Lernau y yo. Yo estaba nervioso y seguía agobiado por mis temores supersticiosos. Eso me volvía irritable, y no pude soportar la autocomplacencia con la que Lernau se presentó a sí mismo como mi protector y mecenas.

—Si no lo fuera —dijo con todas las letras—, seguirías sentado en tu oscuro rincón. Pero espera, con tu talento no puedes seguir escondido por más tiempo, vamos a sacarte a la luz.

Siguió hablando en ese tono. Antes, yo lo había aceptado y me había defendido negando mi convicción, como cuando Lernau había venido a verme con Steffie por primera vez. Pero ahora ya no podía hacerlo. Amaba

a Steffie, y no quería ocultar ante ella lo que realmente me llenaba. Así que olvidé toda precaución, y de mí salió lo que en aquellos años había aprendido con esfuerzo a callar.

Sin duda, en mi irritación, no me conduje con mucha inteligencia:

—No necesito tu ayuda —grité. Habéis echado a centenares, habéis hecho callar a centenares. No les permitís trabajar, no les permitís exponer. Ahora, os avergüenzan los huecos en vuestros museos. Queréis llenarlos. Y para eso he de servirlos yo, para tapar huecos, ¿no?

—Dios mío —dijo impaciente Lernau, mirándome con fingido horror—, ¿es que has perdido la fe en ti mismo?

—Mi confianza en mí mismo está más sana que la tuya —declaré, cortante. No necesito verme confirmado por exposiciones, críticas halagüeñas y encargos bien pagados.

—Ahora harás de tu falta de éxito una teoría —dijo Lernau impertérrito, en tono de interior superioridad. Estás amargado, amigo mío, y lo comprendo. ¿Acaso antes no hablabas de un modo completamente distinto? Me acuerdo de una conversación con el pelirrojo Ullmann...

—¡El tenía más talento en el meñique que tú en toda la mano!

—¿Ah sí, lo tenía? —ahora también Lernau se irritó, y me alegró haberle hecho perder al fin la calma.

—¡Sea como fuere, tuvo que poner pies en polvorosa, tu Ullmann! —gritó Lernau. Otro de esos judíos que nunca faltaban en tu casa. La verdad es que no entiendo

5 autores de lengua alemana en México
por qué le defiendes ahora. En aquella época, os tirábais de los pelos el uno al otro.

Lernau volvió a tranquilizarse. Incluso se echó a reír.

—Entonces, cuando Ullmann hablaba de la soledad del artista, de su falta de vinculaciones, de la libertad interior y exterior, cómo te ponías entonces. Eras tú el que decía que el arte tenía que estar inmerso en la realidad... ¡sí, esas eran tus palabras! ¡Y qué quieres ahora, yo estoy inmerso en la realidad! El arte tiene que tener una misión, tiene que cumplir una función... ¡también ese era un argumento tuyo! Decías: “El arte necesita un mandato”. Pues bien, yo...

—¡Cómo puedes retorcer así las cosas! —le interrumpí. ¡Yo hablaba de dos clases de mandatos, de un mandato material y un mandato moral! No puedes haber dejado de oír eso. Sin duda has conseguido el mandato material, pero del otro no hay ni rastro en ti. ¡Porque lo que tú llamas la realidad es precisamente la mentira!... A veces me pregunto —proseguí— qué es realmente peor, vuestros autos de o aquello que llamáis vuestra creación. Sea como fuere, lo único digno de ver que hay en los museos son los huecos vacíos que han quedado donde colgaban las obras que habéis proscrito.

No pude contenerme y golpeé con los puños la gran mesa de trabajo. Lo que nunca me había admitido a mí mismo, la conciencia de la desolación y amarga sequedad de nuestra vida, de su infertilidad y su estrechez, me abrumó de manera tan terrible que aporreé la mesa como si fuera la puerta de aquella gigantesca prisión en la que nos tenían entonces.

Abrí el cajón de golpe y arrojé sobre la mesa las litografías de obras retiradas de los museos que había tenido que comprarme clandestinamente, porque habían sido incautadas.

—Mira esto—grité a Lernau, poniéndome sin duda un poco patético. Mira esto. Éstas son las señales que indican el sentido de nuestra lucha. En estos colores arde el ansia de libertad. Con estas formas, nuestro deseo aspira a la libertad eterna que hay al otro lado de las sombras.

Cogí a Steffie del brazo:

—Mire esto —exclamé. No es posible mantenerla ciega siempre. ¿No siente ante estos cuadros lo que significa ser un ser humano? ¿Lo buena y lo mala que es la sangre? ¿Lo pobre y lo grandioso del espíritu?

Ante nosotros, sobre la mesa, yacían las hojas, buenas litografías, hechas con artesana minuciosidad. El joven Lernau se acercó, rojo como un tomate. Bajó la mirada de los grandes ojos, un poco salidos.

Con las puntas de los dedos, como si le asqueara tocarlas, fue volviendo las hojas una a una.

—Tu colección es bastante confusa —dijo—, pero parece completa. Todos judíos... ah, no, aquí está también la Kollwitz, con su olor a pobre.

Yo estaba a su lado, luchando por respirar.

—Barlach —prosiguió Lernau—, naturalmente, no podía faltar. Y aquí, ¿qué es esto? ¡En verdad, Rembrandt! Hay que decir que te mantienes al día. El debate acerca de él aún no se ha cerrado. Desde luego, Lehmann—Hildesheim le llama el pintor del gueto, y ésa es también mi opinión, si quieres saberlo...

5 autores de lengua alemana en México

Lernau no sonrió, sino que enseñó los dientes, cogió la lámina —José cuenta su sueño— y la rompió. Recordaré hasta el fin de mis días el ruido del papel al rasgarse, tan áspero y perverso resonó. Me lancé a coger el brazo de Lernau. Pero, antes de alcanzarlo, Steffie se había arrojado sobre él. Le mordió la mano con tal fuerza que gritó.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó, y se llevó a los labios la mano ensangrentada. La lámina cayó al suelo en dos mitades. Steffie no se ocupó de Lernau, se arrodilló y encajó las mitades de la lámina rota con un movimiento tierno y curativo. Se quedó arrodillada en el suelo, y lloró.

—Hay yodo en la mesilla de noche —le dije a Lernau, y me volví hacia Steffie—: No llores —pedí, y me interrumpí. No, no podía consolarla, todo era demasiado desolado para mí mismo.

—Sí —le grité, y en medio de mi dolor me sentí extasiado por su rápida y apasionada acción. ¡Sí, llora! Lloro, hay motivos más que suficientes. ¡Grita, grita de manera que se te oiga!

Lernau había descorrido la cortina de la pequeña alcoba en la que estaba mi cama. Dejó correr el agua sobre sus manos para refrescar la herida.

—Lloro —le dije a Steffie—, no ocultes tus lágrimas. Lloro si no puedes hacer otra cosa...

Tenía las manos apoyadas en sus hombros temblorosos, manos arrugadas, de vello oscuro, surcadas por gruesas venas por las que la sangre ya sólo corría cansadamente.

Lernau cerró el grifo y volvió a la habitación.

Seguía frotándose la mano izquierda herida. Se había humedecido y peinado hacia atrás el rubio cabello, de forma que tenía despejada la frente, desnudo el rostro.

—Lo lamentarás... antes o después —dijo secamente. Steffie se incorporó y dejó que se la llevara del estudio. Desde la puerta, me miró una vez más, con una mirada triste y significativa. Oí apagarse el ruido de sus pasos en la escalera de madera.

Por Dios, ¿qué había hecho? ¿Cómo había llegado a decir lo que se tenía que callar? Tenía una pequeña renta, y era independiente. No dependía de los encargos, y podía llevar mi vida por mí mismo. ¿Para qué tenía que meterme en lo que Lernau llamaba el mundo?

Había hablado como había hablado Ullmann aquella última noche, antes de irse a Francia. Pero él había hablado sólo aquella última noche, y sólo a mí, en el que confiaba.

—¡Ven conmigo! —me había incitado. Ven, aquí el aire se ha vuelto irrespirable.

Pero, ¿qué iba yo a hacer en Francia, o dondequiera que llevara el camino de los exiliados? Pertenecía a este paisaje franconio, con sus blancas casas con entramado de vigas de madera, con sus colinas y sus ríos, con sus muchachas rubias de ojos castaños, su riqueza de la época del Gótico, del Renacimiento y del Barroco. Aquí estaba el espacio en el que vivía, éste era el aire que respiraba. Pero tenía miedo al sol ardiente de Van Gogh.

Lo que más me inquietó en los días siguientes no fue la amenaza de Lernau, que a pesar de su juventud tenía influencia y sin duda podía hacerme daño, sino la preocupación por Steffie.

Me había acostumbrado tanto a ella, y ahora la echaba de menos. Lo extraño era que ya no la encontraba en ningún sitio, ni en el hogar de los cazadores ni en mis paseos, que extendía intencionadamente.

Para mi sorpresa, un día Lernau volvió a aparecer con ella en mi estudio. Al principio no supe qué pensar, pero una mirada a los ojos de Steffie me tranquilizó. Lernau sacudió riendo la cabeza, haciendo revolar sus rubios cabellos. —¡Si mi cabeza te irrita, tírala contra la pared! ¡Aquí la tienes! —gritó, e hizo como si en el fondo no hubiera pasado nada entre nosotros. No dejé que se notara lo aliviado que me sentía. Incluso dije: —Lernau, en el fondo admites que tengo razón.

—¡Basta, basta! —exclamó él, tapándose los oídos. No vamos a volver a empezar con eso.

Entonces habría tenido que mantenerme testarudo, lo sentía, pero en ese momento no pensaba más que en Steffie, y temblaba ante la idea de que pudieran volver a arrebátarmela. Y lo acepté todo, las suaves palabras de Lernau, que hubieran debido servirme de advertencia, sus bromas y sus risas y la novedad que le había movido a su generoso gesto de perdón y olvido: se iba a Múnich. Le esperaba un puesto del Estado muy bien pagado.

—Ves, por eso he venido a verte, a pesar de todo. Steffie confía en ti, eres su paternal amigo —¡qué golpe

me asestó con esas palabras!—, contigo se sabe a buen recaudo.

Tomamos una botella de vino de reconciliación y de despedida. Lernau quiso ver el retrato de Steffie, pero yo me negué a enseñárselo. No insistió.

—Ahora, adelante por el dorado sendero de la vida —dijo Lernau. Le deseé un buen viaje.

Lo curioso fue que después de su partida no pude avanzar con el cuadro de Steffie. Sentía embarazo, porque ahora estaba solo con ella de una forma totalmente distinta que antes. También ella parecía sentirlo. Primero me hablaba de vez en cuando de las cartas que llegaban. Lernau me enviaba saludos. Luego, dejó de mencionarle. Su mirada se volvió preocupada.

Puede que ya no hubiera cartas. Lentamente, su rostro empezó a cambiar. Una expresión de resignación, un rasgo de dureza que antes no estaban se imprimieron en él, y en cambio la dulzura y suavidad que hasta entonces habían marcado su rostro desaparecieron. Así crecía y maduraba ante mis ojos. Yo la amaba tanto más, y me parecía que embellecía.

Sin embargo, con ningún trabajo he tenido tantas dificultades como con su retrato. Lo empecé por tres veces, y no podía terminarlo. Por fin, me pregunté si realmente la causa no era más que la insatisfacción con mi creación, o el cambio en los rasgos de Steffie, o incluso el deseo de no terminar. Porque, innegablemente, de vez en cuando se apoderaba de mí el terror que me había atacado al contemplar mis viejos retratos. Y luego había otro motivo para prolongar todo lo posible el trabajo.

Era hermoso tener a Steffie a mi alrededor. Me ayudaba a mantener el orden en el estudio, me traía flores, hacía café para los dos en las horas de la tarde. A veces incluso se encargaba de mi ropa. Yo disfrutaba con esos pequeños signos de familiaridad, gozaba de las tranquilas horas de trabajo con ella, de esas conversaciones a media voz, de su leve risa cuando, en el celo del trabajo, empezaba a maldecir.

A veces pensaba que tendría que ser bueno vivir con ella. Sin duda tales pensamientos me sobresaltaban, pero no podía sustraerme a ellos. Ya no tenía ningún poder sobre mí mismo. Me sentía llevado, como el río debajo de mi ventana, que corría hacia el mar y en el que flotaban témpanos de hielo, porque era muy temprano y el invierno había venido con mucha fuerza; había nevado, y helaba. En las esquinas del gran ventanal sobre el río, las flores de hielo desplegaban sus misteriosos abanicos.

Sí, amaba a Steffie. Sabía qué preocupaciones la agobiaban, y temblaba al pensar que un día vendría y me contaría que Lernau le había escrito y todo volvía a estar bien. Mi corazón latía cuando la oía subir por la escalera. Acechaba sus pasos, y respiraba al reconocer que era el mismo paso titubeante, lento, un poco triste, al que mis oídos se habían acostumbrado.

Entonces abría la puerta, miraba su rostro y veía esa sonrisa amable y sin embargo dura en torno a su boca... ¡y era feliz!

Besaba su mano, le pasaba el brazo por los hombros y la llevaba al sillón junto a la ventana. Mirábamos al río y a los témpanos. La amaba.

Entretanto, había empezado a pintar el puente alto del Ayuntamiento con la estatua de Santa Kunigunde. Lo hacía para distraerme de la peligrosa pasión que se había apoderado de mí. Además, quería superar las dificultades que me procuraba el cuadro de Steffie. Quería demostrarme qué clase de artista era todavía. Todas las mañanas, muy temprano, salía de la cama y arrastraba lienzo y caballete hasta el puente alto del Ayuntamiento. Antes de llegar, mis dedos ya estaban gélidos y agarrotados a pesar de los guantes de piel, así que primero tenía que calentarlos en un braserillo de carbón de leña, un anticuado aparato que me prestaba muy buenos servicios. En esto el trabajo avanzaba más rápido de lo esperado. Y una mañana descubrí que había terminado el cuadro.

Estaba contento, y quería enseñárselo a Steffie. Así que lo puse en el caballete.

Se retrasó ese día. Esperando intranquilo, me senté en mi estudio, entrecerré los ojos y examiné el cuadro: el puente de piedra clara, blanquigris, con la excelsa figura de la santa en el pretil, detrás el riachuelo cubierto de témpanos. Nieve y nubes blancas en el cielo. Blanco y blanco, nada más. Casi deslumbraba. El color había devorado todas las formas, que colgaban sueltas con el trazo vibrante del arco del puente en el espacio y hallaban sustento en la estrecha y erguida figura de mujer, que inclinaba suavemente la testa coronada sobre las devotas manos. Blanco y blanco y blanco.

¿Estaba satisfecho? No, de pronto me rebelé contra la uniformidad, contra la monótona y desesperada melodía que había en ella.

Cogí la paleta y le puse los primeros colores que encontré, ocre y azul de Prusia y carmín, aunque no sabía qué podía hacer con ellos en mi paisaje nevado. Entonces me decidí, cogí la espátula y tracé una ventana azul en el blanquigris cielo de invierno.

Pintaba sobre madera. El caballete gemía bajo mis golpes de espátula y retrocedía sin cesar. Pinté blasfemando y maldiciendo, como era mi costumbre, hasta llevar el caballete casi hasta la pared. Luego me interrumpí y me sequé el sudor de la frente. ¡Qué necia excitación por un poco de azul de Prusia! Ahora colgaba como un estandarte de la alegría de vivir en medio del blanco de la imagen.

Encendí un cigarrillo y bajé la vista hacia el Regnitz. El molino trabajaba, la casa retumbaba y ronroneaba. ¿Dónde estaba Steffie?

Cuando me volví, el cuadro de Santa Kunigunde se me había vuelto completamente ajeno. ¡Qué alegría barata era ese triángulo azul, sobrio, mísero y doméstico, una escapatoria demasiado cómoda! Comprimía como un tosco bloque toda la imagen, destruía la gélida seriedad que había habido en ella, banalizaba la solemne severidad. Así de ordinario parecía ese azul, y así de necio.

Volví a sacar el caballete de su rincón, lo arrastré rechinando una pata sobre las tablas desiguales del suelo y empecé a cubrir de nuevo el agujero en el cielo. Sólo debía quedar un poco, sólo una corta y esperanzada inspiración.

Luego mezclé un poco de ocre con el blanco de la nieve del pretil, lo justo como para que el arco tendido

sobre el cuadro fuera un poco más luminoso. Debía ser más blanco aún que blanco.

Tres veces tuve que llevar el caballete desde la pared al centro del cuarto, hasta que por fin hube terminado.

Entonces me sentí cansado, y al mismo tiempo muy solitario. ¿Dónde estaba Steffie?

Tenía frío, y me dolían los ojos. Sin duda no podían soportar tanto blanco. Había gastado cuatro tubos en el cuadro, cuatro grandes tubos.

“Tiras el dinero por la ventana, viejo loco”, me insulté a mí mismo.

Steffie llegó al atardecer. Crucé el cuarto para ir a su encuentro. No se disculpó. Nos sentamos junto al ventanal y vimos cómo afuera el crepúsculo se convertía en noche. Ocurre muy rápido en invierno. Primero las cosas, las casas de la otra orilla y la iglesia de San José perdieron su color, luego su forma. La gruesa y angulosa torre de la iglesia se aplanó hasta ser una silueta, las casas se convirtieron en sombras. Pronto ya no pudimos distinguir siquiera los témpanos que pasaban por el río bajo la ventana. Desde el puente, las farolas nos hacían guiños. A su luz, vimos cómo la nieve caía cuidadosa. Callamos, tensos, como si quisiéramos oírla caer.

—Nieva —dije. Steffie se acurrucó en su sillón, seguramente tenía frío.

Entonces dije:

—Cuando se alza la vista hacia las luces, uno cree sentir en las pestañas los copos húmedos.

Steffie no respondió. Eso me entristeció. Había trabajado todo el día mientras la esperaba. Ahora estaba

cansado y me hubiera gustado enseñarle la imagen de Santa Kunigunde oír una palabra amable de sus labios.

Entonces empezó a hablar de Lernau. Hacía meses que no le mencionaba. Así que por fin había llegado una carta suya. Las hojas crujían en su mano.

Quise encender la luz, pero ella no lo permitió. Acurrucada en el sillón, temblando de frío, habló en la oscuridad. Lernau le había escrito que se había acabado. Se había prometido en Múnich. Steffie mencionó incluso el nombre de su novia. Provenía de una familia muy influyente.

Apenas pude esperar a que terminara de hablar. Entonces se lo dije todo, todo lo que sentía por ella. La oscuridad y su abandono me volvían audaz. Steffie se levantó del sillón y se inclinó sobre mí. En silencio, me acarició el cabello con la mano, luego se fue igual que una extraña. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, dos pinceles rodaron por la mesa y cayeron al suelo. Durante largo tiempo, pude oír el claro y vibrante sonido de las finas maderas. Steffie no regresó, y su retrato quedó incompleto. Sólo envíe a Múnich para la exposición el cuadro de Santa Kunigunde entre la nieve. El jurado lo rechazó, pero no se conformó con eso. El cuadro no me fue devuelto, sino que fue remitido a una exposición especial de “arte degenerado”.

El caso Redl

Ewin Egon Kisch

Todavía pertenecía al equipo de fútbol, el mismo equipo que una vez jugó contra el Slavia, años antes de que su medio Eda Benes se convirtiera en Presidente de la República. Éramos también entonces el único grupo alemán que jugaría contra un equipo checo, porque yo, aunque era miembro del equipo editorial de un periódico alemán, había llegado a ser el presidente del Club Atlético Storm.

Ser presidente del club no era una mera distinción honoraria. Significaba que uno realmente patrocinaba la organización. Recogías la cuenta en un restaurante y si uno u otro del equipo necesitaba un abrigo de invierno prestabas el dinero para eso también.

Nuestro lateral derecho era un tipo llamado Wagner, y era la columna vertebral del equipo. Era por lo tanto comprensible que yo le hubiera hecho el favor mencionado justo antes de entrar en acción contra el Unión Holleschowitz, el juego más importante de la temporada. Los dos éramos considerados equipos de segunda fila y el resultado del encuentro nos llevaría al Holleschowitz o a nosotros a primera división.

El evento se realizó un domingo, el 25 de mayo de 1913. El Club Atlético Storm perdió y no ascendió a la primera división. ¿Por qué? Las columnas deportivas ofrecieron la respuesta de esta manera:

EL UNIÓN HOLLESCHOWITZ ANOTA 7 A 5 CONTRA EL STORM. EL PARTIDO TRES A TRES EN LA PRIMERA MITAD

“El Sotrm dio una buena pelea como se puede ver por lo abultado del marcador. Pero estaba muy débil en la defensa por las ausencias de Maracek y Wagner, una debilidad tal, que Atja en solitario no pudo evitar que los jugadores del Holleschowitz penetraran una y otra vez.” La ausencia de Maracek era explicable; tenía un tendón desgarrado. Pero la de Wagner era inexcusable. Toda la furia que despertó la derrota cayó sobre él. Yo estaba especialmente enojado. Cuando le había hecho el favor mencionado, había prometido devolverle el calor que le daba el abrigo fuera de la cancha a la lucha en el terreno de juego, y ahora en el primer juego después de esa promesa y en nuestro partido más importante había fallado. Por esa razón cuando la siguiente mañana Wagner entró caminando en mi oficina, ni siquiera lo miré.

—Vine para decirle que no pude ir ayer.

—Me di muy buena cuenta. Ahora lárgate, estoy ocupado.

—Me fue imposible. Tuve que...

—Maldita sea, no me importa lo que hayas tenido que hacer —le corté la palabra.

—Estaba ya vestido para jugar cuando un soldado entró en nuestra cerrajería y me dijo que alguien de inmediato tenía que acompañarlo al cuartel general del ejército para romper una cerradura.

—No me digas mentiras. Un trabajo como ése no te tomaría más de cinco minutos. Y retardamos el principio del partido una hora para dar tiempo a que llegaras.

—Me tomó tres horas. Tuve que forzar la cerradura de un departamento, luego abrir todos los clósets y cajones. Había dos caballeros de Viena, uno de ellos debía ser un coronel. Estaban buscando papeles rusos y fotografías de planes militares.

—¿De quién era la casa?

—Creo que pertenecía a un general. Era un departamento grande en un segundo piso.

—¿Y estaba el general ahí?

—¿Dice el que vivía allí? No, no andaba por la casa. Pero el comandante del Cuerpo del Ejército sí estaba.

A pesar de que era el presidente y patrocinador de un equipo de fútbol que había perdido el partido más importante de la temporada a causa de que nuestro lateral había olvidado sus obligaciones con sus compañeros, no tuve ningún problema en olvidarme de que debería estar enojado con nuestro inútil lateral. En lugar de advertirle que no me contara cuentos, hice que me contara la historia con gran detalle: Cómo el hombre de Viena que decían que era coronel le había pasado los planos y documentos al comandante del ejército en Praga, y cómo este último había estado sacudiendo su cabeza todas las

veces y diciendo: “Es terrible, Dios, es terrible. ¿Quién hubiera pensado semejante cosa?”

Wagner me contó que el departamento tenía una apariencia poco común, “como el departamento de una dama”, cosméticos por todos lados, un rizador de cabello, cartas perfumadas y fotografías de hombres jóvenes.

—¿Cómo supiste que los dos oficiales eran de Viena?

—Porque dijeron que tenían que regresar a Viena esa misma noche. Pensaron que no entendía alemán. El comandante del Cuerpo del Ejército siguió traducíendome sus órdenes en checo cada vez que querían que abriera algo.

Me di cuenta que el departamento en cuestión no podía ser otro que el del coronel Redl, jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Praga. El Departamento de Noticias Telegráficas Imperial había, esa misma mañana, transmitido un reporte sobre la muerte del coronel Redl, acompañada de una extensa lista de sus servicios al Estado. Deberían estar mintiendo y con un objetivo. ¡La comisión militar debería haber llegado desde Viena porque el coronel Redl había sido descubierto como traidor! ¡Alfred Redl, jefe de Estado Mayor del Distrito Militar de Praga, cercano al ministro de la guerra y futuro comandante del ejército era un espía! ¡Una criatura del enemigo! Aquí había una historia cargada de pesadas consecuencias; aquí estaba un monstruoso montón de noticias.

A partir de los honores que se le hacían en la información oficial, adiviné que este asunto no iba a trascender; las noticias se iban a suprimir. Pero de cualquier

manera yo no había sido invitado a guardar el secreto, no veía ningún motivo para callármelo.

Había sin embargo una dificultad que parecía insorteable. ¿Cómo podía uno sugerir que un jefe de estado mayor austriaco estaba a sueldo de una nación enemiga? ¿Cómo podía uno imprimir una noticia así en un periódico austriaco sin que fuera confiscado de inmediato? Sólo con un plan sorpresivo.

Mi plan sorpresivo, como explicaré más tarde, se realizó y funcionó realmente. La edición de la tarde de *Bohemia* llevaba mi historia y el diario no fue confiscado. Entonces explotó el tifón. El parlamento, después de un violento debate, se rehusó a sancionar el nuevo presupuesto militar; el heredero del trono tomó medidas para asegurar que el futuro Estado Mayor estuviera compuesto enteramente de miembros de la aristocracia; despidos masivos del personal del Cuartel General se realizaron; se produjeron debates enfurecidos en el imperio Austro-Húngaro y en el extranjero sobre la preparación militar de la monarquía austriaca, en fin, se produjo la tormenta que los que conocían la verdadera historia habían querido evitar. Antes del reportaje, un juicio que habría puesto la traición a la luz del día había sido prevenido, en silencio piadoso de la muerte se había extendido, se habían exigido juramentos de silencio y una completa y honrosa información había constituido el obituario del traidor, de manera que el secreto no llegara al emperador, al heredero del trono, al ministro de la guerra, y al mundo en general. Y ahora, por mi culpa, todo el mundo en todos lados conocía el asunto.

Nadie sin embargo podía conocer la fuente de mi información. El Departamento de la Guerra pidió a la policía un reporte completo que mostrara si yo tenía conexiones con alguna autoridad militar extranjera. El lugar al que acostumbraba ir después de las horas de oficina para tomarme un par de cafés, fue visitado por dos caballeros, ostensiblemente borrachos, que se sentaron en mi mesa y me aseguraron su admiración por mi sagacidad en el caso Redl. Se ofrecieron a mostrarme importantes noticias acerca de asuntos militares a cambio (una cosa por otra) de que les diera información sobre mis fuentes en el caso de espionaje de Redl. ¿Cómo me había enterado de la existencia de la comisión investigadora? ¿Cómo había sabido lo que sucedía en el departamento de Redl? ¿Cómo me había enterado del asunto de la homosexualidad?

El Journal des Débats de París me dedicó un artículo (coronando la gloria de mi carrera) en el cual me describían como un joven genio periodístico quien, a pesar de estar confinado en una ciudad provinciana, se las había arreglado para revelar un secreto internacional tras otro: primero el telegrama Hohenlohe al Kaiser Guillermo, luego el feliz evento de los gemelos siameses, en seguida los aspectos ocultos del caso Hofrichter, y ahora el caso más importante de traición militar en el siglo XX. Pero aunque mucho se dijo y murmuró acerca del caso Redl, la mayor parte de la historia tenía que permanecer silenciada mientras la monarquía austro-húngara existió. Después de la guerra mundial comencé a verificar sistemáticamente todas las ramificaciones del caso Redl.

5 autores de lengua alemana en México

Entre otros viajes que hice a la caza de esta historia fui a Graz a buscar al mariscal de campo Urbanski von Ostromiesz, que en 1913 había estado en la cabeza del Departamento de Investigación y era coronel de Estado Mayor. El había sido uno de los que el archiduque Francisco Fernando había expulsado del ejército el día después de la aparición del mi reportaje, pero que fue repuesto en su cargo tan pronto llegó la noticia de que el heredero del trono había sido asesinado en Sarajevo. Sirvió en el ejército toda la guerra y obtuvo así su ascenso.

Pasé varios días con el mariscal Urbanski von Ostromiesz en su casa en Graz y pacientemente me contestó todas las preguntas que le hice. Sólo cuando le pregunté cómo el secreto había llegado a ser de conocimiento público mostró su frustración, especialmente cuando expresé mi propia versión de cómo esto pudo haber sucedido. Mi interpretación le pareció demasiado inocente para un periodista que estaba entrevistando al hombre más profundamente relacionado con el caso. La versión de Urbanski se limitaba a la historia militar vista desde el interior; de la aventurosa persecución de Redl y de muchas otras cosas, sabía aún menos que yo.

Brevemente la historia podría resumirse así: Al inicio dos cartas llegaron al departamento de distribución general de la oficina principal de correos en Viena. Ambas cartas tenían la misma clave identificatoria: “Baile de la Ópera 13”, escrita a máquina en el sobre. Habían sido enviadas desde Eydtkuhn, un poblado en la frontera ruso-alemana. Estas cartas provocaron cierta sospecha, más cuando fueron abiertas y se descubrió que

contenían billetes de banco austriacos, seis mil *kronen* en uno, ocho mil *kronen* en el otro. No es usual encontrar esas sumas en una carta enviada a lista de correos anónimamente. El origen de las cartas parecía apuntar hacia Rusia y el contenido indicaba soborno, probablemente por espionaje. Se llamó por tanto al servicio secreto para que interviniera en la solución del caso.

Dos hombres del servicio secreto, Ebinger y Steidl fueron comisionados a la oficina de correos para mantener una vigilancia constante, tenían un despacho conectado a través de un timbre eléctrico con el mostrador de entrega de correspondencia, de manera que si alguien reclamaba las cartas, podrían ser advertidos por el encargado de la ventanilla que sólo tenía que hacer sonar el timbre. Se sucedieron las semanas, los meses. El comisionado de policía que había ordenado la vigilancia había sido promovido al ministerio del interior pero pudo informar a su sucesor, Johann Schober, el último canciller de Austria, de las medidas que había tomado. Los empleados de la ventanilla también cambiaron y los que los sucedieron probablemente no tenían idea de la importancia de las cartas. Pero nadie llegó nunca a reclamarlas. En la mañana del 24 de mayo de 1913, que cayó en sábado, cinco minutos antes de la hora del cierre, el timbre comenzó a sonar en el cuarto de los hombres de servicio secreto, sacándolos violentamente de su acostumbrada calma. Antes de que pudieran llegar a la ventanilla de entregas, en la que el empleado se había demorado en entregar las cartas lo más posible sin despertar sospecha

5 autores de lengua alemana en México
del destinatario, éste había recogido sus cartas marcadas “Baile de la Ópera” y salido a la calle.

Se apresuraron a seguir al hombre y pudieron obtener una fugaz visión de un elegante caballero que tomaba un taxi justo en el momento en que éste arrancaba de la acera donde había estado estacionado.

Ebinger y Steidl no tenían coche a mano para perseguir al taxi, y tan sólo pudieron tomarle el número. ¿Sería útil? ¿Podría el taxista al ser interrogado informarles de dónde había llevado al caballero? Era impensable que se hubiera dirigido a su departamento directamente. Sin duda habría parado el carro en algún lugar y tomado otro taxi. Los dos detectives no podían ver nada claro, excepto la perspectiva de una frustrante cacería, probablemente fallida. Pero ahora, para ellos y para el ejército austriaco, empezaba una serie de coincidencias increíbles, absolutamente afortunadas.

Los dos policías se pararon en la calle Kolowrat y discutieron entre sí. ¿Deberían buscar al taxista de inmediato y juntos meterse en un cuento de hadas acerca de una candente huida en la cual de todas maneras el caballero huiría? ¿O quizá deberían honestamente enfrentar la tormenta que les caería encima y reportar su descuido y mala suerte al comisionado Schober? Mientras estaban tratando de decidirse, sus ojos saltaron, porque repentinamente, el taxi en el que 20 minutos antes se había fugado su presa, se hallaba frente a ellos. Con el mismo número que habían anotado. Hicieron aspavientos, silbaron, gritaron, le dieron caza. El taxi paró. Estaba vacío.

—¿A dónde llevó al caballero que recogió en la oficina de correos?

—Al café Kaiserhof.

—¡Llévenos rápido al café Kaiserhof!

Durante el breve trayecto los detectives hicieron un descubrimiento en el interior del taxi, una funda para una navaja de bolsillo fabricada de tela gris... Cuando llegaron al café Kaiserhof y entraron junto con el conductor, el corpulento caballero se había ido. ¿Y ahora qué?

Corrieron a la parada de taxis más cercana. “Sí, claro, un caballero con la descripción que ustedes hacen acaba de tomar un taxi.” ¿Pero a dónde? Como estaban en Viena, había un hombre que tenía la respuesta, era el aguador. Realmente ya no era un aguador porque los motores habían reemplazado a los sedientos caballos a los cuales alguna vez había ofrecido su cubo. Pero aún podía pulir los automóviles, conseguirles salchichas a los choferes, y llevar a cabo la honorable tarea de abrirle la puerta a los clientes. Este aguador había oído al caballero decir: “Al hotel Klomser”. Estaba seguro de que fue eso lo que dijo.

De manera que, de inmediato al hotel Klomser. Ahí los detectives interrogaron al portero en el *lobby*.

—Sí, dos caballeros acaban de bajarse de un taxi. Dos mercaderes de Bulgaria.

—¿No había un caballero solitario antes de eso?

—¿En un auto? No, no he visto a ninguno. Hace un cuarto de hora el coronel Redl entró. Estaba en traje de civil, eso es todo lo que sé, pero no vi si llegó en un taxi.

—¿Coronel Redl? —El nombre hizo que los dos hombres del servicio secreto trepidaran. Lo conocían

bien. Cuando estaba cazando espías, no les daba un minuto de descanso; nunca reconocía la necesidad del sueño, era infatigable. ¡Era un triunfador ese hombre! ¡Cómo lograba examinar a un sospechoso! Era un profesional experto, uno de los hombres claves en el contraespionaje austro-húngaro.

Ebinger tuvo que reír fuertemente. ¡Era estupendo! Nuestro espía vivía en el mismo lugar que el coronel Redl. Si se tratara de una historia de detectives se llamaría: “Cayendo en la trampa o escape hacia los dientes del león”. Pero no, ningún escritor usaría una idea tan fantástica: un espía tomando un cuarto en el mismo hotel donde se alojaba el más grande cazador de espías en el mundo.

Ebinger quiso correr de inmediato a buscar al coronel Redl y reportarle la curiosa coincidencia. Pero Steidl tenía objeciones a realizar una acción independiente. La oficina de correos podía haber notificado al comisionado que la carta había sido reclamada; de manera que el paso lógico siguiente sería reportar a su superior que habían seguido al hombre.

De manera que mientras Ebinger hablaba con el comisionado Schober por teléfono, que se encuentra en un comercio en el lado izquierdo del *lobby*, Steidl va al portero en el lado derecho y le da la funda de la navaja.

—Averigüe a quién de los últimos huéspedes que llegaron le pertenece —le dice.

En el centro del *lobby* se alza una escalinata que da a los pisos superiores. Por esta escalera desciende

Redl en uniforme, abotonándose los guantes. Se detiene en el escritorio y deja la llave del cuarto número 1. En el teléfono, mientras tanto, el detective Ebinger reporta que por coincidencia el coronel Redl también para en el hotel Klomser. ¿Deben informar al coronel? ¿Es posible que el espía haya tomado un cuarto en el hotel para estar cerca del coronel?

—¿Acaso perdió usted la funda de su navaja? —le pregunta el portero al coronel Redl mientras en el extremo opuesto Ebinger le cuenta al jefe de policía lo que encontraron en el taxi.

—Sí —dice el coronel Redl y sacando su navaja del bolsillo, la guarda en la funda gris. He descubierto que me faltaba desde hace quince minutos, ¿dónde la encontró?

A mitad de la pregunta se detiene, porque conoce la respuesta. La última vez que usó la navaja fue en el taxi, regresando de la oficina de correos, cuando había abierto con ella los sobres. Ahí fue donde olvidó la funda. Con una brusca sacudida se da la vuelta y observa a un hombre que está haciendo el número de parecer muy interesado en darle la vuelta a las páginas del registro de huéspedes. El coronel Redl lo conoce.

Ahí fue cuando el coronel Redl palideció como un muerto, porque en ese momento sabía que estaba prácticamente muerto.

Caminó hacia la calle, alejándose rápidamente. En la primera esquina volteó para ver si lo estaban siguiendo. No era así. Sin embargo, dos hombres salieron caminando del restaurante del hotel.

Uno de estos hombres, antes de abandonar el hotel, había dado al portero un encargo: Llamar al 12-3-48, el número privado del servicio secreto político y “decirle al comisionado Schober que la funda de tela pertenece al coronel Redl”.

Cuando Ebinger y Steidl llegaron a la esquina, no se veía en ningún lado al coronel Redl. Había desaparecido en el viejo edificio Stock, que tenía tres salidas. Uno debería quitarse el sombrero ante un hombre así, que hacía tres minutos tenía una brillante carrera frente a sí, dos minutos más tarde había visto cómo se le aparecía la muerte deshonorosa como fin, y ahora en este minuto estaba con toda sangre fría calculando las posibilidades de huir.

Mientras tanto las conexiones telefónicas se hacían entre el hotel Klomser y el Servicio Secreto, y de nuevo entre éste y el Departamento de Investigaciones que presidía el coronel Urbanski von Ostromiesz, que apenas si podía sobreponerse a la sorpresa y la excitación: “¡El coronel Redl!”.

El asistente de Urbanski se dirigió a la oficina de correos para interrogar al empleado de la ventanilla sobre la apariencia del reclamante de las cartas. Además de una descripción personal recibió un pedazo de papel donde el hombre había escrito la clave: “Baile de la Ópera 13”.

De nuevo en la oficina de Urbanski y su ayudante buscaron textos escritos a mano por Redl. Había varios: “Directivas para la seguridad y el examen de candidatos para el Servicio Secreto” compiladas por Alfred Redl, capitán en el Estado Mayor Imperial, de cincuenta pá-

rrafos de largo; “Planes para la obtención de material de inteligencia”, “Reglas para el descubrimiento de espías en nuestro país y en el exterior”; y luego un grueso legajo de documentos: “Decisiones legales durante los años 1900 a 1905”. Aunque las palabras “Baile de la Ópera 13” estaban escritas muy suavemente en el pedazo de papel, no podía haber duda que habían salido de la mano del coronel Redl.

Mientras tanto, los agentes del servicio secreto continuaban persiguiendo al coronel. Lo habían visto a lo lejos en un pasaje y él los había visto a ellos. Rasgó papeles y los arrojó al suelo en pedacitos. Pensaba que uno de los detectives se detendría a recoger los restos y sería más fácil escabullirse del otro. Pero ambos hombres prosiguieron la cacería. Pararon un taxi y le ordenaron que lo siguiera lentamente. Sólo entonces el detective Steidl regresó al pasaje para recoger los pedazos de papel y llevarlos a la policía.

Estos pedazos de papel resultaron ser, cuando fueron pegados en el Departamento de Investigaciones, recibos postales de dinero enviado a un teniente de los Ulanos en Stockerau y de cartas registradas destinadas a Bruselas, Varsovia y Lausana. Unos días antes se había descubierto que en Lausana se encontraba el centro de actividades de espionaje de Italia, “el aliado” de Austria. Y ahora comenzaba a verse claro por qué, desde el año anterior, cada precaución secreta estratégica tomada en la frontera italiana por Austria era respondida por una contramaniobra italiana, a veces incluso antes de que los austriacos hicieran su movimiento.

¿Debería ordenarse el arresto del coronel Redl de inmediato? Aún más, ¿sería un arresto militar o policiaco? ¿Debería avisarse a los consejeros militares del emperador y el archiduque? ¿O debería esperarse a los resultados de la investigación preliminar?

El coronel Redl avanza hacia la calle Francisco José. De tiempo en tiempo voltea para ver si ha logrado desembarazarse de su sombra. No es así. El coronel Redl trata de alcanzar la plaza Brigitta. Ahí a las cuatro de la tarde, después de llegar de Praga, ha estacionado su Daimler de turismo, por el que ha pagado 18 mil *kronen* en 1911. Un bello trabajo, con sus iniciales en oro sobre la puerta y la línea que cruza la A hecha con dos rasgos sesgados de manera que a primera vista pueda confundirse con una V, la abreviación del aristocrático *von*. Y sobre el monograma una corona, cierto, una corona con tan sólo cinco puntas, la corona burguesa, ¿pero quién notaría esto? El coronel Redl ha dejado su auto en el taller de reparaciones de Zednitschek en la plaza Brigitta de manera que pudieran tapizar los interiores con seda rojo burgundí y con remates de charol para apoyar los pies.

En el hotel Klomser, unas pocas horas antes, el coronel Redl ha recibido la visita del teniente Stefan Hromadka, un oficial de Ulanos de Stockerau, tan bonito como una foto. Han tenido una larga discusión sobre su amistad, que el querido muchacho quería romper para casarse. A las cinco y media el teniente Hromadka ha partido y diez minutos después el coronel Redl ha salido a la oficina de correos a recoger su dinero. Había pos-

puesto el asunto por semanas porque envolvía un cierto riesgo. Pero ahora no podía escoger. Le había prometido a Stefan un auto. Pensaba que si los dos pudieran hacer un largo viaje a través de la campiña, la separación de Stefan de su prometida podría hacerle olvidar la idea del matrimonio.

“Un largo viaje por el campo.” Redl apresura su paso por el canal del Danubio y su sombra también lo hace, siniestramente. El coronel Redl piensa: “qué bueno sería estar sentado en su automóvil de turismo, aun sin el tapizado de seda rojo burgundí y los remates de charol a los pies, y estar zumbando por el campo. ¡Por el campo!” Pero no hay que pensar más en eso. Voltea y su sombra voltea también y los dos regresan ensimismados al hotel Klomser.

Al mismo tiempo el coronel Urbanski von Ostromiesz ha llegado a otro hotel, el jefe de jefes, ningún otro que jefe de Estado Mayor, estaba sentado con algunos amigos en el comedor del Gran Hotel.

—Bienvenido Augusto —gritó el general Conrad von Hötzenndorf a su amigo el jefe del Departamento de Investigaciones—, dinos las buenas noticias. La banda gitana de Rigo, el violinista que una vez se fugado con la hija del rey de Bélgica, estaba tocando un fragmento de la última opereta triunfal, *El Conde de Luxemburgo*.

—¿Puedo pedirle a su excelencia que me conceda unos minutos en privado?

—¿Qué? ¿Ahora mismo, a mitad de la comida? ¿Es realmente urgente? Bien, muy bien, vamos.

5 autores de lengua alemana en México

En un cuarto adjunto Urbanski von Ostromiesz comunicó a su jefe la noticia de que las cartas de “Baile de la Ópera” habían sido reclamadas y que el destinatario, mientras era seguido por detectives, había rasgado recibos postales, algunos de los cuales llevaban sellos de Lausana.

—Lausana también... —suspiró el general Conrad von Hötzenndorf ¿Está ese hombre bajo arresto?

—Está bajo vigilancia, su excelencia.

—¿Sólo bajo vigilancia? ¿Quién es?

—Excelencia...

—¿Sí? Vamos, dilo, ¿quién es él?

—Es...

—Escúpelo Augusto, estoy preparado para lo peor.

—Su excelencia, el hombre es el coronel Redl.

—¿Quién? ¿Estás loco? —exclamó Hötzenndorf. ¿Estás tratando de burlarte de mí?

—Su excelencia...

—Perdona Augusto. De manera que es el coronel Redl. ¿Estás seguro?

El general Conrad von Hötzenndorf se hundió en su silla y sostenía ambas manos contra su cabeza.

—Si sólo el inmundo de Rigo detuviera su eterno violín—, dijo cuando se encontró de nuevo bajo control. Después de eso permaneció en silencio por un largo rato. Estaba tratando de ver la película completa de este complejo *affaire*. Una vez que el desastre se hubiera hecho de dominio público (lo que sucedería por la enemistad ya existente entre el Cuartel General, y el ministro de guerra y el heredero del trono) y luego en el extranjero, ¡lo que

se diría en las capitales del mundo! ¡Y el enemigo! La expresión favorita de los que describían Austria-Hungría era “decadente”. Y ahora, la actitud que adoptarían los aliados alemanes sería aún más presuntuosa. Para no hablar de los eternos adversarios, los ciudadanos de las nacionalidades hostiles dentro del Imperio. ¿Qué pasaría si alguien arrojara un fósforo en este barril de pólvora? Precisamente ahora, en condiciones tan críticas.

El general Conrad von Hötzendorf se puso en pie:

—¡Ese miserable debe morir de inmediato!

—¿Debe? ¿Por su propia mano?

—Precisamente. Esá fue la decisión de Conrad von Hötzendorf, y esa sola palabra, “precisamente” no sólo fue una sentencia de muerte sino una orden para que se ejecutara de inmediato, con el condenado actuando también como verdugo.

—Nadie debe saber nada de las causas de esta muerte. ¡Nadie! ¿Me entiende, coronel?

—Muy bien, señor.

—¡Esta misma noche!

—Muy bien, señor.

—Formará una comisión de inmediato, coronel. Höffer la presidirá, y la comisión se integrará con el juez supremo militar Worlisscheck, usted y su asistente. Esta comisión me reportará personalmente mañana cómo se han ejecutado mis órdenes.

A medianoche cuatro oficiales superiores aparecieron en el hotel Klosmer. Tocaron la puerta del número 1. Un ronco: “pasen”, se escuchó y los cuatro caballeros en-

traron. El coronel Redl está sentado a la mesa y dos veces hace un intento de ponerse en pie, pero en ambas las piernas le flaquean. Finalmente se pone en pie, musitando:

—Sé por qué están aquí, caballeros —alcanza a decir. Me encuentro a la mitad de algunas cartas de despedida.

Una carta dirigida a su hermano ya está terminada y se encuentra dentro de un sobre rotulado. La que está a punto de terminar se dirige al general Von Giesl, comandante del Cuerpo de Ejército de Praga. Sobre la mesita de noche reposa su navaja dentro de la funda de seda gris y un pedazo de cuerda. “Redl había preparado la navaja y una gruesa cuerda para suicidarse” declararía dos días más tarde el ministro de justicia Georgi, en el Parlamento, respondiendo a las acusaciones de que Redl se había suicidado por órdenes del Cuartel General.

La comisión le pregunta a Redl sobre sus cómplices.

—No tengo ninguno —replica.

—¿Quién lo indujo a hacerse espía?

—El agregado militar ruso en Viena. Me forzó... porque descubrió... que soy... un homosexual.

—Los cuatro oficiales se escalofriaron atemorizados.

Interrogado sobre la extensión de sus actividades, el tiempo que llevaba en ellas y otros detalles, replicó que toda la evidencia que necesitaban la encontrarían en sus habitaciones en el cuartel de Praga. Con esto se conformó la comisión. Pero antes de salir del cuarto, le dirigieron una última pregunta a Redl. El general Höffer dijo:

—Señor Redl, ¿tiene...?

Los dedos de Redl se movieron hacia su cuello donde estaban las estrellas que simbolizaban su grado de coronel. Aún era algo más que “señor Redl”.

¿... arma? —completó el general Höffer.

—No.

—Puede pedirnos un arma, *señor* Redl.

—Humildemente les solicito un revólver.

Ninguno de los oficiales lo llevaba.

—Se le proveerá de uno.

El coronel Urbanski von Ostromiesz manejó hasta su casa para tomar su *browning* y mandársela al “señor” Redl.

Los cuatro oficiales esperaron en la esquina. No podían ver la ventana del cuarto número uno porque daba al patio. Ni un sonido, ni la más mínima alteración; no se reportaba que el disparo de revólver se hubiera hecho cumpliendo la sentencia. Por turno, los cuatro miembros de la comisión fueron a sus respectivas casas a cambiar sus uniformes por ropas de civil, porque cuatro miembros del Estado Mayor caminando arriba y abajo atraerían pronto la atención. Pasaron las horas. Nada.

El general Conrad von Hötendorf había expresado el deseo de que la comisión le reportara en la mañana temprano que el *affaire* había concluido. Más aún, el coronel Urbanski von Ostromiesz y el juez supremo militar Worlitschek deberían tomar el tren expreso de la mañana para Praga, para llevar a cabo el registro domiciliario. Pero a pesar de las presiones que el tiempo ejercía, no se podía subir al cuarto de un hombre y decirle: “Podrías apresurarte a pegarte el tiro, no tenemos mucho tiempo”.

A las cinco de la mañana fue llamado un detective del servicio secreto por teléfono. Era uno de los dos que en el día anterior habían llevado a cabo una orden especial para no revelar a nadie lo que había sucedido y no mencionar una palabra del caso. El secreto debería limitarse a nueve personas, no debería haber una décima que supiera que el jefe del cuartel general había cometido traición.

El detective que llegó a las cinco de la mañana era Ebinger. Se le ordenó entrar en el cuarto de Redl. Viera lo que viera allí no debería decir una sola palabra al personal del hotel. Cualquier discusión que pudiera producirse por el hecho de que fuera un agente de la policía el que descubriera el cuerpo debería evitarse escrupulosamente. Ebinger le explicó al empleado del escritorio de noche que se le había asignado una comisión con el coronel Redl y el empleado recordando que había sido incapaz de evitar que cuatro oficiales hicieran una visita nocturna al coronel, lo dejó pasar.

Unos pocos minutos después Ebinger reportó a la comisión “el cuarto no estaba cerrado, abrí la puerta. El coronel estaba en el suelo, muerto, cerca del sofá”.

Con eso, la guardia callejera de los cuatro oficiales había concluido. Exactamente habían pasado doce horas desde que las cartas habían sido reclamadas en la oficina postal. Como se pretendía que el cuerpo fuera encontrado antes de mediodía, se telefoneó al hotel y se pidió que llamaran al coronel Redl al teléfono.

Así fue como el Hotel Klomser informó a la policía de un suicidio cometido en sus instalaciones. Redl,

se suponía, se había parado ante un espejo y se había disparado un tiro en la boca. La bala había penetrado en el paladar y se había incrustado en el cerebro con una trayectoria de derecha a izquierda para alojarse finalmente en el lado izquierdo del cráneo. La sangre manaba del orificio nasal izquierdo. A un lado del cuerpo había un revólver *Browning*.

En domingo la oficina Real e Imperial de Noticias y Telégrafos anunció el suicidio del coronel Alfred Redl, y añadió un obituario que se había hecho en el Estado Mayor. Aquí están algunos fragmentos que dan un tenor del contenido total:

“Durante un severo ataque de alteración mental, este altamente talentoso oficial, con una prometedora carrera frente a él... sufría de insomnio severo... en Viena, donde sus deberes le habían llamado... será acompañado a la tumba por el cuerpo entero de oficiales de alto rango residentes en Viena, así como por tropa, y cadetes de las escuelas militares...”

Urbanski von Ostromiesz, jefe de la Oficina de Investigaciones y el jefe supremo militar Worlistcek viajaron a Praga y reportaron al barón Giesl, el oficial a cargo del Cuerpo de Ejército. Se le había informado por telégrafo del suicidio pero no de los motivos que ocultaba el hecho.

El día antes, el barón Giesl había recibido una comunicación de su hermano, que era embajador en Belgrado, de que entre los círculos dirigentes de Servia la guerra se consideraba inevitable; En el “Plan 3” (guerra contra Servia), el Cuerpo de Ejército de Praga debería

avanzar entre los ríos Drina y Save. Por eso, el *shock* del barón fue grande al descubrir por medio de la información que le transmitieron los dos oficiales de Viena, que los planes de operaciones de su ejército habían sido delatados al enemigo, y sin duda también la información confidencial que le transmitía su hermano. ¡Traicionado por su propio confidente!

Después de comer el barón Giesl, el coronel von Ostromiesz y el juez militar Worlitschek fueron a los aposentos de Redl. Estaban cerrados y no había un duplicado de la llave.

Y mientras la comisión permanece ante la puerta cerrada, yo me encuentro en el campo de fútbol de Holleschowitz. Nuestro partido está a punto de comenzar, pero nuestro lateral Wagner, no ha llegado.

Sin sospechar que los pensamientos de su entrevistador se encontraban en un campo de fútbol, el mariscal Urbanski von Ostromiesz me relata la historia del registro domiciliario: “Tuvimos que fracturar la puerta y romper las cerraduras de los cajones y del escritorio”.

—¿El trabajo fue hecho por un cerrajero civil? — pregunté.

—Eso creo, era domingo en la tarde y no había un militar a mano en ese momento.

—¿Su excelencia no recuerda de dónde salió ese cerrajero?

—No. De algún lado en el vecindario. Pero eso no tiene importancia.

El mariscal von Ostromiesz había respondido a la última pregunta casi con un rugido. Tuve que disculpar-

me y explicar un poco más.

—El cerrajero podía haber informado sobre la entrada al departamento por la fuerza y la ruptura de las cerraduras de los cajones.

Una sonrisa sarcástica se asomó en el borde de los labios del von Ostromiesz.

—¿Informado a quién?

—A la prensa, por ejemplo.

—Mi querido amigo —suspiró von Ostromiesz— está usted viendo el caso como si se tratara de una novela policiaca. Pero este era un caso de política internacional. Y ningún aprendiz de cerrajero puede jugar un papel importante en esto.

—¿Cuál es entonces su opinión de cómo la información se filtró a la prensa?

—Bueno, sí, eso fue desde luego la peor de las catástrofes. Al principio fuimos de la opinión de que fue la venganza privada de un espía activo en Praga, quizá uno de los jóvenes de Redl. Después nos inclinamos a sospechar que algún centro extranjero de espionaje que tras haber perdido a su hombre de confianza Redl, hubiera entregado a la revista *Bohemia* los materiales para vengarse del cuartel general. Pero no fue sino hasta la guerra cuando su excelencia Conrad von Hötzendorf me confió la verdad, que la prensa había conseguido el material de una manera muy diferente. Era mucho peor de lo que cualquiera de nosotros hubiera pensado.

—¿Qué quiere decir con mucho peor, su excelencia?

—El comisionado de policía a pesar de su juramento, reportó el incidente al Ministro de la Guerra, y

5 autores de lengua alemana en México

este último viajó ese mismo domingo de incógnito a Praga en coche. Odiaba al cuartel general porque aún no había logrado ponerlo bajo sus órdenes, a pesar de que permanentemente proponía cambios administrativos que nos subordinarían a su mando. Quería que nuestros nombres salieran en los periódicos, especialmente por el efecto que causaría al heredero del trono: un efecto mucho mayor que si él mismo le contara la historia. En Praga el Ministro de Guerra entregó la información a un amigo suyo, el editor de *Bohemia*, un cierto Kisch, y entonces...

Urbanski von Ostromiesz se dio cuenta de repente que yo también me apellidaba Kisch y preguntó,

—¿Era su padre?

Afirmé con la cabeza. Después de todo, yo no estaba allí para ofrecer información sino para conseguirla.

—Entonces, desde luego usted sabe que las cosas sucedieron así como se las estoy contando.

Afirmé de nuevo, convirtiendo así a un aprendiz de cerrajero en Ministro de la Guerra.

—Eso explica todo —continuó von Ostromiesz. El artículo de *Bohemia* comenzaba diciendo: “De fuentes situadas en las alturas del aparato gubernamental”, ¿quizá recuerde esa expresión?

Claro que la recordaba. La recordaba muy bien. Apenas Wagner hubo abandonado mi oficina cuando me lancé a ver a mi editor en jefe. Sostuvimos una conferencia. ¿Deberíamos imprimir esta gran noticia, a pesar de la certeza de que nuestro periódico sería confiscado? ¿Deberíamos ignorarla?

Encontramos una solución de compromiso. Nos arriesgaríamos a la confiscación de la edición de la tarde ofreciendo la noticia bajo la forma de un “desmentido”. Así en caracteres densos y en la parte principal de la primera plana, escribimos:

“De fuentes situadas en las alturas del aparato gubernamental nos llega un rotundo desmentido del rumor que ha estado circulando, especialmente en círculos militares, de que el jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Praga, coronel Alfred Redl, que se suicidó anteayer en Viena, era un espía al servicio de Rusia que había traicionado secretos militares de su país. La comisión, encabezada por un coronel, que realizó una visita domiciliaria de tres horas a la casa del coronel Redl efectuando un intenso registro, contó con la presencia del barón Giesl comandante en jefe del Cuerpo de Ejército de Praga, abrió armarios y escritorios y buscaba además faltas de otro tipo cometidas por Redl...”, etcétera.

Ese tipo de desmentidos eran bien comprendidos por el lector. El efecto era el mismo que si dijeras: “No se han encontrado pruebas de que X hace trampas a las cartas”. Y la confiscación de un diario a causa de un desmentido se le dificulta a las autoridades. El censor oficial de la oficina de prensa estatal dudaría si el “desmentido” se habría originado en el comando militar o en los ministerios de Viena.

Cuando la noticia golpeó en Viena, la prensa cayó sobre el Ministerio de Guerra como una tormenta. El encargado de prensa finalmente envió a cada diario que lo interrogó la siguiente nota: “El Ministerio de Guerra no

sabe nada sobre faltas cometidas por el recientemente difunto coronel Redl. Esos rumores contradicen el conocimiento que tenemos de su carácter y su digna vida. Tampoco se sabe nada aquí de una comisión enviada a Praga para registrar la casa del difunto. Esa visita a domicilio, si se llevó a cabo, fue sin duda la acción normal para realizar inventario de la casa del coronel Redl y de las cosas que allí había”.

Pero simultáneamente, el jefe de la guarnición de Viena canceló la participación del ejército en el funeral de Redl. No había necesidad de confirmación. Esa misma noche el Ministerio de Guerra se olvidó de su negativa y de su explicación, reduciéndola a una línea: “El Ministerio de Guerra se encontraba ignorante del espionaje descubierto en Praga”.

Redl fue enterrado en ropas de civil, y no hay una lápida en su tumba.

De todas las nubes de tormenta en el año anterior al estallido de la guerra, el *affaire* Redl fue la más sombría. ¿Cómo iba el ejército imperial a desarrollar una guerra cuando sus planes de movilización eran conocidos por el enemigo hasta sus últimos detalles? La prensa y el parlamento, con tanta energía como inocencia, gritaron y pidieron un cambio completo de los planes militares. Y el Ministerio de Guerra se hartó de tratar de calmar a la opinión pública diciendo que los planes nuevos estaban casi terminados. Pero los planes de guerra no se cambian fácilmente, porque constituyen la solución a inmutables problemas estratégicos basados en sólidos factores etnográficos y geográficos.

El heredero del trono disparó telegrama tras telegrama: “He llegado a la irrevocable certeza de que los poderes mentales del coronel Urbanski von Ostromiesz han sufrido merma, que su futura actividad es simplemente inconcebible y debe de ponerse en la lista de retirados”. La furia del archiduque sé dirigió también contra el general Conrad von Hötzendorf, contra Höffer y contra Worlitschek, contra todos los que a última hora de aquella noche habían ordenado el suicidio de su colega del Estado Mayor, haciéndole imposible confesar y recibir el último sacramento, y que habían impuesto un juramento secreto para que nada de esto llegara a oídos del heredero del trono. Porque, además habían tenido los nervios de sugerir que él tomara parte en las ceremonias fúnebres de Redl. Y porque además habían sido incapaces de mantener su propio pacto en secreto. Un día y medio después del suceso el mundo entero lo sabía.

Sí, el mundo entero lo sabía, pero sólo porque un jugador de fútbol, un lateral, no había aparecido en el partido crucial contra el Unión Holleschowitz, un equipo sin importancia.

La gran cruzada

Gustav Regler

Capítulo 1. Muerte en el aula

No conocían la ciudad que venían a defender. Habían llegado durante la noche, habían ido hacia el norte describiendo un arco por los suburbios y habían bajado al oír los gritos amortiguados que alguien lanzaba desde la oscuridad:

—¡Batallón Thälmann, listos! ¿Batallón André Marty? Descendez vite! Garibaldi, avanti!

Durante la marcha nocturna, buscaban la ciudad en cada recodo del camino. Sabían que se encontraba al Este de ellos. Tenía que ser grande, con parques verdes y rientes y mujeres morenas, y unos concejales elegidos por los ciudadanos, por los trabajadores, y a los que los moros que se acercaban tenían orden de ser los primeros en ejecutar. Veían por entre los árboles deshojados las colinas por entre las que pasaba el río, y a veces creían ver una hilera de casas.

—¡Ahí está la ciudad!

Todos siguieron la dirección de la mano extendida, y vieron un muro o incluso una casa tras una colina.

Pero nadie creyó que ese muro gris, esa casita parda a lo lejos, pudiera ser Madrid.

Volvieron a bajar las cabezas y siguieron avanzando, conservando fiel en los ojos su propia imagen. Madrid era grande, Madrid era bello, en las calles de Madrid se tocaba la guitarra, se cantaban canciones revolucionarias, los trabajadores bailaban con sus mujeres en torno al mástil de la bandera republicana, los niños acercaban piedras para construir las barricadas, había muchachas con fusiles detrás de las aspilleras.

Sobre los árboles, pequeños abedules, lisas hayas, por entre cuyas filas discurrían, caía ya el crepúsculo. Pero la imagen de Madrid seguía luminosa en los ojos de los voluntarios, que recorrían tomando posiciones las colinas, irregularmente pobladas de vegetación, al noroeste de la ciudad, por donde había entrado el enemigo. La tierra tenía un olor húmedo y acre. Los dos hombres a la cabeza de la compañía francesa, el emigrante alemán Karl y el alto alsaciano, tropezaban ahora más a menudo; ya no se veían con la suficiente claridad las irregularidades del camino. Un viento sensiblemente frío se alzaba desde una hondonada.

—¿A qué día estamos? —preguntó Karl, para distraer a su vecino.

—A diez de noviembre —respondió el alsaciano. Lo sé casualmente con exactitud, porque el ocho ese tipo envió una carta a Bruselas. La intercepté, pero estaba escrita en una lengua extranjera. Ya ves lo que está pasando: habla en una lengua distinta de la que escribe.

Karl miró alrededor; reconoció un puente en el que el batallón había hecho un descanso hacía dos días. La Ciudad Universitaria tenía que estar cerca. A la izquierda ascendía un camino cubierto, por encima de sus bordes se veía el tejado de la gran construcción en la que acampaban las milicias anarquistas.

—No estoy a favor de titubear mucho —dijo tercamamente el alsaciano, volviéndose sin dejar de caminar. Hay que fusilarlo, los otros lo hacen más deprisa.

Quiénes serán los otros, pensó Karl, casi divertido, y lo preguntó en voz alta.

—Enseguida lo verás —respondió apresurado el alsaciano.

Resonó un agudo silbido; el jefe de la compañía advertía desde atrás a los dos que iban a la cabeza.

—Ya sé, ya sé —gruñó Schäfer, el alsaciano, y volvió la cabeza hacia Karl—: Desde aquí hay que guardar mayor distancia... ¡y echarse cuerpo a tierra a intervalos! Doblaron rodeando el camino cubierto, y desde ese momento tuvieron ante sí el paisaje liso y desnudo de la Ciudad Universitaria, el único punto de penetración de los rebeldes en la capital. Calles pavimentadas llevaban por entre grandes zonas de obra reflexivamente ordenadas, se encontraban en una rotonda en mitad del trecho que tenían que recorrer, topaban luego con rojos edificios de varias plantas, de estilo moderno, que se alzaban en antinatural soledad.

Las anchas ventanas de los edificios estaban rotas de las más diversas maneras. La mitad de un edificio de seis plantas yacía desparramado por el suelo; el hueco de

la escalera, que se mantenía en pie, tendía desde todas las plantas sus costillas rotas hacia el horizonte, orlado por los altos edificios de la ciudad de Madrid.

La limpieza de las nuevas construcciones subrayaba de forma penosa la tarea de destrucción de los cañones, y el hecho de que de edificio a edificio la muerte sembrara su hierro volvía el paisaje aún más fantasmagórico. El barrio entero estaba a la vista de los soldados, como una gigantesca maqueta de un arquitecto que un enfermo mental hubiera roto en el momento de quedar minuciosamente concluida. Todo gritaba pidiendo vida; hasta un perro lo hubiera hecho más real, pero no había ni perros, ni pájaros, ni personas.

Karl vio a Schäfer, agachado, dar cortos saltos y luego tirarse al suelo. Debía ir más en zig-zag, le dijo, y se lanzó a su vez a dar brincos por la desprotegida llanura.

Al segundo intento, le hicieron fuego. Se arrastró sobre los codos, bajo la escasa protección del bordillo que separaba la calzada y la arena. No se oía con claridad de dónde venía el fuego. Karl tenía la impresión de que estaba justo enfrente, y de que reptaba en dirección a él. En cualquier caso entonces se hizo más intenso, y un resplandor rojo se alzó de la calle. Karl vio mientras reptaba que allá donde la calle descendía estaba ardiendo algo. No se hizo el muerto mucho tiempo. Algo le perturbó cuando las balas empezaron a salir de muchos fusiles. Algo como el miedo a perderse un combate, a haber dejado solos a los otros ahí delante. Volvió a correr, hasta que el resplandor se convirtió en llamarada y vio a

Schäfer tumbado al borde del arroyo. Se tiró al suelo y siguió la dirección de la mano de Schäfer, tendida hacia el fuego. Eran tres llamaradas estiradas muy cerca de ellos, al borde de la calzada.

Karl distinguió pantalones y hatillos de ropa, dos perpendiculares al bordillo, uno como pegado al mismo. A su alrededor, las balas se clavaban en la arena con rápido canto. Los dos hombres se quedaron pegados al suelo de cemento de la calle.

—Un olor espantoso —dijo Karl en voz baja.

Schäfer asintió.

—Eso es lo que quería enseñarte. Llevan diez días ahí tirados, según me han dicho. Abandonaron las filas; los anarcos se dieron cuenta; eran sus cadáveres. Trajeron aquí a esos tipos y los fusilaron. Eran fascistas, infiltrados. Todos recibieron los tiros en la boca.

Karl volvió la cabeza hacia el edificio de los anarquistas. Estaba a quinientos metros de la calle vacía.

—¿Por qué en la boca? —preguntó, mirando de reojo, algo confuso, los cadáveres incendiados. Las calaveras relucían entre las llamas.

Entonces el alsaciano respondió, y su voz estaba llena de brutalidad:

—¿La boca? Seguro que la abrieron por última vez. Les fusilaron la palabra en el claustro materno —rió. Bien hecho, alabo a los anarcos.

—¿Estás seguro de que no son caídos? Podría ser

—Karl indicó ligeramente con la cabeza el canto de las balas sobre ellos.

Schäfer entendió mal:

—Naturalmente que eran traidores. Los anarcos no se confunden tan fácilmente. Entre ellos, es el hombre de a pie el que tiene la palabra.

—Me gustaría tener la palabra ahí delante —dijo Karl, y siguió reptando, rodeando los cadáveres ardientes. Schäfer le siguió.

Un ruido de coche se acercaba. Para los que reptaban, era como el ruido de un gigantesco avión en vuelo rasante. Las salvas de las ametralladoras enemigas se incrementaron. Ambos habían pasado ante las brasas de los cadáveres. Volvieron a apretarse contra el bordillo. El suelo temblaba. Entonces el coche pasó junté a ellos, en dirección al edificio rojo.

—Ése era el doctor —dije Schäfer, y emitió una corta risa. Un buen tipo, atraerá las balas... aprovechemos para avanzar más deprisa.

Corrieron por la izquierda de la rotonda, hacia el edificio. Una salva volvió a coser la tierra a su derecha con pequeños pinchazos. Se arrojaron en el agujero de una obra y oyeron las balas golpear en la arena.

Al cabo de un rato, Karl alzó la cabeza y se orientó para continuar; observó, a cien metros de distancia, a un hombre sentado en el campo, protegido por un montón de tablas.

Fue a indicárselo a Schäfer, pero éste ya había visto al hombre y le llamaba.

El hombre alzó el rostro, entrecerró, miope, los ojos, y saludó.

—¿Eres uno de los nuestros? —gritó Schäfer, mientras miraba las ropas del hombre, que vestía un

5 autores de lengua alemana en México

mono azul marino con cierre de cremallera, un gorro cuartelero y cortas botas con vueltas, de cuero marrón claro, que había puesto a salvo en un agujero en el suelo.

—No ves que tiene la barba pelirroja —bromeó Karl.

—¿Cómo te llamas? —gritó Schäfer, haciendo bocina con las manos.

—Albert —respondió el pelirrojo. Su pálido rostro asintió apaciguador, como si quisiera decir que ya estaba bien de hablar.

—Así se llama el comisario de la brigada —dijo el alsaciano a Karl, y volvió a mirar esforzadamente; pero no parecía poder armonizar a ese hombre solitario en su agujero con la imagen de un comisario.

—¿Qué haces ahí? —gritó Schäfer; en ese momento el hombre se puso en pie de un salto —las ametralladoras habían interrumpido el fuego— y corrió a pasos ágiles a través de la calle amenazada. Al otro lado, volvió a dejarse caer enseguida en un agujero, la ametralladora del enemigo le buscó en vano.

—Nunca se sabe si uno ha sido alcanzado o no —dijo Karl, pensativo. —Tenemos tiempo para esperar —dijo Schäfer. ¿Qué opinas de él? Karl se echó a reír:

—Creo que es sospechoso, porque no lleva fusil y habla alemán —Karl se acercó reptando a Schäfer—, y además se llama igual que el comisario de nuestra brigada.

—¿Te lo tomas a risa? Ya aprenderéis.

Las balas acariciaban la calle con el ruido veloz de abejas que acuden a su colmena. Irritado, Schäfer alzó la

cabeza por encima del bordillo. Karl tiró de él. Schäfer lo rechazó con cortos puñetazos, luego se disculpó:

—Has hecho bien —dijo. Lo sé. De todos modos, ése de ahí está sano y entero.

Miraron con la cabeza inclinada hacia el campo, donde el hombre había emergido detrás de un bloque de cemento y esperaba una nueva pausa en los disparos.

—Se está peinando —dijo de pronto Schäfer, indignado. Está sano y salvo, pensó Karl, y miró hacia aquel Albert, que seguía apoyado en su bloque y se pasaba un peine por los cabellos. Así que también nosotros pasaremos a salvo. Sólo hay que esperar a que se hayan olvidado de él. Si entretanto pudiéramos al menos ver las líneas.

—Ahora se come una manzana —dijo Schäfer, pero sólo lo decía por aburrimiento, porque no tenía a la vista otra cosa que a aquel hombre.

Por mí como si se mete un dedo en la nariz, pensó Karl, pero no dijo nada. El hombre dio otro salto. Schäfer también se había puesto en pie, Karl hizo acopio de fuerzas y corrió tras él. Cuando llegaron al bloque de cemento, la ametralladora volvió a silbar.

—Ahora ya no pueden hacernos nada —dijo Schäfer. Los fascistas sólo tienen este agujero entre el Clínico y Filosofía —su rostro se relajó. Habían atravesado la primera zona mortal. Sólo unos pocos saltos y estarían bajo la protección de las casas en las que se encontraba el batallón.

Karl se alegró de poder ignorar un poco el campo. Detrás del bloque estaban seguros.

—¿Quién está ahí? —preguntó, señalando el espacio desnudo en el que una tropa trataba reptando de hacer con sacos terreros una barricada en un tramo libre, en dirección a la Casa de Velázquez.

—Los alemanes —dijo el alsaciano. Desde esa zona llana hasta la granja que hay al fondo del todo están los alemanes. Trabajan día y noche.

En realidad yo debería estar allí, pensó Karl, y dijo:

—¿Quién viene detrás de los alemanes? Quiero decir, donde terminan las casas y empieza el valle del río. Detrás del todo, a la derecha.

El alsaciano parecía haber olvidado al fin a su espía, cogió a Karl por los hombros y empezó a explicar en tono amigable; pero hablaba en el tono del viejo soldado que instruye al joven recluta:

—¿Ahí abajo? Ahí están los pizzeros, los italianos, Écoute, mon vieux, ¡no se te ocurra llamarlos así! No lo soportan, y además son magníficos soldados. Se hacen llamar garibaldinos. Es nuestro tercer batallón. Ya sabes que tenemos tres. Los tres están aquí al Noroeste, esto es la Ciudad Universitaria. Enseguida verás. Creo que ya podemos arriesgarnos a recorrer el resto.

Karl asintió; tú no llevas aquí más que tres días. ¡Pero habla cuanto quieras!

Se incorporaron, saltaron de detrás de su piedra y corrieron por el pedregoso terreno ajardinado hasta el siguiente edificio rojo, que sobresalía como la proa de un barco de los otros agujeros.

—Uf —dijo Karl—, no es agradable andar a ras-tras.

—Aún lo es menos que te disparen en la espalda —dijo Schäfer.

Bajaron enseguida por la escalera trasera del edificio y llegaron a un largo pasillo desde el que se accedía por ambos lados a anchas bodegas. Una pálida luz entraba por las ventanas exteriores al pasillo, bajo cuyas losas de piedra resonaban huecos los pasos de los hombres. A veces se veía un cartel: “¡Cuidado. El enemigo dispara!” Entonces caminaban agachados.

Schäfer conocía el local de su compañía, entraron y se presentaron al oficinista del batallón, que había plantado su despacho al pie de una ventana, en una mesa de caoba, y escribía sin cesar a la luz de una vela.

—Hazme un favor —le dijo a Schäfer. Tengo que mandar la lista de efectivos al estado mayor. Sube y pregunta cuántos sois en tu compañía —Schäfer se apresuró a ir. Karl se quedó solo junto a la mesa, apoyó el fusil en la pared y echó un vistazo a la habitación.

En su perímetro, junto a las paredes, yacían sobre colchones soldados que dormían bajo oscuras mantas; otros se sentaban charlando y bromeando en el centro de la estancia, limpiando sus fusiles.

Cerca del escritorio había un joven vestido con una chaqueta de piel amarilla. Era de mediana estatura e insignificante; pero lo que enseguida llamaba la atención eran sus ojos. De suave color negro, lanzaban una mirada a la que nadie escapaba; aquella mirada retenía, preguntaba, sabía, sonreía irónica y bondadosa a un tiempo; los ojos dominaban el rostro de palidez amarillenta, enmarcado por denso cabello negro, de aquel hombre, que

5 autores de lengua alemana en México

recordaba los estrechos rostros de los niños sefardíes, tal como se sentaban antaño ante los rabinos, concentrados por entero en la sabiduría del maestro, tempranamente creyentes, tempranamente escépticos y palideciendo ante la oscuridad de los problemas del mundo. La boca de aquel hombre, una boca fina, pero no carente de sensualidad, cuya risa se clavaba profundamente en las mejillas tensas y abombadas, colgaba ahora presa de infantil irritación.

—De pronto se han vuelto cobardes —gruñó.

Nadie hubiera visto en ese instante al superior psiquiatra en él. Y sin embargo, ese hombre enfurruñado, iracundo, había sido un psiquiatra titulado, el tranquilo asesor de cientos de alemanes que habían ido hasta él con las múltiples penas de su pesada vida.

Había sido en Berlín. En los años comprendidos entre 1928 y 1932. Ahora, ese hombre era el organizador del servicio sanitario de la XII Brigada Internacional, que defendía Madrid. Su Madrid. El médico lo sentía así, y no de otra manera. Había sido alemán, había acudido a las universidades de Berlín y Leipzig, se había hecho médico y, al mismo tiempo, ferviente republicano. Había amado Alemania; ese amor había crecido con cada pieza de su cultura que absorbía en su ser. Entonces aparecieron aquellos periódicos del sur; maestros de escuela despedidos y locos provincianos declaraban que todos los males del mundo estaban secretamente instigados por los judíos. Werner era judío; había sonreído durante mucho tiempo, pero luego la calumnia se había extendido como una erupción; la Edad Media volvía a Alemania.

“Los judíos se comen a los niños cristianos. Los judíos financian a los partidos de derecha. Los judíos mandan en los partidos de izquierda. Los judíos acechan en las esquinas y arrastran muchachas rubias a misas negras en los sótanos de sus viviendas.” Ninguna mentira era lo bastante banal. ¿Y la gran Alemania no podía defenderse contra eso? Werner esperó; ese país había producido a Hegel; él acababa de escribir sobre él; ese país había oído la voz de Hölderlin; él conocía muchos de sus poemas; ese país siempre había tenido respeto por sus maestros y por el mundo entero; sus museos daban testimonio de un profundo respeto por la grandeza, daba igual de dónde procediera. Werner oía los cantos de odio en la calle; veía cuánta represión afloraba en ellos; podía analizar sin dificultad por qué ese sadismo pequeñoburgués empezaba a contaminar la opinión pública. Pero eso no le salvaba del miedo a ver inundada una Alemania que no merecía esa aniquilación. No esperó hasta el final, en otoño de 1932 se fue al extranjero. Se fue a Madrid.

Encontró el Prado, con el orgulloso Velázquez, los rostros devorados por limpias llamas de El Greco, y tuvo la sensación de que volvía a estar en casa. Encontró en la biblioteca las carpetas de Goya y tuvo la certeza de que había tenido razón al huir. En Alemania acababa de empezar, y pronto se repetiría de manera aún más espantosa y hasta el límite, lo que las crueles denuncias del español contaban que hordas napoleónicas habían hecho ante él. El emigrante había salido a pasear por los parques de la ciudad; se había encontrado con la alegría, que ninguna miseria podía romper, de los madrileños,

5 autores de lengua alemana en México

y se había sentido agradecido por el cambio de atmósfera. Había aprendido español con rapidez, y lo hablaba tan bien que incluso podía seguir las cabriolas surrealistas de los avanzados artistas de Madrid. Ya se había avivado en él un leve sentimiento de seguridad y arraigo. Había empezado a sentir como emparentado lo que de juguetón había en todos esos adultos, había recobrado su orgullo a través del de ellos. Las muecas de Streicher y Goebbels se hundían en el horizonte, en la ciénaga alemana. Madrid le había curado, Madrid se había convertido en patria. Con sus millones de trabajadores entusiasmados y capaces, que habían echado al rey estafador y sus hijos hemofílicos e inviables, Madrid era como una casa limpia, barrida, que se podía amueblar del mejor modo posible.

El médico —también aquí se llamaba Werner— vivió las elecciones, vivió el noble rostro que puede tener un pueblo cuando escoge libre y críticamente a sus representantes. Vivió la victoria del pueblo sobre su Edad Media, y Madrid fue para él como un bastión del que un día saldría el ejército de la libertad, a liberar la década del Fascismo. Werner no se había quedado, admirativo, al borde de los acontecimientos, había ofrecido su ayuda y había construido un orfanato en Levante.

Allí, rodeado de los inteligentes niños proletarios, tempranamente adultos, que le veneraban como a un divertido hermano mayor, le había alcanzado la noticia de la traición de los generales, del atentado contra la República. Sólo se había quedado un día más, miraba a sus niños y pensaba en los niños judíos alemanes: las

humillaciones, los tormentos, el desprecio, ¿todo eso iba a empezar también aquí? ¿Iba el apestoso aliento de los altavoces de radio de Goebbels a soplar sobre España? Volverán a hablar de los asesinos rojos, y al decirlo estarán refiriéndose a este pueblo heroico y maravilloso. Lo retorcerán todo. El orgullo de un pueblo, quebrado por el miedo. Su impulso, desfigurado por una histérica adoración caudillista.

Fue a Madrid con una pesadilla oculta en el pecho. No vio los campos por los que pasaba, no pensaba más que en aquel peligro para España: ¡ese monstruo del Fascismo! Quiere arrastrarse por Europa como el escarabajo de la patata; quiere roer todas las raíces. ¡Pero aquí encontrará su tumba!

Se había alistado en las milicias de la sierra. Había visto morir a muchos a los que se habría podido ayudar; pero trabajaba casi sin vendas, sin morfina; el asalto había sido demasiado repentino; además, muchos médicos madrileños cometían acciones de sabotaje, él había presentado denuncias, pero nadie se ocupaba de las denuncias; había vuelto junto a las tropas, había tratado de ordenar lo que se pudiera ordenar en el caos de las estremecidas milicias; a menudo, era más comisario y repartidor de consuelo que médico. El ejército rebelde se acercaba sin cesar a la capital. Werner no había perdido la calma ni un momento. Ya no tenía miedo por su vida; si Madrid se perdía, la vida ya no valía nada. Eso le había tranquilizado tanto que había llamado la atención de todos. Andaba por ahí como la fe viviente en una sorprendente salvación. Y entonces, cuando llegaron los

Internacionales, sus colaboradores tuvieron la sensación de que él lo sabía, de que él participaba de esas tropas de apoyo, y nadie le tomó a mal que se pasara enseguida a ellas; incluso le siguieron dos médicos y tres enfermeras. No había encontrado el servicio sanitario de los Internacionales en mucho mejores condiciones que el de los españoles; tenían fusiles, metralletas; pero sólo parecían haber pensado en disparar; básicamente habían olvidado que también podían ser alcanzados; Werner comprendía que todo había sido demasiado rápido; aun así, se impacientaba; sentía que Europa, cuyos mejores combatientes habían venido aquí, también tenía que cuidar de su atención sanitaria; el europeo en él volvía a despertar. ¡Era espantoso imaginar las farmacias repletas de París y Londres y luego verse obligado allí a ahorrar cada gota de yodo y cada tira de gasa!

Werner, por tranquilo que se mostrase hacia fuera, temblaba interiormente de impaciencia en aquellos días.

¿No habían sido días de definitiva venganza? ¿Venganza de la brutalidad de los perseguidores de los judíos? ¿Venganza sobre los que habían despreciado a su pueblo, venganza sobre aquellos que habían rebajado a Alemania al nivel de los patólogos sexuales? ¿No había que dar todo lo que se pudiera dar? Se volvía injusto. Lo estaba siendo ahora, mientras veía en la sala al agotado voluntario francés.

—Aún no han entendido de qué se trata —gruñó. Lo había dicho a media voz, pero Karl lo había oído.

—¿Qué pasa, camarada? —preguntó Karl. ¿Eres un oficial?

—No, el médico —dijo el hombre descalzo; parecía satisfecho de que alguien le hablara; tenía agua en los labios, la mandíbula puntiaguda le temblaba nerviosa.

—No se deja a los heridos entre las líneas. Tampoco a los muertos... ¡pero los heridos!

Se pasó la mano por los negros cabellos, separados de las sienes en espesos mechones, luego volvió el rostro por completo hacia Karl, le miró de arriba abajo y dijo, en tono distendido:

—Me acerco a quinientos metros delante de las líneas. Está absolutamente oscuro. Oigo un gemido, lo localizo, tiene un tiro en el muslo, me doy la vuelta, ya sé que ha habido un poco de fuego a ciegas cuando salimos del sótano pero, ¿es eso un motivo para salir corriendo? Bueno, pues me doy la vuelta y espero a los tipos que traían la caja de las vendas: no se ve a ninguno. Eso es porque no quieren darme gente buena de las compañías. Como si todo valiera para el servicio sanitario. Ahora tengo que ir otra vez.

Dejó plantado a Karl, avanzó unos pasos hacia la sala y gritó, dirigiéndose a la masa negra de los soldados:

—¿Quién viene voluntario conmigo a buscar heridos?

De pronto el alsaciano volvía a estar junto a Karl:

—Ahí tienes a ese muchachito —dijo en voz baja, y señaló a un joven mal afeitado, de aspecto judío, que, con el fusil entre las rodillas, estaba en cuclillas junto a la mesa del escribiente y parecía aprovechar la luz para tomar notas en un cuadernito.

5 autores de lengua alemana en México

Cuando el médico gritó en la habitación, dejó de escribir y prestó atención, con el lápiz entre los dientes.

—Naturalmente, vuelve a anotar algo —gruñó Schäfer. Por los corredores del edificio se arrastraban pasos. A veces resonaba desde fuera un “Halte, qui vive!”, luego volvía a oírse una ametralladora a lo lejos.

Vino un mensajero que buscaba al comandante. Lo enviaron al sótano de al lado. Poco tiempo después regresó con un hombre recio cuyo rostro estaba rojo de ira:

—¿Munición? ¿Munición? —bramaba el hombre—. ¡Esos idiotas tienen que mantener la disciplina de fuego! Espera, yo les enseñaré.

Su francés tenía acento húngaro. El mensajero le siguió en silencio. Los soldados sentados en el centro alzaron fugazmente la vista de su limpieza.

—Es un perturbado —dijo uno, pero el comandante ya no oía nada, se había ido, excitado, con el mensajero.

La culata de un fusil golpeó en la ventana del sótano.

—¡Apagad la luz ahí abajo! —rugió la guardia desde fuera.

—¡No te excites! —dijo el escribiente. Nosotros también tenemos que ver —puso la vela debajo de la mesa.

Una voz áspera graznó a la entrada de la sala:

—Ha llegado el vino. ¡Primera compañía, a recibir el vino!

—Ahora se mueven —dijo con maldad el doctor. Alrededor se incorporaron figuras oscuras, se despren-

dieron de sus chales, empezaron a bostezar, se estiraron y echaron mano a sus cantimploras. El doctor volvió a alzar la voz: —¿Quién viene voluntario conmigo?

—Voy a demostrártelo ahora —dijo Schäfer al oído de Karl, y trató de acercarse lentamente al pequeño soldado, que había vuelto a ponerse a escribir.

Karl no prestaba atención, atendía a la lucha; cautivado por el aire, la luz y por todo sonido, estaba en pie en el sótano esperando la orden de acudir a las aspilleras. Había un hálito a pólvora y éter en el crepúsculo, y ambas cosas hablaban de la cercanía del peligro. Pero también los rostros faltos de sueño a su alrededor le conmovían; desde hacía cuatro días, aquellos franceses estaban en alarma permanente. Quizá hubieran podido explicarle cómo estaban las posiciones; no sabía si el frente estaba a la izquierda, arriba, delante, no podía preguntarles, porque no hablaban alemán, y el loco alsaciano continuaba entregado a su capricho. Karl vio con asombro cómo se lanzaba sobre el pequeño soldado, le arrebató el bloc desde atrás y trataba de leerlo a toda prisa poniéndolo contra la luz. Pero el asaltado ya se había arrojado al cuello de Schäfer.

Era más débil que el alsaciano, notablemente más bajito, y voló repelido contra el colchón, apartado por su enemigo como un perro al que una bestia se sacude de encima. Pero no se dio por satisfecho. Gritó en la sala, incomprensibles palabras en flamenco, y gesticuló con manos temblorosas.

Algunos se volvieron hacia él, pero como no entendían su lloroso balbuceo se limitaron a gritarle al al-

5 autores de lengua alemana en México

saciano unas pocas palabras conciliadoras: “¡Déjale en paz!”, dijo uno, y un segundo dijo, despreciativo: “Por qué no te metes con los de tu tamaño”.

—Y a esto lo llaman un voluntario —gruñó un tercero desde atrás.

El alsaciano no se inmutó; no podía leer nada de lo que había escrito, pero hojeaba y hojeaba, convencido de que podría encontrar cifras y dibujos sospechosos. Sus ojos brillaban ansiosos a la luz de la vela.

—Ya sé por qué —murmuró; los soldados recogían su vino a la puerta. El médico hablaba con un hombre que quería acompañarle. Karl sacudió la cabeza, desaprobando al alsaciano.

Pero el pequeño, tendido en el suelo, echó mano a su fusil:

—¿He venido hasta aquí para que sospechen de mí? —jadeó.

—¿Tenéis todos vino? —gritó el furriel desde la puerta. Puede ser el último litro —tarareó.

De pronto alguien cantó:

—Tout va tres bien, Madame la Marquise.

Ya los habían olvidado a ambos. Muchos cantaron, entre trago y trago. De la noche venía el golpeteo de la fusilería.

Entonces, de pronto, vieron al pequeño saltar de su colchón y alzar el fusil contra el alsaciano:

—Arriba las manos o disparo —dijo el pequeño, con voz ronca por la irritación.

Se hizo algo de calma en la sala. Luego, una risa histérica rompió el silencio; era Schäfer. Miró asustado

al pequeño judío, miró la embocadura del fusil y las no menos amenazadoras pupilas negras del ofendido; rió una vez más, y dejó caer el librito. Cayó al suelo ante el cañón todavía levantado del fusil.

—Ya lo decía yo, ya lo decía yo —murmuró Schäfer, totalmente inseguro, y después de mirar confuso alrededor en busca de ayuda, se dirigió deprisa hacia la puerta con los hombros caídos, como si le hubieran golpeado.

Los soldados pronto volvieron a cantar.

—¿Quién se ofrece voluntario? Lo pregunto por última vez —gritó el médico; miró de reojo al pequeño, tembloroso, que bajó lentamente el fusil, vacilando inseguro mientras decaía la excesiva tensión.

—Yo iría —dijo Karl—, si me dicen dónde es —tuvo la sensación de que tenía que hacer olvidar toda aquella extravagante escena.

—Vaya, por fin —dijo el doctor, y miró a los que estaban en el suelo.

—Naturalmente que iremos —gritó uno de los de abajo. Pensaba que todos los heridos estaban ya dentro.

—Tus cajas de tiritas deben estar empapadas en ricino —gritó otro, cerrando su cantimplora. Puedes apuntarme también a mí, pero no me pongas a un pelele al otro lado de la cuerda.

Un ruido de ametralladoras hizo trizas las risas amigables. Se alzó, se rompió contra la ola de la respuesta, volvió a alzarse, se acercaba de forma amenazadora. Un cristal reventó sobre las cabezas.

—Eso va por nosotros —gritó una voz, y en ese momento el comandante entró corriendo:

—¡Todos a sus puestos! ¡Los fascistas avanzan por el ala izquierda!

El doctor miró furioso la confusión. Los fusiles golpeaban contra el suelo, del que se recogían los cinturones, uno contaba con rapidez las granadas de mano en su colchón, como una campesina cuenta huevos. De los pasillos venía el traqueteo de pasos apresurados. Las escaleras se estremecían con sonido hueco. Confusas órdenes se tambaleaban por las oscuras salas del sótano. El escribiente en su rincón daba vueltas como un organillero enloquecido a la manivela del teléfono. Por fin se interrumpió, pidió hablar con el Estado Mayor y se acercó el auricular. El doctor llegó a oír cómo decía a borbotones:

—El enemigo pretende asaltarnos. La lista de efectivos está lista. Podéis recogerla. Resistiremos hasta el último hombre. ¡Salud!

La sala fue vaciándose poco a poco. También Karl había seguido al comandante al sótano delantero. Sólo unos pocos se quedaron atrás con el escribiente; también se había quedado el pequeño judío. El escribano le alcanzó un pliego de papel:

—Repasa los números de este informe de efectivos —pidió.

Fuera resonaba la cadena de las ametralladoras. Su eco retumbaba desde los cien rincones oscuros de las salas del sótano.

Ahora esos pobres tienen que volver a esperar, pensó el médico; entonces, una voz dijo desde un rincón:

—Me gustaría irme ya contigo, camarada doctor.

Era el pequeño belga. En su rostro seguía habiendo un rastro del polvo en el que se había bañado al caer. En torno a la boca colgaba el incierto dolor del humillado, que se había indignado y no sabía si se había arriesgado en demasía.

—Coge tu libro —dijo amablemente el médico, y se agachó por él.

Se lo entregó a un hombre conmovido; el pequeño dijo con voz ronca:

—Si quiere guardarlo...

—¿Quieres confiármelo? —dijo el médico, y estaba cogiéndolo por los hombros cuando un soldado entró corriendo:

—Os necesitan —dijo con expresión seria—, hay un tiro en la cabeza en el sótano de la derecha.

—Eso es cosa de Julián. Aquí al lado. Díselo. Nosotros nos vamos delante.

Los edificios, contruidos en fino ladrillo y estructura de hierro, vibraban como gigantescas agujas de brújula.

Por los negros corredores, en los que se habían apagado todas las luces, sólo iban ahora de vez en cuando un mensajero o un sanitario. La sala vacía, con los colchones revueltos y los cacharros de cocina volcados, daba la impresión del escenario de un crimen mientras llegaba la policía criminal. En los segundos de pausa en el fuego, los combatientes del sótano también creían oír ruidos sospechosos a su espalda, y ocurría que de pronto alguien disparase contra un rincón de la propia estancia.

5 autores de lengua alemana en México

El enemigo podía salir por sorpresa de los laberintos de ese castillo de ladrillo como el diablo de un teatro de marionetas, a la espalda de los tiradores que, entre los sacos terreros, se orientaban por las tiras rojas trazadas por los disparos del adversario.

Sin embargo, el hombre que en ese momento se escurría detrás de los sótanos por el nocturno pasillo no era ningún enemigo, sino el comisario de la brigada. Se llamaba Albert. Era alemán. Siendo un chiquillo de diecisiete años, había hecho la guerra mundial contra Francia; en las alturas del Chemin des Dames, había matado a los padres de los voluntarios con los que ahora estaba aquí, a las puertas de Madrid. Después de la guerra se había hecho pacifista; en 1932, en Soissons, que había ayudado a destruir en 1917, en la reconstruida Soissons, había hablado en favor de la paz; un inválido de guerra francés con una pierna de madera le había guiado por la ciudad que olía a pintura y cal fresca; habían caminado del brazo, feliz símbolo de dos repúblicas destinadas a encontrarse cada vez más. En eso confiaba. Cuando los nazis llegaron, había tenido que huir al país al que había hablado de paz pocos meses antes. Sabía que dejaba la guerra tras de sí, en Alemania. Las fábricas de armas volvían a echar humo por todas las chimeneas. Aquí en España encontró sus bombas. Los nazis exportaban su brutalidad. Pero no había sido su brutalidad la que había vuelto a convertirle en soldado; sobre Alemania había caído una desgracia mucho mayor, que sólo podía repararse por las armas. Albert había sido católico; había abandonado la Iglesia, porque su descomposición y su

venalidad ya no eran compatibles con su visión de una ley moral para el mundo. Le había quedado una pasión, cargante hasta la pesadez, por la lógica del Derecho y la caballeridad, incluso frente al contrario, había conservado más de ella que los descendientes de los cruzados, en su mezcla de flexibilidad carente de carácter y terca intolerancia.

Exigía de todos los combatientes respetar en el contrario la convicción de que actuaba con armas limpias.

Así, había perdido los débiles años de la República Alemana en la esperanza de que en las luchas internas de Alemania se mantuviera el sentido de la caballeridad. En vez de eso, la mentira se había convertido en el arma predilecta de los adversarios del pueblo. “Hay que mentir a lo grande”, había anunciado el agitador que se apoderó del poder en 1933. Había hecho agredir a trabajadores; y luego había llorado en sus periódicos a sus mercenarios rechazados, calificándolos de víctimas de los asesinos rojos. Había declarado héroe nacional alemán a un proxeneta abatido a tiros por sus cómplices en un sucio cuartucho. Hizo resucitar la obscena superstición de la Edad Media y envenenó las almas de un pueblo hambriento y desesperado con la expectativa de la más baja de las venganzas sobre el vecino más inmediato. Prometió noches de San Bartolomé a todos los que quisieron oírle, a la vez que hacía gritar a sus partidarios en cien asambleas que eran sus adversarios los que planeaban esas noches de sangre, por mandato de potencias extranjeras. Alimentaba su propaganda con el dinero de

los reyes de los cañones y los terratenientes, al tiempo que explicaba que quería implantar el socialismo. Atizó a millones de personas hacia un odio insensato. Albert había tratado de aportar con sus amigos, en giras de discursos, en manifestaciones, en artículos, en discusiones callejeras, su granito de arena en la contracampaña de los partidos de izquierda; cientos de miles de personas habían ya despertado para defender a Alemania contra la peste de las mentiras, pero luego vino la noche en la que los bandidos aplicaron su último y más vulgar medio, pegando fuego al Parlamento y acusando del incendio a sus adversarios políticos.

Albert había estado ante la cúpula ardiente del Reichstag, cerca de la Columna de la Paz. Los trabajadores pasaban junto a él, sonriendo con escepticismo, por las calles del parque. Al poste de una farola estaban pegados los jirones de una octavilla republicana. El viento de enero soplaba desde los árboles del jardín zoológico. Dentro de Albert se derrumbó un mundo, arremolinándose como fuego abrasador y vigas que se desplomaban. Se sintió impotente, supo que estaba llegando su Noche de San Bartolomé, y con ella el triunfo de las mentiras de ellos. Había servido en el ejército alemán, pero no quería el agradecimiento de esta Alemania que se avecinaba. Había ido a las universidades de su país, pero de pronto se avergonzaba del título que le habían dado sus facultades, que escupían a un hombre como Emil Gumbel, revelador de sucios crímenes de honor, que expulsaban a Einstein, que rechazaban con bajos insultos la fama mundial de sus eruditos. Esperaba que Alemania des-

pertase un día, pero en esos momentos no podía creer en ello. El triunfo de las mentiras lo dejaba sin aliento. Había vuelto a casa, había hecho una maletita y se había ido a Francia. Sólo volvería con las armas en la mano, pensó cuando el funcionario de aduanas le devolvió su pasaporte. No se trataba sólo de Alemania, no se trataba de la tierra y la propiedad, se trataba de la limpieza en el mundo. Había que librar una guerra santa. Incumbía al mundo entero. Porque la mentira empezaba a desbordar las fronteras.

Cuando el pueblo español se sublevó contra los primos de Hitler, contra los generales perjuros, que copiaron enseguida todas las descaradas mentiras de los nazis, se marchó a Madrid. Había encontrado un pueblo que le devolvía toda su fe en las masas. Casi no tenían armas, pero no habían dudado en lanzarse con los puños desnudos contra los cuarteles de los amotinados. La libertad les importaba más que la vida.

El pueblo trabajador mostraba más dignidad y lealtad a la nación de lo que toda Europa había hecho en los últimos años. Albert había visto con creciente temor cómo los rebeldes avanzaban sobre Madrid, cómo los más valientes milicianos eran masacrados en sus trincheras por aviadores alemanes. Llegó la noche del seis de noviembre, en la que pareció que Madrid iba a ser arrollado por los moros de Franco. En ese momento llegó la noticia de que en Albacete se habían formado batallones internacionales que estaban a punto de correr en auxilio del Quinto Regimiento. Albert se apresuró a acudir a Albacete con varios amigos.

Hacía dos días que había llegado con la XII Brigada. Los voluntarios alemanes ya habían infligido la primera derrota al enemigo, pero los sorprendidos moros aún estaban clavados en los edificios de la Ciudad Universitaria. La brigada no descansaba; se dividió en secciones. Su valor era inmenso; su equipamiento malo; confuso su concepto de la disciplina; débiles sus cuadros. El caos reinaba en toda aquella resistencia heroica: caos de lenguas, caos de organización, caos de ilusiones.

—Éste es justamente el momento para un comisario —le había dicho Paul, el general húngaro de la brigada, a Albert. Un comisario es la chica para todo, un cura republicano, un sanitario que toma constantemente el pulso a la brigada. Tendrás que ir corriendo a todas partes sin molestar. Eres mi tercer ojo. Es preciso, en medio de esta confusión. Por lo demás, tienes mi autoridad. Te diré que también yo era escritor. Así que cualquiera de nosotros puede convertirse en soldado. Pero no corras demasiado bajo la lluvia de balas. ¡Y ahora vete, comisario, chica para todo!

Albert había ido. Había empezado con los franceses. Había querido ver si podía deshacer un poco el lío. Caminó a tientas por los oscuros corredores, llenos de los estampidos de los fusiles.

Se detuvo ante uno de los sótanos, en cuyas ventanas los soldados estaban en pie, disparando.

—Habría que tener balas trazadoras —gritó un hombre haciendo bocina con las manos.

—Ilumina con tu escopeta, bobo —respondió el comandante. El soldado que estaba en la ventana con-

vertida en barricada se estremeció. Albert se llevó las manos a la boca y gritó en medio del ruido: —¡Hay algunas bengalas en el estado mayor, enviad alguien por ellas! —¿Quién manda aquí? —rugió el comandante.

—Oh, perdón —gritó Albert en la oscuridad, y siguió tanteando con las manos sobre las ásperas paredes. Pronto volvió a notar una nueva puerta a la derecha. Los estampidos se hicieron más brutales, luego oyó otra voz en la oscuridad:

—¡Atención, dirigir el fuego a la izquierda! A la derecha hay una patrulla nuestra.

Buscó a tientas la puerta y volvió a ver al fondo de la sala a los soldados tras los sacos terreros. Sus fusiles estaban describiendo un pequeño giro en sus envolturas de arena.

—¿Quiénes son esos dos que tenemos delante? —gritó uno de los tiradores.

—Tiene que ser el médico —gritó su vecino haciendo bocina con las manos.

—Cubridlos intensificando el fuego —gritó una tercera voz; a Albert le parecía que era el loco furioso de la habitación de al lado el que gritaba de ese modo, y ahora veía también la puerta de unión entre los dos sótanos.

—Por Dios, a la izquierda —rugió el hombre; Albert lo vio ahora en la ventana, tirando de la MG hacia la posición correcta. Voy a fusilaros a todos, idiotas.

—Bueno, empieza por los fascistas —dijo Albert, pero no se le oyó entre el ladrido de las ametralladoras.

Corrió a los sacos terreros, quería ver al médico hacer su trabajo.

Fuera, la noche arrojaba un poco de palidez sobre la tierra que se extendía ante los sótanos. Al cabo de un rato distinguió las dos sombras acurrucadas entre las líneas. Sus movimientos eran como un conjuro; de pronto se incorporaron, lentamente al principio, luego más seguros, y corrieron con un cuerpo entre ellos hacia el extremo del edificio. Pronto regresaron. Cuatro veces hicieron el fantasmal camino. Ángeles de la noche.

Albert se apartó de la ventana: ¡entre las líneas! A diez metros del enemigo. Es judío, nuestro doctor. Un judío alemán, caballeros.

El fuego pareció debilitarse.

—¡Huyen! —gritó uno de los servidores de las ametralladoras, y giró el arma aún más a la izquierda. De todas las ventanas partieron explosiones, como una risa burlona tras el enemigo en fuga.

Dónde he visto esto antes, pensó Albert, y bajó del todo de la barricada: dónde he visto a alguien gritar jubiloso en medio de la noche, y lo he encontrado todo de repente absurdo.

Regresó, inseguro, al pasillo, volvió a tantear el muro, el tiroteo a su espalda se hizo aún más flojo, ya había pausas, que una MG rompía en pedazos una y otra vez. Había sido en la Gran Guerra, pensó Albert. Exactamente el mismo ruido furioso, precipitado de las MG. La muerte rápida. Y luego, de pronto, silencio. Con qué satisfacción se paraban las máquinas. Y luego ese pérfido llegar de algunas balas asesinas, que le quitaban a uno

todo el gozo del silencio. Había sido en el Chemin des Dames. En el cementerio de Pinon. Cómo se echaba de menos un largo sueño. Había algo así como una melancólica envidia de las tumbas. Y de pronto el cuchillo de las MG hacía picadillo todo eso.

¡1917! Se sentía nostalgia de la muerte. Si algún día vuelvo a llegar a eso, la guerra tiene que haber terminado.

Una risa pareció responderle:

—Van bien servidos —exclamó una voz.

Miró dentro del nuevo sótano. En la ventana, detrás de los sacos, descansaban tiradores; uno de ellos vigilaba en el agujero. —Se han ido a dormir. —Y algunos, para mucho tiempo. —Pon un Camembert nuevo en la MG. Uno de los tiradores se volvió y dijo, titubeante:

—Esta vez no he visto ni uno de ellos —esperó respuesta y repitió—: Llevo disparando todas las noches desde hace cuatro días, pero creo que aún no le he dado a nadie.

—Pero les has impedido venir hasta aquí —gritó alguien. Albert prosiguió su recorrido de sonámbulo. Saben por qué disparan.

—Soy superfluo aquí —dijo. La melancolía que le había asaltado en la oscuridad desapareció. Han venido de Ivry, de Montrouge, de Villeurbane, de Marsella. Es Madrid y al mismo tiempo Francia, su barrio, su sindicato, su barricada. Albert decidió dar la vuelta y respirar un poco de aire fresco. Esta vez se orientó con mayor rapidez, y pronto volvió a estar en la escalera que llevaba a los patios traseros del edificio.

Allí, la cocina estaba trabajando. Un fuego de leña chisporroteaba bajo el gigantesco caldero negro. Se acercó más y saludó.

—Ésta es la primera guerra en la que hay cocineros valientes —dijo.

El hombre manchado de hollín que removía la sopa en pie sobre un tonel sonrió de parte a parte de su rostro sudoroso.

—Acaban de darles una tunda —dijo.

Un viejo soldado rodeó la marmita y alcanzó un cuenco a Albert:

—Contra la gripe, camarada.

Albert cogió el cuenco y fue, por entre el barro que llegaba a los tobillos, hasta un rincón protegido del viento.

Ante él se extendía la llanura sin construir; cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, encontró también el rastro de los extraños caminos que esperaban las casas, vio la rotonda con el vientre desnudo en su centro, de pronto tuvo frío. Los cadáveres ardiendo aún relucían a lo lejos como puntitos rojos. Albert sorbió el cuenco caliente a rápidos sorbos; se dio cuenta de pronto de que llevaba largo tiempo mirando fijamente aquellos puntos.

—Nuestros hermanos de clase tienen el gatillo demasiado fácil —dijo de repente para sus adentros. Conocía la historia de aquella ejecución. Había varias opiniones. Uno decía que aquellos tres habían exigido más disciplina. Otro contradecía que se habían amotinado. Pero ante el tribunal se le había probado a uno de ellos que

había hecho señas al enemigo con una linterna, desde su posición en el sótano. “Y una cosa llevó a la otra.” La cosa final la dio la pistola. Dicen que uno de los traidores gritó mientras se desplomaba: “Viva la Revolución”.

Albert vació el cuenco: que el Dios rojo nos proteja de la sentencia de muerte frívola, pensó, y se sobresaltó; desde la casa le gritaron:

—¿Está Albert aquí?

—Sí, aquí —dijo, y se volvió hacia el hombre que salía del sótano; era Karl, el voluntario alemán.

—¿Tú eres Albert? —preguntó. ¿Y tú eres el comisario? —rió.

—¿Qué te pasa? preguntó Albert, mirando por encima del cuenco levantado en el que se calentaba las manos.

Karl miró fijamente el rostro de Albert, iluminado a medias por el fuego. No respondió. Así que ése es el aspecto del comisario, pensó. El de “Tchapaiev” estaba un poco más construido en la película, y tampoco tenía esa ridícula barba. Parece chucrut quemado. En Montparnasse andaban así por ahí. Parece un intelectual.

Karl moderó su sonrisa. Así que han venido, los intelectuales.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó otra vez Albert.

—Perdona —dijo Karl—, pero en el campo, ahí fuera, Schäfer te tomó por no sé qué.

—Por qué puede haberme tomado —dijo Albert; estaba convencido de que el hombre se reía de su barba. ¿Te ocurre algo especial?

—No sé por qué —dijo Karl, nuevamente en tono respetuoso—; está mal de la cabeza. También tomó a un

5 autores de lengua alemana en México
pequeño belga por un espía. Y era un héroe de los pies a la cabeza.

—¿Por qué dices que era?

—Acaba de caer junto al doctor. Por eso he venido. El doctor te llama.

—¿Está herido? —exclamó consternado Albert, y saltó, sin esperar respuesta, hacia el cocinero, le devolvió el cuenco, le dio las gracias y corrió hacia la puerta del sótano, por la que Karl ya había vuelto a desaparecer. Lo alcanzó abajo, en la escalera, y se dejó guiar por él.

De la mano de Karl, avanzó a trompicones por la oscuridad. Los sótanos de la derecha emanaban ahora un silencio de muerte. Por fin llegó luz y un hálito de yodo y éter, y ahí estaba, enmarcado por la puerta de una habitación, el médico, erguido entre camilleros y soldados. Albert se sintió liberado al ver sano y salvo al hombre de pelo oscuro. El médico aún no le había visto; a sus pies, alguien yacía en una camilla, moviéndose bajo una manta con repentinos espasmos. Un sanitario alcanzó una jeringuilla al médico.

—Ese es el belga —dijo Karl al oído del comisario. El médico se arrodilló junto a la camilla y tomó el pulso al herido.

—Pocas esperanzas —dijo, y se incorporó. Tiene que irse en la próxima ambulancia —se volvió hacia el soldado arrodillado a la cabecera de la camilla, que secaba sin cesar el sudor de la frente del moribundo—: Déjale, ahora dormiré. Puedes ayudar a transportarlo. Eres fuerte.

El aludido se incorporó, tenía una estatura gigantesca; su frente estaba surcada por gruesas arrugas.

—Ése es Schäfer —dijo Karl, y señaló al soldado alto. Albert bajó la vista del médico, que limpiaba sus instrumentos en una mesa, al pálido rostro que sobresalía de la manta como una máscara de un verde blanquecino; oyó la pesada respiración de Schäfer; nadie hablaba, pero de los pequeños ruidos del médico, del gimoteo que se iba apagando del herido, y del silencioso gemido del alsaciano, emanaba una tragedia que le afectaba.

Se acercó a la mesa del médico; sentía que allí estaba en su verdadero territorio, pero el médico, que había alzado fugazmente la vista hacia él, dijo, y pareció prolongar su voz esta vez:

—Los hemos traído felizmente a todos; se comportó maravillosamente.

Él señaló con la cabeza al herido:

—¿Qué le pasó? ¿Le obligaron?

—¡No dramáticos! Hizo su trabajo y recibió un balazo. Si no hubiera sido él habría sido yo. U otro —señaló la mesa—: Ahí están sus cosas. Puedes llevártelas.

Albert cogió el gastado bloc de notas que yacía encima de la mesa; de él cayó una foto: la Telefónica de Madrid. Nunca la ha visto, pensó Albert. Y nunca la verá. Hojeó el bloc, estaba escrito hasta la última página. Albert miró hacia la mesa. ¿Había otro bloc de notas —Albert sintió un escalofrío en la nuca—, o realmente había escrito la última página en el último día de su vida?

—Te reclaman —dijo el médico.

5 autores de lengua alemana en México

Albert sintió una mano en su brazo. Karl estaba detrás de él y señalaba a un soldado que tenía que haber entrado en ese momento.

—Tienes que ir arriba —dijo Karl—. Están peleándose por la munición.

Albert sacudió descontento la cabeza. Ahora estoy ocupado, quiso decir. ¿Qué tengo yo que ver con la munición? Pero titubeó.

La fiebre de la casa se apoderó de él. “Un comisario tiene que estar en todas partes”. Creyó oír la voz de Paul, el general. Con tal de que no me sobreestiméis con vuestras demandas.

—Voy —dijo, metió cuidadosamente la foto en el librito y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Te veré luego —dijo el médico—, volveremos juntos, si quieres.

Albert asintió, se volvió una vez más hacia el herido y siguió a Karl al corredor.

Subieron por la escalera de hueca resonancia hasta el tercer piso, donde había una compañía con dos ametralladoras. Por dos veces tuvieron que saltar sobre los huecos abiertos por las granadas en el cubo de la escalera. Luego pasaron por encima de un pupitre que la onda expansiva de una explosión había lanzado sobre un rellano.

—Aquí, junto al departamento de Teología —dijo Karl, y señaló una abertura en la pared encalada. Habían llegado.

Había soldados enzarzados en una animada con-

versación, en el centro de un aula débilmente iluminada por una lámpara de acero.

Salieron a su encuentro, uno llevaba un fusil reventado en la mano; se secaba la sangre del rostro.

—Pero si estás herido —exclamó Albert.

—No es importante —dijo el hombre—, pero mira lo que hace esta munición; tampoco tenemos tantos fusiles —levantó en alto el arma. Entonces todos empezaron a gritar en tropel: —El jefe de armería no tiene ni idea. —Es un saboteador.

—Exactamente igual que el comandante. —Dejad todos de decir tonterías.

—Hay munición equivocada. Tendrían que devolverle el dinero del cursillo.

Mostraron a Albert los siguientes fusiles, poniendo el dedo sobre las inscripciones. En los cerrojos ponía Oviedo, Danzig, Steyr, Remington.

Qué me estáis preguntando, pensó Albert, atemorizado por el problema enteramente nuevo que esa fantasmagórica Ciudad Universitaria le ponía delante de los ojos. Ni siquiera sé si esto es cosa mía. Pero los rostros a su alrededor esperaban algo. Están tan terriblemente serios, pensó, y dijo, para ganar tiempo:

—Vamos a sentarnos —se dirigió a uno de los pupitres, pero tres hombres tiraron de él al tiempo. Voló tambaleándose a sus brazos.

—Hay francotiradores fuera dijo uno.

—Han estado apuntando a este agujero —explicó Karl.

—La verdad es que apuntan bien aquí —algunos rieron, había una pequeña ironía en su risa; el del estado mayor aún no parecía saber lo peligroso que era aquello. Desde una sala lateral vino un sonido como de cascos de caballo. Albert se detuvo sorprendido.

—Es nuestro burro. Nuestra conserva de carne —dijeron los soldados. Miraron divertidos al comisario. Uno de ellos levantó un poco la lámpara, que apuntaba al suelo. Su luz vaciló sobre colchones polvorientos y canan-
nas de munición, acarició fugazmente la ametralladora en la ventana y volvió rápida a los pupitres, que estaban por doquier. El barniz de los muebles brillaba, los tubos de ensayo centelleaban en sus soportes de madera. Qué mezcla, pensó Albert. El más pacífico de los pasados y el más brutal de los presentes en una misma estancia.

¿Cuándo estuve por última vez en un aula? Albert entrecerró los ojos. ¡En 1919! Heidelberg, con olor a lilas, pasó ante él como un luminoso velo, la voz oscuramente ardiente de Gundolf, las agudas sentencias de Max Weber, los resonantes versos de Stefan George, superando por fin en el plateado parque el ruido de la Gran Guerra, la embriaguez vital de los retornados sanos y salvos, las mujeres en las ligeras canoas del Neckar y el sol, el sol sobre una ciudad del espíritu rodeada de bosques.

Pero ahora se dispara desde aulas destruidas a la noche sucia y fría, contra mercenarios africanos y una chusma de oficiales rebeldes.

Abrió los ojos. Sí, ellos también eran voluntarios, y estaban en Madrid. Disparaban, morían y sabían que ya no quedaba tiempo para discutir. Vio cómo reían y le

invitaban a pasar con la luz al cuarto de al lado. Así que habían visto correr un asno entre las mortales líneas, lo habían atrapado. ¿De verdad lo habían izado tres pisos? Nuestro burro. Disfrutaban con su tontería. Al hacerlo, olvidaban el frío de la noche.

—¿Se le puede visitar? —preguntó Albert. Lo acompañaron al cuarto de al lado. De pronto eran como niños.

Un asno azul se frotaba el lomo contra la encalada pared de enfrente. Miró de reojo a los que entraban.

—Es un asno rojo —dijeron, dando una palmada en la grupa a la bestia. El asno respondió enseguida con un grito prolongado, bombeante.

A lo lejos, como un falso eco, ratearon de inmediato las ametralladoras enemigas. Se oyeron, delante de las ventanas, algunas balas que se clavaban en la barricada de sacos terreros.

—Les irrita —dijeron a coro los soldados. Se ríe de ellos. Gastan toda clase de munición contra él. Pero él está seguro. Y tiene su propia bandera roja delante de la ventana.

Albert vio que su irritación se había esfumado.

—¿Quién entiende de fusiles? —dijo, y miró a Karl.

—Un poquito —dijo éste.

—Entonces ven conmigo, a poner orden en el depósito. Y vosotros intercambiaos los rifles, para que por lo menos cada cargador tenga el mismo calibre. ¿Entendido?

Cuando se marcharon, Karl dijo:

5 autores de lengua alemana en México

—Querían hacer venir al armero y ponerlo contra el paredón. ¿Has visto los fusiles? Aquí Oviedo. Tiene siete milímetros. Ahí Remington: Siete con siete. Ahí Danzig: Siete con noventa y dos. Ahí el Mauser de 1914, que sin duda también tiene siete con noventa y dos, pero con bala redonda de acero. Y finalmente tienen algunos Manchester de siete con sesenta y dos. Esto es un caos.

—Será difícil poner orden —dijo Albert.

—Necesitamos un solo proveedor.

Albert asintió. ¿Tenía el alemán la misma ensoñación? ¿Pensaba en Francia, en la frontera cerrada? ¿O en Rusia, la lejana Rusia, que aun así estaba tan próxima a todos ellos, y cuyos primeros barcos habían entrado ya en el puerto de Valencia con una exquisita marea de cereal, con grandes paquetes de tocino? Karl dijo de pronto:

—Pero también así lo conseguiremos. El 19 de julio, cuando estalló la rebelión de los oficiales, los trabajadores y ciudadanos no tenían otra cosa que navajas. Albert se irritó con su rápido y romántico optimismo.

—Al fin y al cabo, tenemos fusiles y ametralladoras —añadió Karl.

—Y el enemigo llega a las puertas de nuestra casa —dijo Albert despectivo, pero se interrumpió en seguida. ¿Por qué enfriaba el entusiasmo del otro? Bonito trabajo de comisario. ¿Acaso los españoles de julio no eran grandes modelos? En Barcelona, se habían lanzado con coches a ciento veinte por hora contra los cañones de los oficiales. Estaba ya en la Historia. ¡Y cómo habían con-

quistado los cuarteles de Madrid! Uno sentía calor cuando pensaba en ello.

—Quizá no lo logremos —dijo Karl, en tono completamente neutro—, pero antes del final encontraremos sitios donde esconder los fusiles. Porque esto sólo terminará cuando los hayamos vencido a todos.

Ahora sabría que vienes de Alemania, pensó Albert, aunque no lo supiera ya por tu idioma. Miró con expresión admirativa al tipo con cicatrices de viruela. Así sólo habla el que ha escapado a un campo de concentración, y sabe dónde está el enemigo.

Volvieron a bajar los escalones del hueco edificio universitario. Karl se inclinó a recoger vainas de cartuchos tiradas por el suelo y murmuró algo.

—¿Qué opinas de vuestro comandante? —preguntó de repente Albert. Karl estaba unos cuantos peldaños más abajo, se volvió como si antes de contestar tuviera que ver los ojos de Albert.

—Camina —dijo Albert, y se inclinó a su vez hacia un montón de vainas.

—Si ese loco de Hektis sigue gritando así, los franceses se lo cargarán.

Habían llegado al pasillo de abajo y doblaron a la izquierda, hacia la sala de mando, que enviaba su pálida luz al laberinto de pasillos.

—Nosotros no somos legionarios —dijo Albert. Nosotros no levantamos la mano contra nuestros oficiales, iba a añadir, cuando Karl dijo desde las sombras:

—Eso es precisamente lo que no entiende. Que no se puede tratar a voluntarios como si fueran mercena-

rios. —No lo decía en ese sentido —dijo Albert.

Avanzaron tanteando las paredes. En una ocasión, por una puerta abierta a la derecha silbaron balas perdidas; esperaron un rato y luego cruzaron de un salto la zona expuesta.

—Da igual en qué sentido lo dijeras —dijo Karl. Llegaron a la sala de mando; el escribano volvía estar en su rincón, llenando sus papeles de garabatos; en el suelo, algunas mantas se alzaban con la respiración jadeante de los durmientes.

—Grita por inseguridad —prosiguió Karl—. No entiende mucho de su oficio. Ahora ya grita por miedo a que se note. Quizá aún mate a alguno antes de su propia muerte. Sería la señal para su linchamiento. Y esa vez —Karl dudó un segundo— también yo participaría. Creo que es mejor que lo retiréis.

—Quizá también tengáis parte de culpa —dijo Albert.

En el marco de la puerta de la sala sanitaria estaba el doctor; bostezó:

—No, es culpa de él —dijo. Es prusiano. Y húngaro, además. Eso vuelve demócrata a cualquiera —estiró los brazos—: He dormido profundamente cinco minutos, vuelvo a estar fresco. Nos llaman del estado mayor. Vamos, camaradas. Al cuartel general. A respirar aire de la sierra.

Albert siguió al médico e hizo una seña a Karl de que le acompañara. Subieron al coche detrás del edificio. —Tumbémonos en el suelo —dijo el médico cuando todos hubieron subido. El chofer apretó a fondo el acelerador y salió corriendo hacia la rotonda. Una MG buscó el

ruido en medio de la noche. Los hombres tumbados en el suelo, con las cabezas apretadas, escucharon mirándose fijamente a los ojos.

—Y encima es probable que esto no ofrezca ninguna protección —dijo el médico, y se incorporó. Hemos pasado —tendió un cigarrillo en dirección al asiento del chofer—: ¿Lucky, Anton?

Karl se había apretado a disgusto contra el suelo. Aún llevaba en el cuerpo demasiado de la hora anterior. Demasiado tiempo erguido en la aspillera. Tumbarse en la porquería, retorcerse a trío, era humillante. Se incorporó satisfecho. El chofer volvió a bajar la ventanilla con la plancha de chapa. Un olor a quemado penetró en el coche en marcha.

—¡Stop! —dijo el médico, y enseguida el freno chirrió.

—Rápido, una de las palas —gritó el médico, y bajó del coche.

Karl vio por la ventanilla cómo echaba a toda prisa tierra del campo sobre los cadáveres. Ahí están, pensó. ¿Por qué no deja que se reduzcan a cenizas? Ya no queda mucho de ellos. ¿Está conmovido? Se supone que eran traidores.

Vio a Albert bajar también del coche y echar mano a una pala. Bajó detrás de Albert. Ahora, todos apaleaban. Las calaveras ahuecadas pronto desaparecieron bajo la pedregosa capa de tierra.

—Esta noche recibimos refuerzos muy jóvenes —dijo el médico.

Albert prestó atención.

—No lo sabía.

—Todos van a pasar por aquí —dijo el médico.

Volvieron a sentarse en el coche y bajaron al valle del Manzanares. La luna dibujaba con luz verdosa las ramas de los árboles pelados; tras las avenidas relucía pálido el río.

—Habrían sido sus primeras impresiones del frente —dijo el médico.

Albert se sorprendió, y vio que Karl también compartía su reconocimiento y admiración. Atravesaron la derruida puerta de un parque y doblaron hacia el Norte. —¿Eres comunista, doctor? —preguntó directamente Albert.

El coche se arrastraba por la resbaladiza alfombra de hojas que los plátanos que flanqueaban la avenida había echado sobre el camino. Por fin, el médico respondió:

—Lo que odio de los anarquistas es lo que acabamos de encontrar. Cadáveres en el camino. Teatro y muerte. Son demasiado espontáneos y dados a la publicidad para mí.

Pasaron ante la guardia del puente de San Fernando.

—Y lo que considero peligroso de los comunistas —dijo el médico— es lo contrario. No son lo bastante espontáneos, y son demasiado secretos. Con ellos todo concuerda. Todo se desarrolla de manera correcta —rió brevemente. Todo el mundo se cuida de sí mismo —dijo—. Es comisario de sí mismo. No pueden salirse de la pista de vez en cuando, enloquecer alguna vez.

—¿No puedes explicarte con más claridad? —preguntó Albert.

—No. Para eso tendría que pertenecer al club. Pero aquí está el estado mayor. ¡Informemos a nuestros napoleones!

Es un intelectual, pensó Karl cuando bajaron del coche; pero enseguida se volvió hacia el médico:

—Camarada, ¿puedo utilizar un momento el coche para ir al depósito de armas? Estará de vuelta enseguida.

Werner ya estaba a la entrada del pequeño y cuidado jardín con setos de tejo que rodeaba la casa del estado mayor.

—¿Eres alemán? Entonces, nos podemos arriesgar.

Albert ya se había adelantado; esperaba a la puerta del chalet, hasta la que llegaba el brillo de la cinta del río.

—¿Cuál es tu nombre de pila? —preguntó cuando Werner se acercó. No quisiera que pareciéramos demasiado nuevos conocidos delante del general.

—Werner. Doctor en medicina. Emigrado desde 1932 a Madrid. Padres en Palestina.

—Sólo quería saber tu nombre.

—Pues Werner. Por lo demás: ¡Gracias!

Por primera vez un tono cordial, pensó Albert.

La casa en la que entraron albergaba los estados mayores de las dos brigadas internacionales y a su jefe de sector.

En la primera antesala, Werner preguntó a un oficial por el general.

—Ha ordenado que no se le moleste —respondió el hombre. Ni siquiera el comisario.

—Seguro que está durmiendo —dijo Werner, al que el tono arrogante irritó.

El oficial frunció el ceño con indignación.

—Avísame cuando esté libre, camarada —dijo Albert.

—No saben lo que es un comisario —dijo Werner. Ninguno de nosotros lo sabe, pensó Albert, pero Werner estaba llevándolo junto a la chimenea—: Tengo un poco de coñac y un par de panecillos. Sentémonos.

Tomaron asiento en la sala, cuyas puertas llevaban a cada uno de los tres estados mayores. Werner sacó los panecillos y una botella.

Los soldados a su alrededor corrían agitados de una puerta a otra, o se sentaban en el suelo con una calma tal como si todo aquello fuera su vida cotidiana desde hacía años.

Sonaban los teléfonos. Los soldados callaban a cada nuevo timbrazo y prestaban oídos al rincón en el que un hombre bajito de aspecto judío, con una puntiaguda gorra de lana en la cabeza, se sentaba delante de un teléfono de caja.

En la puerta que daba a la habitación del general, alguien hablaba en ruso. Werner alzó la vista; su enlace estaba pidiendo al ordenanza audiencia con el general.

—No te entiendo —le decía el ordenanza al ruso.

—Pero entiendes francés —dijo el enlace. Vengo con un mensaje de primerísima importancia. Entre los

batallones alemán e italiano hay un hueco. No encontré a nadie allí, y me dispararon —había hablado alto con toda intención, para que le oyeran en toda la sala; ahora adelantó una pierna, seguro de sí mismo, y se ajustó el fusil a la espalda; colgaba de una simple cuerda, y estaba casi tan sucio de barro como las botas que el joven frotaba entre sí ahora.

—¿Le conoces? —preguntó Werner, y tomó un trago de whisky.

—No sé su nombre. Pero sé que está buscando el Moscova perdido aquí, junto al Manzanares.

—¿Ruso blanco?

—Sí, de París. Era clérigo. Ahora se califica de marxista. —Seguro que lo toma muy en serio. Correrá a cualquier fuego que le ordenen.

—Parece valiente.

—Al contrario que sus antepasados.

Albert guardó silencio. El reproche le parecía injustificado. Los Cien Negros eran valientes. Hasta los mercenarios de Koltschak escalaron montañas, cruzaron desiertos, fueron durante meses el terror de los rusos. Y la marcha a través de Siberia, esa espantosa marcha hacia la muerte blanca de las nubes de nieve... todos esos no eran tan cobardes. Vio al ruso blanco entrar al cuarto del general. ¡Lo consiguió! Tengo que fijarme más en él. Del rincón vino el grito del telefonista:

—Hola, hola, aquí el estado mayor; Once, Doce y Sector. ¿Con quién quieres hablar? Sí, también Doce. ¿El comisario? No está aquí. No, espera.

Albert se había puesto en pie de un salto, y cogió el teléfono.

—Es la Ciudad Universitaria —dijo el telefonista, y le hizo sitio. Albert oyó una voz excitada entre muchos ruidos:

—Aquí el comisario de los franceses. No garantizo nada. Ese Hektis, ese comandante, es imposible. Doy órdenes y él las revoca. Tranquilizo a la gente y él la subleva. No sé si está borracho. En cualquier caso, declino toda responsabilidad.

—¿Cuánta gente hay en la habitación desde la que estás hablando? —preguntó Albert. Oyó el titubeo al otro lado; el hombre había entendido lo que Albert le reprochaba; las disputas entre mandos tenían que tratarse con más discreción.

—¿Por qué? —dijo entonces la voz, malhumorada—, la segunda compañía y el relevo de la cuarta... —de pronto la voz desapareció, pero regresó, poco clara y presa de enorme irritación, y ya no hablaba con Albert—: ¿Qué significa esto? ¡Estoy hablando! ¡No vas a quitarme el auricular! ¡Soy el comisario!

Albert apretó el auricular contra el oído:

—Hola, hola —oyó entonces. Reconoció la voz de Hektis—: ¿Puedo hablar con el jefe de la brigada?

—En este momento está ocupado, teniente Hektis —dijo Albert con calma; de pronto se le ocurrió la solución—: El general le ruega que se presente dentro de media hora para rendir informe. Enviaré un lugarteniente. ¡Salud!

—Cerdo —dijo, y colgó el teléfono. Voy enseguida a ver al general.

—Eso sería tu debut como comisario —dijo Werner, pero Albert ya había desaparecido detrás de la puerta.

Albert encontró la sala llena de militares. No todos tenían uniformes aún. Sin que se supiera fuera, los tres estados mayores se habían reunido en una habitación. Estaban en pie al borde de una gran mesa redonda, y estudiaban un mapa débilmente iluminado por dos candelabros. Al principio, Albert se mantuvo en la penumbra, junto a la pared; decidió esperar.

Los tres jefes a los que ahora distinguía seguían el compás de un jefe de estado mayor que medía el mapa. Hablaron de ataques de flanco en la Casa de Campo, de rodear un bloque rojo, de asaltos contra la granja de pollos. Albert no estuvo escuchando mucho tiempo, de pronto uno de los hombres le dejó libre la vista de la mesa y Albert pudo ver el mapa sobre el que aquellos hombres trabajaban.

Su mirada se quedó prendida enseguida en la mancha roja que representaba la ciudad de Madrid. Le parecía como un corazón. Estaba allí, encima de la mesa, y parecía latir cuando el viento sacudía los postigos cerrados y soplabá ligeramente por la estancia. Entonces el corazón se hinchaba, y uno de los recios hombres armados lo alisaba con la mano, como si quisiera tranquilizarlo.

Albert sintió latir su propio corazón. Vio el plano de las casas de las que venía; uno de los generales estaba recorriendo precisamente la línea de la Ciudad Universi-

taria, y luego volvió a poner pesadamente la palma de la mano sobre la ciudad.

Allí había ardido la pequeña batalla aquella noche; allí había estado el dique, el dique de los internacionales. Y allí, en ese corazón rojo, cientos de miles de niños oían durante su sueño el traqueteo de los mortales juguetes, y ahora, cuando los ruidos habían cesado, cien mil hombres cerraban tranquilizados las ventanas. Y mucho más allá de la gran ciudad, en todos los pueblos y ciudades de la España republicana, se había vuelto a ganar un día. Y más lejos aún, en los países de Europa, se contaban los unos a los otros: ¡Resiste! ¡La ciudad resiste! ¡Se ha levantado el dique de los internacionales, y el dique es firme! Albert vio una nota delante de él; la cogió, reconoció la letra del general y leyó: “¿Está todo en orden ahí delante? Paul”.

Miró detrás de sí, vio el tosco rostro del joven ruso blanco y miró, más allá, al general, que le hacía una seña amistosa por encima de los oficiales. El general tenía un rostro redondo, ojos claros sombreados por espesas cejas, una boca carnosa de cuyo labio superior brotaba un bigote duro y recortado. El cabello estaba peinado hacia atrás sobre la frente. Cuando volvió a inclinarse sobre el mapa, en la raíz de su nariz aparecieron profundas arrugas, que dieron al rostro normalmente alegre algo así como ira infantil. Albert había estado mirándolo con benevolencia, sólo entonces se dio cuenta de que tenía algo que pedirle. Cogió su lápiz, arrancó una hoja de su bloc y escribió:

1) Ataque a las 10:30 hasta cerca de las 11. Respondido con calma. 2) Una MG dañada, enviada a reparar de inmediato. 3) Gran confusión debida a munición de distinto calibre. Lo mando regular por especialistas. 4) Pérdidas: dos muertos, ocho heridos. 5) El servicio sanitario funciona. El doctor Werner es modélico. Trajo compañeros de entre las líneas. Titubeó: ¿Debía mencionar al comandante? ¿Cómo no iba a mencionarlo? Pero, por escrito, representaba una injerencia en los derechos militares. Ésta era la primera auténtica conversación de trabajo con el general. Si le ofendo, me costará mucho trabajo para corregir esa primera impresión.

—¿Listo? —preguntó el joven ruso desde atrás.

Albert negó con la cabeza, furioso. Le disgustaba que el muchacho tuviera permiso para estar allí. No se cambia tan rápido de la emigración blanca a la intimidad del estado mayor rojo. Eso también lo escribiré. Quizá incluso ahora.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al mensajero del general.

—Mischka.

Albert se volvió un poco; el lápiz se deslizó sin titubeos sobre el papel:

6) Recomendando relevar a Mischka de sus servicios. El jefe del sector podría reprocharnos falta de celo. 7) Ruego que se permita al comandante del segundo batallón comparecer aquí; para rendir informe; por favor, determinar lugarteniente para la noche para llevarlo conmigo. ¡Salud!

Dobló la nota en presencia de Mischka. Puede ser que esto sea injusto contigo. Pero tampoco te va a suponer la ruina. Y no advertirás nada cuando regreses de tus patrullas. No más que lo que tu propia inteligencia te diga. Ve y trae una buena respuesta. Todo será una escuela para ti. Para el país que anhelas.

Mischka no tardó en regresar. En una nueva nota ponía: De acuerdo en todo. Pero: 1) De la munición se encargará el camarada Seville. Ha sido nombrado para eso. 2) Investigar por qué las MG resultaron dañadas. 3) No disparar tanto. 4) Al médico no se le ha perdido nada entre las líneas. 5) Mischka es un bravo muchacho. Puede quedarse. 6) Hektis se queda. El segundo batallón es una mierda. 7) Vete a dormir. Tienes que estar cansado. Paul. Albert miró la nota sin saber si echarse a reír o ponerse furioso. Pero de pronto no quedó en él más que un plúmbeo cansancio; sus miembros estaban paralizados, como si estuviera bebido.

Se guardó el papel en el bolsillo y abandonó en silencio la habitación, algo inseguro, como un boxeador sonado. Werner le esperaba en la antesala:

—Bueno, ¿qué tal el debut?

Albert sacó la nota del bolsillo y se la dio a Werner. Bajó los parpados mientras murmuraba:

—De acuerdo en todo —luego alzó los párpados y preguntó con terca gravedad—: ¿No necesitarás un camillero?

Werner le pasó fraternalmente el brazo por los hombros y dijo, sonriente:

—Esta noche me sobra una cama para ti en el hospital, mi comisario.

Ya era pleno día cuando Werner entró al cuarto de Albert. Albert tenía en la mano el bloc de notas del belga.

—Puedes seguir leyendo —dijo Werner—, acaba de morir.

Albert cerró el bloc, sobresaltado.

—Aún no había empezado.

Dejó el librito sobre la colcha, delante de él. Le parecía como si ahora la muerte le obligara a una total discreción, pero Werner cogió el librito y se sentó en la cama.

—Es flamenco —dijo.

—Sí —dijo Albert—, y ése era el motivo por el que aquel asno sospechaba de él.

—Déjalo, parece suficientemente castigado.

—Este pobre hablaba en francés y escribía en flamenco. ¿Crees que sospechaba de él por antisemitismo? Werner no respondió, y Albert tampoco le molestó más. Se volvió en su cama y miró el paisaje. La escarcha pendía de los pelados árboles; un pájaro se posó en una rama y se quedó allí con las patas muy abiertas. Luego, canturreó en dirección al sótano del edificio. Ya no te oye, pensó Albert. Ya no ve el árbol, ni la escarcha, ni el cielo, el frío eterno le ha tocado el corazón a través de la sábana blanca. Y dentro de poco ya nadie pensará en él. ¿Cómo se sabe que tenemos parientes? ¿Acaso se podía decir? ¿No eran en principio, ilegales todos los voluntarios? Inquietante pensamiento. Ya no se podía decir en público que uno quería morir por sus ideas. ¿Se era

soldado sólo como un desarraigado, a vida o muerte? El enemigo ya no podía saber en calidad de qué gritaban los batallones desde sus fusiles y cañones. Por lo demás, tampoco nada estaba organizado para confeccionar cuidadosamente las listas de pérdidas.

Albert se acercó a la silla donde estaba su bloc de notas: por lo menos, había que empezar un archivo para más adelante.

Escribió en su libro: “28 de noviembre, el flamenco Veetschmaar murió de las heridas recibidas al rescatar heridos. Determinar edad, estado civil, parientes. Comunicar a la base. ¡Problema de la publicación de nuestras pérdidas! Delegación del frente para el entierro. Comunicar a las organizaciones de la ciudad. Fotógrafo para hacer una toma de la tumba. Si hay flores, corona”.

—¿Quieres escuchar? —dijo Werner con voz vibrante. No esperó la respuesta y tradujo del librito—: “15 de noviembre, Ciudad Universitaria... comprenderás que te diga que nunca he estado tan contento. Ahora sé a quién debo escribir, y tú lo leerás todo. Cuando dispararon por primera vez tuve mucho miedo, pero volví a pensar en ti, y me sentí un poco mejor. Cuando trajeron los primeros heridos hasta la puerta se me revolvió el estómago, lo había imaginado de una manera totalmente distinta. Es espantoso, y nunca deberías ver y vivir una cosa así, amada mía. La única. Fue una suerte que todos tuvieran quehacer y no se ocuparan de mí. Fui a uno de los muchos sótanos, donde estaba más oscuro, y esperé que se me pasara. Y se me pasó, sin que nadie me viera en mi miseria. Por primera vez en mi vida, estaba

contento de estar completamente solo. Porque no quería empezar así la guerra contra los fascistas. Y también estuvo bien que tú no estuvieras. Debes estarlo cuando disparo, cuando me lanzo al asalto, cuando el enemigo está delante y estoy clavado en el saco terrero y siento que ahora mido 1.70. Te escribo todas las posiciones y los nombres de las batallas y los pocos metros que nos separan del enemigo, y luego los compararemos con el mapa. Por la noche, cuando la lámpara esté encendida y tú lo hayas recogido todo.

16 de noviembre. Tampoco tú me eres dada. Primero tengo que hacer un sacrificio. Enseguida entenderás lo que quiero decir. Que te escribiera ayer, cuando estaba completamente solo, tiene su sentido. He tenido miedo a la gente durante veinte años, estaba en cualquier sitio y sabía que ocurriría algo, que entonces todos los judíos se darían cuenta. No me gustaba estar entre la gente, ni en las tiendas en que te sacan el dinero ni entre la masa, en la que hay tantos y nadie tiene rostro para ti, pero me sentaba en el puerto de Amberes, donde la gente subía la pasarela y no volvía; y cuando eran muchos los que subían pensaba: ahora este país se vaciará, y las cosas mejorarán. Y entonces, hace tres años y medio, un hombre de Alemania vino a la pensión, se sentó a la mesa y no tocó la sopa, y entonces lo supe: ha llegado el día. Por la noche lo contó, y al día siguiente se fue. Y desde ese momento espero. Tú me comprenderás: pienso que todos tendrían que darse cuenta, y miro más los rostros, pero aún no se dan cuenta de nada. Llevo los paquetes al correo, y hay una carta para Alemania, así que escribo

encima y les pregunto si no se dan cuenta. Hasta este septiembre. Entonces aquí abajo ya había guerra, y oigo que en la oficina hablan de ella, pero nadie dice la verdad. Por la noche, en casa, vuelve a venir un hombre, no habla, pero come y come. Y cuando se hizo tarde, se fue con la patrona a su cuarto, que está junto al mío. Escucho y ya no puedo apartar la oreja de la pared, y él cuenta que viene de Polonia, sin dinero y sin billete. En una exposición de trenes en Varsovia, ha estado estudiando cómo esconderse bajo los vagones y así ha venido, atravesando toda Alemania, un auténtico judío, hasta aquí, y quiere seguir ruta hacia la guerra de España. Adivinarás que me fui con él, pero nos separaron en el cuartel de Albacete. Se fue con los polacos. Así que volvería a estar solo si no te tuviera a ti. Pero ellos no quieren que sea tan fácil.

Hay un alsaciano que se fija en mí cuando escribo, y ayer pretende que se lo enseñe. Desde entonces dice que escribo para la policía. ¡Cuánto nos reiremos cuando lo leamos más adelante! La policía, que me ha echado del país, que me ha echado de la fábrica, de la oficina, del rincón en que dormía en el puerto, del metro y de la cárcel...”

Werner guardó silencio. Fuera se oyó el canto de un pájaro. Un viento helado sacudió las ventanas.

—Vamos a visitarle —dijo Albert.

Cuando bajaban la escalera del sótano, de pronto, Werner sujetó a Albert por el brazo:

—Aún tengo que decirte algo.

Albert se detuvo. De abajo venía un olor a yodo y a cal húmeda.

—La muchacha a la que escribe no existe —dijo Werner.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba escrito en la tapa del libro.

Cuando, en el sótano, se detuvieron ante la camilla, los dos titubearon antes de alzar la sábana que cubría por entero al pequeño judío. Les pareció que iban a molestarle.

La guerra de España

Ludwig Renn

La formación del batallón Thälmann
6 al 11 de noviembre de 1936

Al día siguiente, 6 de noviembre, nos dirigimos desde Cuenca hacia el sur, apretujados en el cochecito con todas nuestras cosas, y a mediodía llegamos a Albacete. Allí, las calles estaban llenas de vehículos y de gente.

Paramos en un restaurante a tomar algo de comer. En la mesa de al lado, dos jóvenes rubios conversaban en danés. Gerda Grepp se dirigió a ellos y se enteró de que la Centuria Thälmann había sufrido graves pérdidas en los últimos combates. Su jefe, Hermann, estaba gravemente herido, el comisario político enfermo. Ahora los restos de la Centuria estaban camino de Albacete, tal vez ya llegaran mañana mismo. De Francia no dejaban de llegar alemanes. Junto con ellos, la Centuria se iba a transformar en un segundo batallón alemán.

—¿Segundo batallón? —pregunté. ¿Es que hay un primero?

—El primero se fue a Madrid, hace tres días. Cuando las cosas se pusieron peligrosas allí los enviaron de inmediato, junto con un batallón francés y otro más. Los tres forman la XI Brigada. Aquí se está formando una segunda Brigada Internacional.

Entretanto, también Gebser se había enterado de algo importante: allí estaba André Marty, el hombre de la insurrección de la flota francesa frente a Odessa, al comienzo de la guerra civil rusa. Desde entonces, en Francia era el gran héroe para todos los revolucionarios. Ahora se ocupaba, en nombre de la Komintern, de los asuntos de los comunistas extranjeros en España.

Yo no quería ir a Valencia, donde se había trasladado el Gobierno republicano, sino hablar primero con André Marty.

Después de la comida buscamos un alojamiento en la ciudad repleta de refugiados. Encontré un cuarto en la casa de huéspedes del Gobernador. Luego salí a buscar a André Marty.

Cuando acababa de salir a la calle, vi que alguien me hacía señas con la mano desde la acera de enfrente. Al principio pensé que no era a mí, pero luego reconocí a Ángel Pestaña, mi jefe. Así que me había sido tan infiel como yo a él.

Me escurrí entre los coches y llegué a su altura. Estaba encorvado y parecía muy cansado. Me habían dicho que estaba seriamente enfermo.

—Quiero hablar con André Marty —dije— y, si se dan las circunstancias, alistarme en las Brigadas

Sólo después de haberlo dicho me di cuenta de que primero tenía que haberle explicado mi marcha de Madrid. Pero él pareció considerarla evidente, y respondió:

—Probablemente todas sus instrucciones para las milicias no se impriman.

Sorprendido, pregunté:

—¿Por qué no?

—Ahora tengo otras obligaciones —respondió él, con un cansado movimiento de su larga y delgadísima mano.

Me despedí, casi ausente. ¡Así que todas las molestias que me había tomado en el Ministerio de Propaganda habían sido para nada! ¡Al menos habría podido ir al frente, cuando el de Hamburgo y los dos españoles quisieron llevarme en su moto!

¡Qué decepción!

André Marty vivía un poco a las afueras, en un gran chalet. Entré y me preguntaron en francés a quién quería ver. Marty acababa de salir. —¿Puedo hablar con alguna otra persona?

—No sé si su jefe de estado mayor, el mayor Vidal, tendrá tiempo —el portero entró en una habitación, y salió enseguida con un hombre delgado, de aspecto muy agradable, que me contempló con seriedad y preguntó en francés:

—¿Qué desea?

—Soy Ludwig Renn, y...

—¡Ah, Renn! —exclamó él, y pasó el brazo por

debajo del mío. ¡Tenemos que llevarte enseguida a ver al mayor Vidal!

Conversando amablemente, me llevó a una estancia en la que, detrás de un escritorio, se sentaba un hombre que me miró con viveza y frialdad al mismo tiempo.

El otro explicó quién era yo.

—André Marty —dijo Vidal— está muy ocupado hoy. Es mejor que vuelvas al atardecer.

Yo aún tenía unas cuantas preguntas, pero su trato era tan parco y cortante que me fui.

En la antesala, le dije al amable francés que me había presentado: —¿Puedes darme alguna información? —Cómo no.

—He oído que hace tres días un batallón alemán ha salido hacia Madrid.

—Sí, el batallón Edgar André. Por otra parte, no entiendo por qué un batallón alemán se ha dado ese nombre francés.

—Edgar André no era francés, sino belga. En Hamburgo, se hizo completamente alemán. Allí fue líder del proletariado revolucionario, y muy querido en toda Alemania. Por eso los nazis lo ejecutaron, tras un proceso con testigos falsos. Pero hasta el último momento se mantuvo firme, aunque lo torturaron del modo más espantoso... Pero dime, ¿quién es el jefe de ese batallón Edgar André?

—Hans Kahle.

—¡Vaya! —dijo yo.

—¿Lo conoces?

—Naturalmente. En Berlín era editor de una revista radiofónica. Tenía los programas normales de radio y, salpicados entre ellos, artículos comunistas muy buenos. Yo estuve en esa revista, y además ambos estuvimos en la Alianza de Combatientes del Frente Rojo.

—¡El Frente Rojo! —exclamó el francés. Hemos oído hablar de él.

—Aún tengo otra cosa en común con Hans Kahle. Él fue, como yo, oficial en activo en el viejo ejército alemán.

—Los franceses tenemos un caso parecido con el mayor Dumont. Es el comandante del batallón Commune de París, que ha salido hacia Madrid junto con el Edgar André bajo el mando del general Kléber. Hans y Dumont se enteraron aquí, en esta casa, la primera noche, de que los dos se habían enfrentado en la Guerra Mundial, ambos como jefes de compañía. ¡Fue sensacional! ¡Regaron la alianza entre el batallón francés y el alemán con abundante vino español!

Mientras aún estábamos hablando entró un hombre mayor, que llevaba una boina extrañamente grande. Me miró con sus grises ojos y estuvo a punto de pasar de largo. Me di cuenta enseguida de que tenía que ser André Marty.

—Soy Ludwig Renn —dije—. ¿Puedo tratar contigo un asunto urgente?

—Sí, pero deprisa —entró en su cuarto, y yo le seguí.

—Camarada Marty —dije—, en el Ministerio de

Propaganda, en Madrid, estuve redactando unas instrucciones para el comportamiento en combate de los milicianos. Ahora mi actividad ha terminado, y no sé si ha sido adecuado venir aquí.

—Sí que lo ha sido. Te necesitaremos. Pero ahora no tengo tiempo. Volveremos a vernos aquí mañana temprano.

Al día siguiente entré, lleno de expectativas, en el cuartel general de Marty. Cuando estaba subiendo la escalera, alguien vino corriendo tras de mí. Era el amable francés del día anterior:

—¿Te has enterado? —exclamó. ¡La XI Brigada ha sido lanzada al contraataque, y ha hecho retroceder un buen trecho a los fascistas! ¡Es grandioso! ¡Madrid no ha caído, y ahora esta victoria! —me sonrió con cordialidad. Espero que en los próximos días volvamos a tener buenas noticias.

Arriba, encontré en un cuarto al general Lukác. Se precipitó a mi encuentro, hizo un guiño con sus alegres ojos azules y dijo:

—Trabajaremos juntos. Estoy haciendo el estado mayor, y tú vas a formar parte de él. Cuando hayan llegado todos los voluntarios alemanes, te harás cargo del segundo batallón.

Sorprendido, pregunté:

—Pero, ¿no eres el jefe del ejército guerrillero? Miró al suelo:

—Largo Caballero no lo autoriza. No quiere armar a los campesinos, en general está en contra de la revolución campesina.

—Pero... —exclamé— eso es... —estuve a punto de decir: traición a la causa de la República, pero me reprimí y dije con vehemencia—: ¿Cómo se puede hacer la guerra en serio sin una fuerza tan importante como el campesino hambriento de tierra? Los fascistas no son tan selectivos. ¡No dejan de traer moros de África, porque no tienen suficientes adeptos entre el pueblo español! ¡Incluso piden ayuda a los italianos de Mussolini y los nazis alemanes, aunque saben que sólo vendrán para no volver a irse nunca del país!

Lukác z guardó silencio, y yo pensé con desesperación: Siempre que ocurre algo erróneo o peligroso, aparece el nombre de Largo Caballero.

—Es un viejo defecto de los socialdemócratas —dijo el general—, despreciar las exigencias de los campesinos. Ese también fue uno de los errores de la República Soviética Húngara, después de la Gran Guerra.

E incluso sucumbió por eso, pensé yo. Lenin llamó por teléfono a Béla Kún desde Moscú y le dijo que no debía olvidar lo que habían acordado. Se refería a la cuestión campesina. Pero no lo dije en voz alta. Porque sin duda Lukác z lo sabía incluso mejor que yo. André Marty entró y nos invitó a comer. En el comedor, se sentaban en torno a la gran mesa el inglés Cockburn, la noruega Gerda, un húngaro, un americano y un alemán. El resto eran franceses y españoles.

Después de comer, Lukác z me llevó en su coche a un pueblo, a inspeccionar el batallón italiano Gari-

baldi. Al pie de un árbol nos esperaba un grupo de personas, llamativamente grande, vestidos con cortas cazadoras amarillas forradas de piel de cordero. Se supone que eran un regalo soviético a los oficiales de las Brigadas Internacionales.

El más alto de los oficiales italianos se presentó a sí mismo como Pacciardi. Yo ya había oído hablar de él. Era abogado y demócrata de izquierda.

El batallón Garibaldi recibió del jefe de estado mayor Vidal una orden de combate para asaltar una cota. Los oficiales dieron bien las órdenes, y las compañías se desplegaron con habilidad. ¡Eso era una tropa competente!

Entretanto, también Hans Beimler había llegado a Albacete, y al día siguiente deliberamos acerca de cómo estructurar el nuevo batallón alemán. Beimler sería comisario político, y yo el jefe del batallón. En medio de la conversación, que acabábamos de empezar, apareció un francés que me dijo que el general Kléber quería hablar conmigo. Para ello, debía ir enseguida al cuartel general de André Marty y allí esperar un coche que me llevaría a Madrid, junto a Kléber.

Le dije a Beimler:

—¿A qué viene esto? ¡Tengo un batallón que montar aquí, sin duda es más importante! Pero Beimler respondió:

—¡Ve a Madrid! Él tendrá sus motivos.

Así que fui al cuartel general de las Brigadas Internacionales y esperé al coche. Cuando habían pasado dos horas, me pidieron que subiera a comer.

Luego esperé con creciente impaciencia. Por fin, al atardecer, vino un coche con los cristales rotos.

Apenas habíamos partido cuando empezó a llover con fuerza, y el agua fustigaba el interior del vehículo. Me encogí en un rincón, pero a la larga me quedé empapado. Seguro que en el asiento delantero se iba mejor, pero junto al conductor iba un hombre de escolta armado con un fusil. La carretera de Madrid estaba considerada poco segura, porque había un trecho en que los anarquistas controlaban los coches y entre ellos se había infiltrado toda clase de gente dudosa. Los dos españoles eran tipos alegres y amigables. En los primeros controles de carretera el examen de los documentos se les hizo demasiado largo, así que en el siguiente, a la pregunta de quién iba en el coche, respondieron:

—Un oficial ruso.

El hombre que había fuera levantó su linterna y me enfocó el rostro. Probablemente pensó: la verdad es que tiene una pinta nada española. ¿Así son los rusos? Sea como fuere me dijo, con una voz salida de lo más profundo del pecho:

—¡Salud!

Y nos dejó seguir.

Los españoles rieron ante el éxito, y en el siguiente control repitieron: —Un oficial ruso.

Pero esta vez tuvo otro efecto. El controlador hizo salir enseguida a toda la guardia en medio de la lluvia, y discutieron algo. Luego vinieron al coche y me pidieron que tomara un vino con ellos.

Eso no me venía bien, porque nos hacía perder más tiempo que un examen concienzudo de los papeles. Pero naturalmente tuve que acceder. Nos sentamos en un pequeño cuarto de guardia, iluminados por una débil luz, y bebimos en silencio. Tanto ellos como yo sonreíamos cuando nuestras miradas se encontraban. Fue, a pesar del sencillez entorno, un acto de gran ceremonialidad, dirigido en realidad a la Unión Soviética. Sabía que no duraría mucho, porque el español del pueblo bebe poco.

Luego, regresamos a la noche. Con mis ropas mojadas y el viento de la marcha, hacía tanto frío que no cabía pensar en dormir. Debido a la sensación de humedad, el camino y sus curvas se me hicieron especialmente largos. Cuando aparecían casas, eran de un gris parduzco y desoladas. Al amanecer llegamos a un suburbio de Madrid y nos detuvimos ante una casa, el cuartel del general Kléber. Por el momento, aún dormía todo el mundo.

Al cabo de un rato me dijeron que el jefe de estado mayor de Kléber, un coronel francés, vendría enseguida. Ahí estaba, fresco y bien afeitado. Me sentí mal afeitado y sucio.

El coronel se inclinó en un leve y amable saludo:

—Por desgracia el general aún no está. Probablemente ha pasado la noche en el frente. Pero puedo invitarte a desayunar. He oído que tu coche no está bien. Enseguida se ocuparán de eso.

Me llevó a una mesa bien servida, y el café me hizo despertar un poco del cansancio. Luego nos sen-

tamos y charlamos. Me mostró los periódicos más recientes. Estaban llenos de noticias de la XI Brigada y del general Kléber, que, desconocido aún hacía una semana, se había convertido en el hombre más popular de España. No había obtenido una victoria en los periódicos, sino una real, y eso entusiasmaba a Madrid.

Llamaron al teléfono al coronel en un par de ocasiones, y luego me dijo:

—El general Kléber te ruega que te reúnas con él en el frente. Pondré un coche a tu disposición, porque el tuyo aún no está en condiciones... ¡vaya un coche asqueroso! ¿No has pasado frío en esta noche de lluvia?

—Sobre todo, sigo empapado.

Iba a dirigirme a la puerta cuando entró Hans Beimler. También a él lo habían llamado a Madrid, y ahora íbamos juntos por la ciudad, pasando ante el cine Capitol con su gigantesco cartel de Los marinos de Kronstadt. Otra vez había delante de él una larga y retorcida cola de personas que querían ver la película.

Luego, el coche fue hacia el Norte. A la derecha, pronto aparecieron los grandes edificios de la inacabada Ciudad Universitaria.

—¡Mira ahí! —le dije a Beimler. ¿Qué significa eso? Junto a la carretera hay una línea de tiradores, como si estuviéramos en primera línea.

Beimler dijo:

—No puede ser. El tráfico pasa justo detrás.

En cualquier caso, teníamos que preguntar dónde se encontraba el general Kléber. Tenía que estar en alguna parte. Así que mandé parar el coche, bajé y pregunté con mi poco español a uno de los milicianos:

—Oye, ¿esto es primera línea?

—Sí —respondió él.

A pesar de mi sospecha de que así era, la información me sorprendió tanto que traté de confirmarla y seguí preguntando:

—¿Y dónde están los fascistas? Señaló hacia los árboles al fondo:

—Allí, junto al Manzanares.

Pensé en preguntarle si lo habían cruzado ya, pero no sabía las palabras para hacerlo, así que le aclaré mi pregunta más bien por señas.

Él reflexionó, y luego dijo.

—No lo sé.

—¿Sabes dónde está el general Kléber?

—No.

¿Qué hacer? Los coches pasaban de largo ante nosotros. ¿Tendrían sus conductores una idea de que por allí discurría la primera línea del frente?

Seguimos avanzando con lentitud. A la derecha estaba uno de los grandes edificios de la Ciudad Universitaria. De pronto, tuvimos que parar. Un grupo de milicianos salió hacia la derecha desde el borde izquierdo de la carretera y se atravesó delante del coche. ¿Estarían dejando sus posiciones? Realmente iban en dirección a los edificios. Aquello me irritó

profundamente, mientras Beimler seguía sentado en el coche con toda tranquilidad. Durante la Gran Guerra había sido marinero, y tal vez no entendía lo que estaba pasando. Tampoco el conductor lo comprendía. Cuando los milicianos se apartaron y dejaron de cortarnos el paso, siguió su camino con la más calmada de las expresiones, a lo largo del frente. Yo miré a los milicianos que se retiraban sin razón. ¿Es que no se daban cuenta de lo que estaban haciendo?

Entonces vi a un hombre alto y ancho de hombros, vestido de uniforme entre los milicianos. Trataba de contenerlos, con amplios movimientos de los brazos. Al parecer era un general... ¿el propio Kléber? Los milicianos se dejaron contener y volvieron al lado izquierdo de la carretera. Pero el general regresó al edificio.

—Voy a hablar con él —le dije a Beimler, y fui rápidamente hacia el hombre. Me había visto enseñada, y esperó.

—¿General Kléber?

—Sí —respondió en alemán—. ¿Es usted Ludwig Renn?... Te necesito ahora mismo. En este momento mi batallón francés Commune de París está sin jefe. ¿Hablas francés? —se volvió a un capitán alto y entrado en años y dijo—: Camarada, llévatelo e indícale la posición. Por el momento mandará vuestro batallón.

Beimler me había seguido. Parecía confuso ante unos acontecimientos que tampoco a mí me resulta-

ban del todo comprensibles, y dijo:

—Me voy al Quinto Regimiento.

—Camarada —dijo al capitán francés—, soy el jefe del segundo batallón alemán de Albacete, que estoy alistando. No entiendo lo que tengo que hacer aquí.

—Has visto que los anarquistas estaban retrocediendo —respondió. El propio general Kléber tuvo que contenerlos. En momentos así hay que hacer lo que se pueda. El mayor Dumont, el jefe de nuestro batallón, no está, así que tendrás que hacerte cargo.

—¿Cómo es que no está? —pregunté, y lamenté la pregunta enseguida, porque vi en el rostro del capitán que no quería contestarla. Como alemán, naturalmente tenía que tener un tacto especial con el batallón francés. Por eso me apresuré a preguntar—: ¿Dónde están las compañías?

El mediodía y la tarde se fueron en tomar contacto con todas las compañías y jefes de columna y en inspeccionar la posición, muy primitiva, que enlazaba por la derecha con la de los anarquistas, que volvían a estar inactivos junto a la carretera mientras los franceses cavaban trincheras. Luego me dirigí al gran edificio en el que había estado la Facultad de Filosofía y Letras. Allí dicté al oficinista del batallón las medidas para esa noche. Ya anohecía cuando el general Kléber apareció en la puerta:

—¿Vienes? El mayor Dumont ha vuelto.

Al principio me quedé sin habla. Luego pensé: ¿Habéis inventado toda la historia de la ausencia del

5 autores de lengua alemana en México
mayor Dumont para poner a prueba mis capacidades militares? Pero, ¿se separa a un jefe de sus tropas en el momento en que ha de organizarlas?

Cuando estuvimos en el coche, Kléber dijo:

—Vamos al Quinto Regimiento, comeremos allí.

Estuvo muy locuaz, mientras a mí me abrumbaba el cansancio. Después de la noche en vela, había tenido que hacer grandes esfuerzos en el batallón francés para acordarme de todos los nombres de los oficiales. Entramos a una sala tan sólo a medias iluminada. En ella se sentaba mucha gente a las mesas, en parte medio uniformada, en parte con insignias de comisario político en los trajes.

Mientras comíamos, le dieron un papel a Kléber. Lo leyó y se volvió hacia mí:

—André Marty ha telefoneado que tienes que volver enseguida a Albacete y presentarte a su estado mayor.

Emprendí el viaje de vuelta, otra vez de noche y otra vez en el coche sin cristales. No llovía, pero me castañeteaban los dientes de frío, y no cabía pensar en dormir. Cuando me preguntaron algo en un control, al pasar por un pueblo, me di cuenta de que tenía una fuerte ronquera.

Por fin amaneció un día sombrío, y nos acercamos a Albacete. En el cuartel general de André Marty no había ni un oficinista, y me senté en un sillón de brazos en el comedor para dormir un poco. Pero las dos noches pasadas en vela me habían agotado demasiado como para encontrar el sueño, una inquietud

tud torturante me hacía abrir los ojos una y otra vez. Cuando por fin la casa despertó y Marty bajó a desayunar, dijo:

—El general Lukác z quiere hablar contigo. Está de camino. Volví a esperar a Lukác z, que no apareció en toda la mañana, hasta el mediodía.

—¡Ah, aquí estás! —exclamó alegremente.

Aquello me irritó, y dije a duras penas:

—Sí, después de haberme movido dos noches por una estupidez, vuelvo a estar aquí. Habría sido más razonable dejarme organizar mi batallón, en vez de hacerme pasar el rato esperando en estados mayores.

—Sí, el batallón —dijo Lukác z—. Nos encontramos en estado de alarma. La noche pasada los anarquistas retrocedieron ante la Ciudad Universitaria, y Madrid vuelve a estar en extremo peligro de verse aislado. Aún estamos formando la XII Brigada Internacional. El primer batallón, el alemán, lo mandarás tú, el segundo, el italiano, Pacciardi. Para el tercero, el franco-belga, aún no se ha encontrado ningún jefe. Tenemos que vestir a las tropas y darles armas. Por la noche os iréis a Madrid en tren... Ah sí, una cosa más: ¿Hasta qué punto sabe disparar tu gente?

—Podría responder a eso si los hubiera visto. Incomprensiblemente, en este momento también me han quitado a mi comisario político, Hans Beimler... ¿Puedo saber al menos dónde se encuentra mi batallón?

—En el cuartel, hasta donde yo sé.

La gente aún andaba por el comedor, esperando la comida. Pero, ¿podía yo esperar tanto tiempo, cuanto tenía la casi insoluble tarea de organizar un batallón antes de la noche? Cogí un trozo de pan de la mesa y me lo guardé. Luego salí corriendo y pregunté por el cuartel, un gran edificio de dos plantas por cuyas puertas entraban y salían masas de personas. Me encontré a un joven alemán que había sido intérprete del Partido Socialista Unificado en Barcelona.

—Gracias a Dios —dijo— que has venido. Louis Schuster, que por el momento hace de comisario político hasta que vuelva Beimler, no sabe por dónde empezar. ¡Es demasiado para él solo!

Yo grité:

—Llévame enseguida con él.

Subimos una escalera entre mucha gente y entramos a una sala que, como todas, estaba abierta y llena de gente.

—¡Aquí no puede entrar nadie! —gritó ásperamente alguien en alemán. ¡Soy el jefe del batallón!

El otro gruñó algo, mientras un hombre robusto de mediana edad se daba la vuelta. En sus ojos había algo que inspiraba confianza. Me tendió la mano:

—Soy Louis Schuster. ¡Tienes que echarme una mano! Tenemos que partir hoy con el batallón y ni siquiera hemos designado los jefes de compañía. Todo está sin organizar.

Yo había supuesto, involuntariamente, que por lo menos las compañías ya estaban formadas. ¿Por dónde empezar?

—¿En qué parte del cuartel —pregunté— está nuestra gente?

Schuster respondió:

—¡Si al menos pudiera hablar con los voluntarios! Pero una parte son polacos, otra húngaros o eslovenos. También tenemos ingleses, y todos los sanitarios hablan únicamente francés.

—Pero, ¿no era un batallón alemán? —pregunté.

—Ni siquiera la mitad son alemanes.

—¿Y no hay nadie allí que conozca al menos a los alemanes, alguien de la Centuria Thalmann?

—Sí, hay uno, y probablemente entre en consideración como jefe de compañía.

—Vamos —dije— a reunir a todos los jefes, políticos o lo que sea, de los grupos nacionales de nuestro batallón. Las nacionalidades tendrán que agruparse por sí mismas.

Mientras enviaban a alguien, decidimos llamarnos Batallón Thalmann.

Entonces entró un hombre, muy excitado, y dijo con acento vienés:

—¿Dónde está el mando del batallón? Soy el médico del batallón alemán. ¿Dónde me dan mis vendas?

Le chillé:

—Se están organizando las tropas propiamente dichas. La sanidad tendrá que organizarse sola. ¿Sabes francés, para hablar con los sanitarios?

—¡Sí sé, pero hay que ayudarme a organizar la sanidad! ¿Cómo voy a saber de dónde sacar mis vendas?

5 autores de lengua alemana en México

—Todos estamos en la misma situación. Tendrás que arreglártelas solo.

Ya había otros hablándome, y el excitado médico seguía creyendo que era el único que tenía problemas, y nos rociaba con un torrente de palabras.

—¡No me hagáis esperar aquí! —dijo impaciente un hombre entrado en años. Estoy reuniendo a los que pueden ser jefes de grupo y de columna.

—¡Bien! Pero antes dime cuántos alemanes tenemos aproximadamente, y...

Del otro lado, alguien con un dialecto muy oriental dijo:

—Aquí está el comisario político polaco.

Un hombre delgado se cuadró ante mí:

—Soy Arnold Geenes. ¿Dónde tenemos que integrarnos los ingleses? —hablaba un alemán muy puro.

—¿Cuántos sois? —dije.

—Trece hombres.

—¿Qué lenguas habláis?

—La mayoría únicamente inglés, yo también alemán.

—Entonces probablemente os asignarán a una compañía alemana. Pero primero tengo que saber el tamaño de los demás grupos nacionales. Me volví al comisario político polaco y le grité en ruso: —¿Hablas ruso?

—Sí, más o menos. Alguien terció en alemán:

—Yo soy de los yugoslavos.

Todos hablaban en tropel. Pronto resultó que tendríamos compañías más o menos del mismo tamaño si la compañía de ametralladoras era alemana, una de tiradores anglo-alemana, una polaca y la cuarta formada por yugoslavos, eslovenos, búlgaros y húngaros. Pero los eslavos y los húngaros no se entendían, y no encontrábamos ni un jefe de compañía ni un comisario político que hablara una lengua eslava y al mismo tiempo húngaro. Sólo uno tenía experiencia militar, y hablaba conmigo medio en alemán medio en ruso. Entre los alemanes había mucho desorden y cháchara, mientras los polacos se pusieron de acuerdo en todo con rapidez y seguridad.

De vez en cuando venía Arnold Geenes, hacía alguna pregunta escueta y clara y regresaba con su grupo de ingleses.

Vidal, el jefe de estado mayor de André Marty, apareció cuando los jefes de compañía acababan de dejarme, y preguntó con virulencia:

—¿Por qué no has enviado a nadie a recibir las armas?

—Porque nadie me lo ha pedido.

—¡Pues mándalos enseguida!

—¿Cuántos hombres hacen falta?

—¡Todos! —gritó, y siguió su camino.

Eso era absurdo, ¿cómo iba a enviar gente? Aún no tenía un estado mayor, y sería un error hacerlo todo uno mismo.

—Querido Louis —dije a Schuster—, tenemos que ir a las distintas compañías a organizar la recep-

ción de armas. Yo mismo iré a ver a los polacos y los balcánicos, porque puedo hablar con ellos. Luego, te ruego que escojas un ayudante para mí.

Mientras aún estábamos haciéndonos cargo de los fusiles y ametralladoras, vino un hombre del cuartel del general Lukáczy y dijo:

—Los uniformes están listos ahí abajo. Pero no son auténticos uniformes, sino monos de obrero. Debéis vestiros de inmediato.

En medio de esa enorme confusión, también tuvimos que meter nuestras ropas civiles en las maletas, rotularlas y hacer entrega de ellas.

También yo me puse uno de los llamados uniformes. El pantalón era de tela recia, pero no cálida. Y estábamos ya en noviembre, y teníamos que ir a la meseta. Felizmente, me dieron una de las chaquetas amarillas forradas de piel destinadas a los oficiales y comisarios políticos.

Llegó el atardecer. Me encontraba en el patio mirando nuestras ametralladoras cuando desde arriba empezó a resonar una voz. Alguien estaba pronunciando un discurso en francés, al que no presté oídos porque tenía cosas más urgentes que hacer.

De pronto vi a André Marty que venía corriendo por entre la multitud, seguido de Vidal y otros miembros de su estado mayor. Poco tiempo después, la voz de la galería superior enmudeció.

Nuestro traductor vino a mi encuentro y me susurró al oído:

—André Marty lo ha hecho detener.

—¿A quién? —pregunté sin interés, porque el armero acababa de constatar que la munición de las ametralladoras no era del calibre adecuado.

El traductor respondió en voz baja:

—Han detenido al jefe del batallón franco-belga. De pronto presté atención:

—¿Qué has dicho?

—Ese hombre parece haber sido un traidor. Ha estado pronunciando ahí arriba un discurso contra la partida de las brigadas. —¿Y quién es ahora el jefe del batallón francés?

—Eso no se sabe. Sólo hacía dos horas que habían nombrado al detenido.

Poco tiempo después apareció Vidal y me rugió:

—¡Has utilizado todos los uniformes! ¡Vas a darme enseguida la mitad para el batallón franco-belga!

—Cada uno de los míos ha recibido sólo un uniforme. ¡No podemos volver a desnudarlos!

—¡Los franco-belgas no tienen uniformes porque no tienen un jefe que se preocupe por eso! —desapareció en medio del tumulto, tan rápido como había venido.

—¿Estáis listos de una vez? —preguntó la voz del general Lukácz. ¡El tren ya espera!

Una hora después, el batallón Thalmann desfilaba hacia la puerta del cuartel. Hasta ahora sólo me había parecido un confuso montón. De pronto se movía en buen orden. Lo miré con alivio. Pero mi estado mayor aún no era más que un grupito de enlaces

5 autores de lengua alemana en México
de las distintas compañías, el comisario político y el intérprete al español.

En la estación había un largo tren rápido, pintado de mil colores. El batallón italiano Garibaldi había desfilado en orden correcto delante de él.

Saludé al larguirucho Pacciardi, que estaba fresco y bien afeitado. ¡Qué aspecto tenía que tener yo! Tenía las manos sucias, y sentía en el rostro la barba de tres días.

El general Lukácز también llevaba una pelliza amarilla, como todos nosotros. Se nos acercó y dijo en ruso:

—¡El batallón franco-belga aún no ha llegado! Y no sé cómo va a llegar. Ni está uniformado ni tiene un jefe. ¿Cómo se puede combatir así?

—La mayor parte de mi gente —dije yo— no ha disparado un tiro en su vida —lo repetí en francés para Pacciardi.

Ambos me miraron y no respondieron. Subimos.

Cuando me senté en el banco del tren, sentí un dolor en el coxis y me acordé de que había pasado de pie toda la tarde. Entonces me di cuenta de que aún llevaba en el bolsillo el trozo de pan que había cogido a mediodía de la mesa de André Marty. Lo mordí, pero no me supo a nada. Había soportado el hambre durante demasiado tiempo.

Me senté en un rincón y traté de dormir. Pero aún no tenía un equipo trabajando, sino tan sólo los enlaces de las compañías, sentados conmigo en el compartimento. Ahí, durante el viaje, no podía or-

ganizar nada, sobre todo cuando Louis Schuster no estaba conmigo.

Cuando el tren se puso en movimiento, los otros ya se habían dormido. No se veía nada del paisaje exterior. Me sentí solo entre mis camaradas, quizá porque sólo los conocía desde hacía unas horas. Pero había algo más. Me sorprendí haciendo una curiosa comparación. Por segunda vez, estaba en campaña. La primera había sido en 1914. Entonces era un joven teniente, elegante y descansado. La movilización y todo lo demás había sido excelente. El sargento de la compañía y los suboficiales trabajaban tan de acuerdo a las vías acostumbradas, que el jefe de la compañía no necesitaba estar presente, y de hecho no lo estaba, sino que estaba comiendo, probablemente bien, mientras mantenía una sonriente conversación. Luego, en el tren, yo estaba sentado como ahora, en medio de la noche, y los ejes del vagón traqueteaban. Y sin embargo, todo era totalmente distinto. Entonces yo sentía, con leve arrogancia, lo escasa que era la formación de la mayoría de los oficiales, y para distinguirme de ellos hablaba con el historiador de la Música Gurlitt, oficial de la reserva, sobre el Expresionismo y su sentido. Pero al mismo tiempo estaba intranquilo, y me preguntaba si serviría de algo en la batalla... Y ahora estoy aquí, ya no joven, ya no elegante, ni inseguro acerca de cómo me comportaré en la batalla, sino con larga experiencia bélica, pero lleno también de temores de los que entonces nada podía saber.

Contemplé a los enlaces, que dormían a mi alrededor. Cada uno de estos hombres que me rodean es intelectualmente muy superior a cualquier oficial de entonces. Ese judío de ahí, de anchas espaldas, de la compañía polaca, es un hombre serio, que probablemente ha vivido ya muchas luchas políticas, y tal vez ha estado en la cárcel. Entonces, en 1914, ninguno de nosotros había estado nunca en la cárcel. ¡Dios nos guarde de los delincuentes! ¿Y ahora? Tan sólo unos pocos no habían pasado por ella, yo mismo había estado dos años en prisión, otros en campos de concentración, en presidios, todos proscritos, muchos expatriados de sus países natales. Ninguno de ellos tiene un rostro tan arreglado y liso como los oficiales de 1914 gustaban de ver en sus soldados. Los de entonces sonreían cuando alguien pronunciaba entusiastas eslóganes bélicos. ¡Estos de aquí no! Nos avergonzaría emplear frases como las de entonces. En cambio, el entusiasmo por nuestra causa es mucho más firme, tan firme que ni todas las persecuciones del mundo podrían extinguirlo. Y sin embargo, vamos a la batalla sin un estado mayor. Aún peor: Vamos a la batalla sin formación militar.

Los miré uno por uno. Estos son los mejores y más valerosos combatientes de clase de varias naciones. No son carne de cañón. Antes de emplearlos en cada combate me preguntaré: ¿no es este un precio demasiado caro? (...)

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes noviembre del año 2011.

El tiraje fue de 1, 000 ejemplares para su distribución
gratuita, y es cortesía de la Fundación Rosa
Luxemburgo y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados